

FRANCOIS MAURIAC

**NUDO DE
VIBORAS**

Título del original francés, Le noeud de vipères

Traducción, Fernando Gutiérrez Cubierta, Yzquierdo

Círculo de Lectores, S.A.

Valencia, 344 Barcelona

9 10 11 12 13 9 6 1 2

@Plaza & Janes, S. A., Editores

Depósito legal B. 28926-68

Compuesto en Garamond 10

impreso y encuadernado por

Printer, industria gráfica sa

Tuset, 19 Barcelona 1969

Printed in Spain

PRIMERA PARTE

"...Señor, pensad que no nos entendemos nosotros mismos y que no sabemos lo que queremos, que nos alejamos infinitamente de lo que deseamos."

Santa Teresa de Jesús.

Quisiera que, a pesar de su bajeza, sintierais lástima de este enemigo de los suyos, de este corazón devorado por el odio y por la avaricia; quisiera que interesara vuestro corazón. A lo largo de su amarga vida, tristes pasiones le ocultaron la cercana luz, de la cual, a veces, algún rayo le tocó e intentó quemarlo; sus pasiones... Pero primero tened piedad de los cristianos mediocres que le acecharon y a quienes él mismo atormentó. ¡Cuántos de entre nosotros rechazan así al pecador y le apartan de una verdad que, a través de ellos, no ilumina nada!

No, no era el dinero lo que este avaro acariciaba, no era la venganza de lo que este hombre estaba hambriento. Conoceréis el objeto verdadero de su amor si poseéis la fuerza y el valor de

escuchar a este hombre hasta la última confesión que interrumpe la muerte...

Capítulo primero

Te asombrará descubrir esta carta en mi arca, sobre un paquete de acciones. Tal vez hubiera sido mejor confiarla a un notario que te la hubiese entregado después de mi muerte; o bien guardarla en el cajón de mi escritorio, lo primero que forzarán los hijos cuando haya empezado a enfriarme. Pero ocurre que, durante años, he rehecho en espíritu esta carta y la imaginaba siempre, en mis insomnios, destacándose sobre el estante del arca, de un arca vacía que no contenía otra cosa que esta venganza, elaborada durante casi medio siglo. Tranquilízate; por otra parte, ya te has tranquilizado: "Las acciones están ahí". Me parece oír esta frase, en el vestíbulo, al regreso del Banco. Sí. Llamarás a los hijos, a través de tu velo negro: "Las acciones están ahí".

Ha faltado muy poco para que ellas no se encontraran "ahí", y yo había tomado bien mis medidas. Si hubiese querido, hoy os encontraríais despojados de todo, salvo de la casa y las tierras. Habéis tenido la suerte de que yo sobreviviera a mi odio. Durante

mucho tiempo he creído que mi odio era lo que había más vivo en mí. Y he aquí que hoy, al menos, no lo siento. El anciano en que me he convertido apenas si representa al furioso enfermo que había sido poco antes y que pasaba las noches combinando sólo su venganza —esa bomba que había de estallar más tarde y que yo había montado con una minuciosidad de la que me sentía orgulloso—, pero buscando el medio de poder gozarme de ella.

Hubiese querido vivir mucho para ver vuestras cabezas de regreso del Banco. Se trataba de no facilitarte demasiado pronto el medio de abrir el arca, sino lo suficientemente tarde para gozar de esa última alegría de oír vuestras preguntas desesperadas: "¿Dónde están las acciones?" Y me parecía, entonces, que la más atroz agonía no había de impedirme ese placer. Sí, yo he sido un hombre capaz de calcular tales cosas. ¿Cómo llegué a esto, yo, que no he sido un monstruo?

Son las cuatro y la bandeja de mi almuerzo y los platos sucios sobre la mesa atraen a las moscas. He llamado en vano; en el campo no funcionan las campanillas. Espero sin impaciencia en esta habitación donde he dormido de niño; donde, sin duda, he de morir. El día en que esto ocurra, el primer pensamiento de nuestra hija Genoveva será el de reclamar para los hijos. Yo ocupo solo la habitación más grande, la mejor acondicionada. Hacedme la justicia de reconocer que he ofrecido a Genoveva cederle este sitio y que lo hubiese hecho sin tener en cuenta al doctor Lacaze, que no admite para mis bronquios la atmósfera húmeda del piso bajo. Sin duda, yo hubiera consentido en ello, pero con tal rencor que es mejor que me

lo hayan impedido. He pasado toda mi vida llevando a cabo toda suerte de sacrificios, cuyo recuerdo me envenenaba, y alimentaba y acrecentaba esta especie de rencores que el tiempo ha fortalecido.

El gusto por las rencillas es una herencia familiar. Mi padre —se lo oí decir a mi madre con frecuencia— estaba reñido con sus progenitores, quienes, a su vez, murieron sin haber vuelto a ver a su hija, expulsada de casa antes de que hubiese cumplido los treinta años. Ella se había puesto de parte de aquellos primos marseleses a quienes no conocíamos. Jamás hemos sabido las razones de toda esta cizaña, pero hacíamos nuestro el odio de nuestros ascendientes. Y todavía hoy volvería la espalda a uno de esos pequeños primos de Marsella si lo encontrase. No se puede ver a los padres distanciados, ni tampoco a los hijos ni a la mujer. Realmente, no faltan las familias unidas; pero cuando se piensa en la cantidad de ellas en que dos seres se exasperan, se disgustan en torno a la misma mesa, al mismo lavabo y bajo las mismas sábanas, es extraordinario el escaso número de divorcios. Se detestan y no pueden huir del fondo de esas casas...

¿Qué significa esta fiebre de escribir que me ha atacado hoy, aniversario de mi nacimiento? Cumplo sesenta y ocho años y estoy solo para saberlo. Genoveva, Huberto y sus hijos han tenido siempre, en cada cumpleaños suyo, el pastel, las velillas y las flores... Si nada te doy para tu fiesta, al cabo de los años, no es porque la haya olvidado, sino por venganza. Basta... El último ramillete que recibí en un día como éste lo hizo mi madre con sus deformadas manos. Una

vez más, a pesar de su corazón enfermo, había ido a rastras hasta la avenida de los rosales...

¿Dónde estaba? Sí; te preguntas por esta súbita furia de escribir; "furia", es ésa la palabra. Puedes comprobarlo en mi caligrafía, en estas letras curvadas en el papel como se curvan los pinos bajo el viento del Oeste. Escucha: te he hablado en principio de una venganza largo tiempo meditada y a la cual renuncié. Mas algo hay en ti, algo de ti sobre lo que yo quiero triunfar, y es tu silencio. ¡Oh! Compréndeme. Tienes mucha palabrería y puedes discutir largas horas con Cazau, lo mismo de aves que de huertos. Con los niños, incluso con los más pequeños, charlas y dices tonterías durante días enteros. ¡Ah! Esas comidas de las que salía yo con la cabeza vacía, preocupado por mis asuntos, por mis inquietudes, de las cuales a nadie podía hablar... Sobre todo a partir del asunto Villenave, cuando me convertí de pronto en un gran abogado de lo criminal, como dicen los periódicos. Cuanto más me inclinaba a creer en mi importancia, más me dabas tú la sensación de mi nada... Pero no, no se trata todavía de esto; de lo que quiero vengarme es de una especie de silencio, del silencio en que te obstinas con respecto a nuestra casa, a nuestro desacuerdo profundo. ¡Cuántas veces, en el teatro, o leyendo una novela, me he preguntado si existen en la vida amantes y esposas que "hagan escenas", que se confíen claramente y que hallen un consuelo en confiarse!

Durante estos cuarenta años en que hemos sufrido hombro a hombro, tú has hallado siempre la fortaleza necesaria para evitar toda palabra un poco profunda, has cambiado siempre de conversación.

He creído mucho tiempo en un sistema, en la adopción de una actitud cuya razón se escapó a mis ojos, hasta el día en que comprendí, sencillamente, que no te interesaba nada de esto. Estaba tan lejos de tus preocupaciones que te evadías no por el terror, sino por fastidio. Eras muy hábil olfateando el viento, me veías llegar a distancia; y si yo me acercaba a ti por sorpresa, hallabas fáciles escapatorias, o bien me dabas una pequeña palmada en la mejilla, me besabas y te ibas luego.

Podría temer, sin duda, que rompieras esta carta en cuanto hubieses leído las primeras líneas. Pero no, porque al cabo de varios meses te asombro y te intrigo. A poco que te hubieses fijado en mí, ¿cómo no habrías notado un cambio en mi humor? Sí, tengo confianza esta vez en que no habrás de evadirte. Quiero que sepas, quiero que sepáis tú, tu hijo, tu hija, tu yerno y tus nietos, quién era ese hombre que vivía solo frente a vuestro grupo estrechamente cerrado; ese abogado lleno de fatiga a quien había que cuidar porque era el amo del dinero, pero que sufría en otro planeta. ¿En qué planeta? Jamás quisiste ir a verle. Tranquilízate; no trato de hacer aquí mi elogio fúnebre, escrito prematuramente por mí mismo, sino una requisitoria contra vosotros. La dominante característica de mi naturaleza, y que hubiera interesado a otra mujer distinta de ti, es mi espantosa lucidez.

Esta habilidad en engañarse a uno mismo, que ayuda a vivir a la mayor parte de los hombres, me ha faltado siempre a mí. Jamás he gustado nada vil que no haya conocido primero...

No he tenido más remedio que interrumpir...; no me han traído aún la lámpara; no han venido a cerrar las contraventanas. Contemplaba el tejado de las bodegas, cuyas tejas conservan la presencia de los colores vivos de las flores o los trinos de los pájaros. Escuchaba a los tordos en la yedra del álamo carolino, el rumor producido por una barrica que rodaba. Es una suerte aguardar a morir en el único lugar del mundo donde todo se conserva igual a mis recuerdos. Sólo el zumbido del motor reemplaza al chirrido de la noria a la que daba vueltas una mula. También hay ese horrible avión postal que anuncia la hora de merendar y ensucia el cielo. No les acontece a muchos hombres hallar en la realidad, al alcance de su vista, ese mundo que la mayoría no descubre más que en sí mismos, cuando tienen el valor y la paciencia de acordarse. Yo pongo mi mano sobre mi pecho y palpo mi corazón. Contemplo el armario de luna donde se encuentran, en un rincón, la jeringuilla hipodérmica y la ampolla de nitrato amílico, todo lo que bastaría en caso de crisis. ¿Me oirían si los llamase? Quieren que sea una falsa angina de pecho; tratan mucho menos de persuadirme que de convencerse a sí mismos para poder dormir tranquilos. Respiro ahora. Diríase que una mano se ha posado sobre mi hombro izquierdo, que lo inmoviliza en una falsa posición, como haría alguien que no quisiera que yo lo olvidara. En mi caso, la muerte no vendrá subrepticamente. Se mueve en torno a mí desde hace

años, la escucho; noto su aliento; es paciente conmigo, que no la desafío y que me someto a la disciplina que impone su proximidad. Me dispongo a morir, vestido con la bata, la vestimenta de los grandes enfermos incurables, en una butaca de orejas donde mi madre aguardó su fin; sentado como ella, cerca de una mesa llena de frascos con medicinas, sin afeitarse, maloliente y esclavo de numerosas manías repugnantes. Pero no os confiéis: consigo rehacerme después de mi crisis. El procurador Bourru, que me creía muerto, me ve de nuevo revivir, y durante horas tengo, en los sótanos de los bancos, la fuerza suficiente para cortar yo mismo mis cupones.

Es necesario que viva el tiempo suficiente para poder terminar esta confesión, para obligarte, en fin, a que me escuches; a que me escuches tú, con quien durante varios años he compartido mi lecho, tú, que nunca has dejado de decirme por la noche, en cuanto me acercaba:

Tengo mucho sueño, me estoy durmiendo; me duermo...

Y lo que apartabas de ese modo eran más mis palabras que mis caricias.

Cierto es que nuestra desgracia nació en esas conversaciones interminables en que nosotros, jóvenes esposos, nos complacíamos. Dos niños: yo tenía veintitrés años; tú dieciocho, y tal vez el amor fuera para nosotros un placer menor que esas confidencias, esos abandonos. Como en las pueriles amistades, nos habíamos jurado decírnoslo todo. Yo, que tenía tan poco que poder confiarte, me veía obligado a embellecerlo con miserables aventuras; no dudaba de que

tú estabas tan desprovista como yo. Incluso no había supuesto que nunca hubieses podido pronunciar otro nombre de muchacho antes que el mío; no lo creí hasta la noche...

Era en esta misma alcoba donde ahora escribo. Ha variado el papel de las paredes; pero los muebles de caoba continúan en el mismo sitio. Sobre la mesa había un jarro de cristal opalino y este juego de té, ganado en una rifa. El claro de luna iluminaba la estera. El viento del Sur, que atraviesa los eriales, traía hasta nuestro lecho el olor de un incendio.

Rodolfo, el nombre de ese amigo de quien me habías hablado con frecuencia y siempre en las tinieblas de nuestra alcoba, como si su imagen estuviera presente entre nosotros en las horas de nuestra más profunda unión, volvió a ser pronunciado por ti aquella noche. ¿Lo has olvidado? Pero esto no era bastante para ti.

Hay muchas cosas, querido, que hubiese deseado contarte antes de nuestros esponsales. Hubiera sentido remordimientos no contándotelo... ¡Oh! Nada grave, te lo aseguro...

No me preocupaba nada y no hice lo más mínimo para que me lo confesases. Pero prodigabas tus confesiones con una complacencia que desde un principio me molestó. No cedías ante ningún escrúpulo, no obedecías a ningún sentimiento de delicadeza hacia mí, como tú me decías y como, por otra parte, creías.

No, te embriagabas en un recuerdo delicioso, no podías contenerte. Tal vez presintieras en todo aquello una especie de amenaza para nuestra felicidad, pero, como se dice vulgarmente, era

más fuerte que tú. No dependía de tu voluntad el que la sombra de ese Rodolfo dejara de flotar en torno a nuestro lecho.

Sobre todo, no hay que creer que nuestra desdicha se haya originado en los celos. Yo, que había de convertirme más tarde en un celoso enloquecido, no había experimentado nada que atrajera sobre mí esta pasión en aquella noche de verano de que te hablo, una noche del año 85, en que me confesabas que habías sido en Aix, durante las vacaciones, la novia de ese muchacho desconocido.

Cuando pienso que al cabo de cuarenta y cinco años me ha sido dado poder explicarme todo eso... Pero, ¿leerás solamente tú mi carta? Todo esto te interesa tan poco... Todo lo que se refiere a mí te molesta. Ya los niños te impedían verme y escucharme; pero en cuanto nacieron los nietos... ¡Mucho peor! Intento esta última oportunidad. Tal vez muerto tenga más poder sobre ti que en vida. Por lo menos, en los primeros días. Por algunas semanas ocuparé de nuevo un lugar en tu existencia. Por deber leerás estas páginas hasta el fin. Tengo necesidad de creerlo. Lo creo.

Capítulo segundo

No; durante esta confesión no experimento celos de ninguna clase. ¿Cómo hacerte comprender lo que éstos destruían en mí? Yo había sido el único hijo de aquella viuda que conociste, o, mejor dicho, junto

a quien viviste tantos años sin conocerla. Pero, sin duda, aun cuando esto te hubiera interesado, no hubieses comprendido bien lo que significaba la unión de esos dos seres, de esa madre y de ese hijo, porque tú eras la célula de una acaudalada y numerosa familia burguesa, jerarquizada y organizada. No; tú no sabrías concebir los cuidados que la viuda de un modesto funcionario, jefe de servicio en la Prefectura, podría dar a un hijo que era todo lo que le quedaba en la vida. Mis éxitos escolares la llenaban de orgullo. También era mi sola alegría. En aquel tiempo tenía la seguridad de que éramos muy pobres. Bastó para persuadirme de la estrechez de nuestra vida la estricta economía de la que mi madre había hecho una ley. Bien es verdad que no me faltaba nada. Me doy cuenta hoy hasta qué punto había sido yo un niño mimado. Las alquerías de mi madre en Hosteins llenaban a poca costa nuestra mesa, y me hubiera asombrado mucho oír decir que ésta era muy refinada. Las gallinas cebadas, las liebres y los pasteles de becasidas no despertaban en mí ninguna idea de lujo. Siempre había oído decir que aquellas tierras no valían nada. Y, de hecho, cuando mi madre las heredó, eran terrenos estériles donde mi abuelo, niño, había llevado personalmente a pastar al ganado. Pero ignoraba que el primer cuidado de mis padres había sido sembrarlos, y, a los veintiún años, me encontré poseedor de dos mil hectáreas de bosque en pleno crecimiento y que ya abastecían de postes las minas. Mi madre, ahorraba así sobre sus modestas rentas. Ya en vida de mi padre, sacrificándose, habían comprado en cuarenta mil francos Cálese, ese viñedo que yo no cedería por un millón.

Nosotros habitábamos, en la calle de Santa Catalina, un tercer piso de una casa de nuestra propiedad. Mi madre había aportado como dote los terrenos sin edificar. Dos veces por semana llegaba a nuestra casa un cesto procedente del campo. Mamá iba lo menos posible "al carnicero". En cuanto a mí, vivía con la idea fija en la Escuela Normal, donde quería ingresar. Era necesario luchar jueves y domingos para hacerme tomar el aire. No parecía en nada a esos niños que son siempre los primeros sin aparentar afanarse. Yo era un "trabajador" y me gustaba serlo; un trabajador y nada más. No recuerdo haber hallado en el liceo el menor placer estudiando a Virgilio o a Racine, aquello no era más que una asignatura. En cuanto a las obras humanas, consideraba aparte todas las que figuraban en el programa, las únicas que hubiesen tenido importancia a mis ojos, y escribía con respecto a ellas todo lo que hay que escribir para complacer a los examinadores, es decir, lo que ya se ha dicho y escrito a través de generaciones de normalistas. He aquí la clase de idiota que yo era, y la que hubiese continuado siendo, quizá, si la hemoptisis que aterrorizó a mi madre, dos meses antes de los exámenes en la Normal, no me hubiese obligado a abandonarlo todo.

Este era el precio puesto a una infancia demasiado estudiosa, a una adolescencia malsana. Un muchacho, en pleno crecimiento, no vive impunemente encorvado sobre una mesa y con los hombros encogidos hasta una hora avanzada de la noche, con desprecio de todos los ejercicios del cuerpo.

¿Te fastidio? Me gusta fastidiarte. Pero no quiero saltar ninguna línea. Quiero asegurarme de que procedo con la rigurosidad necesaria. El drama de nuestras dos vidas se hallaba en potencia en esos acontecimientos que tú no has conocido o que has olvidado.

Por otra parte, ves ya, a través de estas primeras páginas, que yo no me guardaré. Hay en esto un motivo para favorecer tu odio... Mas no, no protesto; desde que piensas en mí lo haces para alimentar tu enemistad.

Sin embargo, creo ser injusto con ese jovenzuelo cautivo que yo era, inclinado sobre sus diccionarios.

Cuando leo los recuerdos infantiles de otros, cuando veo ese paraíso hacia el cual todos se vuelven, me pregunto con angustia: "¿Y yo? ¿Por qué esta estepa desde los comienzos de mi vida? Tal vez haya olvidado eso de que los otros se acuerdan, acaso haya conocido análogos encantos..." ¡Ay!, yo no veo nada más que aquel furor encarnizado, que aquella lucha por el primer puesto, que mi odiosa rivalidad con un tal Enoch o con un Rodrigo. Mi instinto era rechazar toda simpatía. Recuerdo que al prestigio de mis éxitos e incluso a esa hurañía propendían determinados caracteres. Yo era un niño feroz para quien pretendía amarme. Detestaba los "sentimientos".

Si mi profesión fuese escribir, yo no podría sacar de mi vida estudiantil una sola página enternecedora. Espera..., una sola cosa, no obstante, casi nada: mi padre, de quien apenas me acuerdo, llegaba algunas veces a convencerme de que no estaba muerto, que

un concurso de extrañas circunstancias le había hecho desaparecer. Al volver del liceo subía por la calle de Santa Catalina, corriendo por la calzada, entre los coches, porque el hacinamiento de peatones hubiera entorpecido mi marcha. Subía los escalones de cuatro en cuatro. Mi madre repasaba la ropa blanca cerca de la ventana. La fotografía de mi padre estaba colgada en el mismo sitio, a la derecha de la cama. Me dejaba abrazar por mi madre sin contestarle apenas, y, ya entonces, abría los libros.

Al día siguiente de esa hemoptisis que transformó mi destino comenzaron a transcurrir lúgubres meses en el hotelito de Arcachon, donde la ruina de mi salud consumía el naufragio de mis ambiciones universitarias. Mi pobre madre me irritaba, porque para ella esto no tenía ninguna importancia, y me parecía que se cuidaba muy poco de mi porvenir. Cada día vivía aguardando la "hora del termómetro". De mi peso diario dependía todo su dolor o toda su alegría. Yo, que tanto había de sufrir más tarde sin que mi enfermedad interesara a nadie, reconozco que he sido justamente castigado por mi dureza, por mi intolerancia de niño demasiado amado.

Desde los primeros días empecé a reponerme, como decía mi madre. Literalmente, resucitaba. Engordaba, me fortalecía. Este cuerpo que había sufrido tanto a consecuencia del régimen que yo le había impuesto, florecía en aquel bosque seco, lleno de retama y arbustos en los tiempos en que Arcachon no era más que una aldea.

Al mismo tiempo, supe por mi madre que no tenía por qué preocuparme el porvenir, puesto que poseíamos una saneada fortuna

que crecía de año en año. Nada me forzaba a nada, y, sin duda, en el servicio militar me darían por inútil. Yo poseía una gran facilidad de palabra que había asombrado a todos mis profesores. Mi madre quería que estudiara Derecho y no dudaba de que, sin exceso de fatiga, podría fácilmente convertirme en un gran abogado, a menos que no me sintiera atraído por la política... Ella hablaba, hablaba; me descubría de pronto sus planes. Yo la escuchaba enfurruñado, hostil, mirando a través de la ventana.

Empecé las aventuras. Mi madre me observaba con temerosa indulgencia. He sabido después, viviendo entre los tuyos, la importancia que adquieren estos desórdenes en una familia religiosa. Mi madre no veía en ello otro inconveniente que lo que pudiera amenazar a mi salud. Cuando ella se hubo asegurado de que no abusaba del placer, cerró los ojos a mis salidas nocturnas, puesto que volvía a medianoche. No, no temas que te cuente mis amores de aquel tiempo. Sé que tienes horror a estas cosas, y, además, ¡eran aventuras tan pobres!

Ya ellas me costaban muy caro. Y sufría. Sufría viendo que había tan poco encanto en mí que mi juventud no me servía de nada. Creo, sin embargo, que no era feo. Mis rasgos son "regulares", y Genoveva, mi vivo retrato, ha sido una chiquilla muy bonita. Mas yo pertenecía a esa raza de seres de quienes se dice que carecen de juventud: un adolescente triste, sin lozanía. Mi solo aspecto helaba a las gentes. Cuando más cuenta me daba de ello, más tieso me ponía. Jamás he sabido vestirme, elegir una corbata y anudarla luego. Jamás he

sabido abandonarme, reír o hacerme el loco. No podía imaginarme que pudiese poseer una cualidad alegre: pertenecía a esa clase de individuos cuya presencia hace que todo salga mal. Además, era quisquilloso, incapaz de tolerar la más ligera broma. Como desquite, cuando quería divertirme asestaba a los demás, sin haberlo querido, golpes que no me perdonaban nunca. Caminaba rectamente hacia el ridículo, a la debilidad que hubiera sido necesario disimular. Con las mujeres, por timidez y por orgullo, adoptaba ese tono superior y doctoral que ellas detestan. Yo no sabía ver sus trajes. Cuanto más me daba cuenta de que las disgustaba, más acentuaba en mí todo aquello que les causaba horror. Mi juventud no ha sido más que un largo suicidio. Me apresuraba a desagradar sólo por el temor de desagradar naturalmente.

Con razón o sin ella, culpaba a mi madre de lo que yo era entonces. Me parecía que expiaba la desgracia de haber sido, desde mi infancia, exageradamente mimado, vigilado y atendido. En aquel tiempo fui con ella de una dureza atroz. Le reprochaba el exceso de su cariño. No le perdonaba que me abrumase con todo lo que solamente ella había de darme en el mundo, todo lo que yo no habría de conocer de nadie más que de ella. Perdóname que insista aún en esto; en este pensamiento encuentro la fuerza necesaria para soportar el abandono en que me tienes. Es justo que lo pague. ¡Pobre mujer dormida desde hace tantos años y cuyo recuerdo no sobrevive más que en el corazón extenuado del anciano que soy!

¡Cuánto hubiera sufrido ella si hubiese previsto de qué modo había de vengarla el destino!

Sí, yo era atroz. En el pequeño comedor del hotelito, bajo la lámpara que iluminaba nuestra cena, no respondía más que con monosílabos a sus tímidas preguntas, o bien, al menor pretexto, me iba brutalmente y sin ningún motivo.

Ella no intentaba comprenderme; no alcanzaba el motivo de mis furores; los soportaba como la cólera de un dios.

Está enfermo —decía—; habré de contener mis nervios.

Y añadía que era demasiado ignorante para comprenderme.

Reconozco que una vieja como yo no es muy agradable compañía para un muchacho de tu edad.

Ella, a quien había visto economizar tanto, por no decir que era una avara, me daba más dinero del que necesitaba, me obligaba a gastar y me traía de Burdeos corbatas ridículas que me negaba a ponerme.

Manteníamos relaciones de amistad con unos vecinos a cuya hija cortejaba, aun cuando no era de mi gusto; pero como ella pasaba el invierno en Arcachon para cuidarse, mi madre enloquecía a la idea de un contagio posible, o temía que la comprometiera y me viese obligado a ella. Hoy estoy seguro de que me entregué a esa conquista, aunque, por otra parte, en vano, con objeto de imponer a mi madre una nueva angustia.

Volvimos a Burdeos después de un año de ausencia. Habíamos levantado la casa. Mi madre había comprado un hotelito en los bulevares, pero no me había dicho nada con el deseo de darme una

sorpresa. Me quedé estupefacto cuando un mayordomo nos abrió la puerta. Me había destinado el primer piso. Todo parecía nuevo. Secretamente deslumbrado por un lujo que hoy imagino había de ser horrible, tuve la crueldad de no hacer más que críticas y me preocupé por el dinero invertido.

Entonces, mi madre, alardeando, me dio cuentas que, por otra parte, no debía haberme dado, puesto que la mayor parte de nuestra fortuna procedía de su familia. Cincuenta mil francos de renta, sin contar la tala de bosques, constituían en aquella época, y sobre todo en provincias, una "bonita" fortuna, de la que otro muchacho cualquiera hubiese echado mano para subir, para elevarse hasta la primera sociedad de la capital. No era ambición lo que me faltaba; pero me hubiera costado trabajo disimular mis sentimientos hostiles a mis camaradas de la Facultad de Derecho.

Entre aquellos hijos de buena familia, educados en los jesuítas, yo, liceísta y nieto de un pastor, no perdonaba el horrible sentimiento de envidia que me inspiraban sus modales, aun cuando ellos me pareciesen seres inferiores. En esta vergonzosa pasión de envidiar a seres a quienes se desprecia, hay motivo para envenenar toda una vida.

Los envidiaba y los despreciaba, y su desdén —tal vez imaginario— exaltaba aún mi rencor. Era tal mi carácter que no pensaba ni un solo instante en ganarlos para mí, hundiéndome cada vez más en el partido de sus adversarios. El odio a la religión, que durante tanto tiempo ha sido mi pasión dominante y en virtud del cual

tanto has sufrido, haciéndonos enemigos para siempre, comenzó en la Facultad de Derecho, cuando fue votado el artículo 7, en 1879 y en 1880, el año de los famosos decretos y de la expulsión de los jesuítas.

Hasta entonces me había mostrado indiferente a estas cuestiones. Mi madre no hablaba de ello más que para decir:

Estoy muy tranquila, pues si gentes como nosotros no se salvan, no se salvará nadie.

Me había hecho bautizar. La primera comunión, celebrada en el liceo, me pareció una formalidad fastidiosa, de la que ahora conservo un recuerdo confuso. Por lo demás, no fue seguida de ninguna otra. Mi ignorancia era profunda en estas materias. Los sacerdotes, en la calle, cuando yo era niño, me parecían personajes disfrazados, una especie de máscaras. Jamás pensé en esa clase de problemas, y cuando los abordé, por fin, lo hice desde el punto de vista político.

Fundé un círculo de estudios que se reunía en el café Voltaire y donde yo hacía uso de la palabra. Pese a mi timidez en privado, en los debates públicos me convertía en otro hombre, tenía mis partidarios y gozaba siendo su jefe; pero en el fondo, no los despreciaba menos que a los burgueses. Yo quería manifestarles ingenuamente los miserables móviles que eran también los míos, y cuyas directrices me obligaban a seguir. Hijos de simples funcionarios, antiguos becarios, muchachos inteligentes y ambiciosos, pero llenos de hiél, me adulaban sin amarme. Los invitaba a algunas cenas que se hicieron famosas y de las que se

hablaba aún largo tiempo después. Pero sus maneras me disgustaban. Ocurría a veces que no podía contenerme y me burlaba de ellos con chanzas que los herían y por las cuales me guardaban rencor.

Sin embargo, mi odio antirreligioso era sincero. Me atormentaba también cierto deseo de justicia social. Obligué a mi madre a derribar las casas de adobe donde vivían nuestros aparceros, mal alimentados con pan negro y gachas de maíz. Por primera vez intentó resistirse:

Para lo que van a agradeceréte...

Pero no hice nada más. Sufría reconociendo, tanto en mis enemigos como en mí, una pasión común: la tierra y el dinero. Hay dos clases: la de los que poseen y la de los que nada tienen. Yo comprendía que estaría siempre del lado de los primeros. Mi fortuna era igual o superior a la de todos aquellos muchachos afectados que, según yo creía, volvían la cabeza al verme y que, sin duda alguna, no hubiesen rechazado mi mano tendida. Por otra parte, no me faltaban, ni a derecha ni a izquierda, gentes que me reprocharan, en las reuniones públicas, la posesión de dos mil hectáreas de bosque y de viñedos.

Perdóname que me detenga tanto. Sin todos estos pormenores tal vez no comprenderías lo que fue nuestro encuentro, lo que ha sido nuestro amor, para aquel muchacho amargado que yo era entonces. ¡Yo, hijo de campesinos y cuya madre "había llevado pañuelo a la

cabeza", casarme con una señorita Fondaudége! Esto era más de lo que puede imaginarse; era inimaginable...

Capítulo tercero

He interrumpido mi tarea de escribir porque menguaba la luz y oí rumor de voces bajo el piso. No es porque hicierais mucho ruido. Al contrario, hablabais en voz baja, y esto me crispa los nervios. Antes, desde esta habitación, podía seguir vuestras conversaciones. Pero ahora desconfiáis, habláis susurrando. Me dijiste el otro día que me volvía tardo de oído. No, puedo oír el ruido del tren sobre el puente. No, no, no estoy sordo. Sois vosotros los que bajáis la voz para que no sorprenda vuestras palabras. ¿Qué me escondéis? ¿Van mal los asuntos? Y todos están ahí, en torno a ti, como paparotes: nuestro yerno, que negocia con el ron, el de tu hija, que no hace nada, y nuestro hijo Huberto, el agente de bolsa... ¡Y ese muchacho, que da el veinte por ciento, tiene a su disposición el dinero de todo el mundo!

No contéis conmigo. Yo no cederé.

Sería tan sencillo cortar los pinos... —me insinuaste esta tarde.

Me hiciste recordar que las dos hijas de Huberto viven en casa de sus suegros, porque no han tenido dinero para instalar un piso desde que se casaron.

Tenemos en el desván un montón de muebles que se están estropeando; no nos costaría nada prestárselos...

Esto fue lo que me pediste enseguida.

Las dos nos guardan rencor: ya ni ponen aquí los pies. Estoy privada de ver a mis nietos...

Este es vuestro tema y de él habláis en voz baja.

Releo estas líneas, escritas anoche bajo una especie de delirio. ¿Cómo he podido ceder a este furor? No es una carta, sino un diario interrumpido, continuado... ¿He de borrar esto? ¿Volver a empezar? Imposible; me apremia el tiempo. Lo que he escrito, escrito está. Por otra parte, ¿qué desearía, sino descubrirme enteramente a ti, obligarte a verme hasta el fondo? Al cabo de treinta años, no soy a tus ojos más que un aparato que distribuye billetes de mil francos, un aparato que funciona mal y al que hay que sacudir constantemente, hasta el día en que al fin pueda abrirse, destriparse, y sacar de él a manos llenas el tesoro que esconde.

De nuevo me dejo arrastrar por la ira. Esta me devuelve al punto en que me había interrumpido. Es necesario volver al origen de este furor, acordarme de aquella noche fatal... Pero antes recuerda nuestro primer encuentro.

En agosto del 83 estaba en Luchon con mi madre. En aquel tiempo, el hotel Sacarron estaba lleno de muebles almohadillados,

canapés redondos, cabezas de gamos disecadas...Al cabo de tantos años, cuando los tilos florecen, recuerdo siempre el aroma de las avenidas de tilos de Etigny. El trote corto de los asnos, los cencerros y el restallar de los látigos me despertaban temprano. El agua de la montaña corría hasta por las calles. Humildes comerciantes pregonaban los *croissants* y los bollos de leche. Los guías pasaban a caballo, y yo contemplaba la partida de las cabalgatas.

Todo el primer piso estaba ocupado por los Fondaudége. Ocupaban las habitaciones del rey Leopoldo.

—Son unos derrochadores — decía mi madre.

Lo cual no les impedía pagar con retraso cuando se trataba de pagar. Habían alquilado vastos terrenos que poseíamos nosotros en los muelles, con objeto de almacenar las mercancías.

Comíamos en la mesa del hotel. Pero vosotros, los Fondaudége, os hacíais servir la comida aparte. Me acuerdo de aquella mesa redonda, situada cerca de las ventanas. Recuerdo también a tu abuela, una mujer gruesa, que ocultaba un cráneo calvo bajo negras blondas donde temblaban cuentas de azabache. Creí siempre que me sonreía; pero esta apariencia se la prestaban a su semblante sus ojos minúsculos y la desmesurada hendidura de su boca. Le servía una religiosa de cara hinchada, biliosa y envuelta en almidonadas tocas. Tu madre... ¡cuan bella era! Vestida de negro, siempre de luto por sus dos hijos perdidos. Fue a ella y no a ti a quien admiré primero, a hurtadillas. Me turbaba la desnudez de su cuello, de sus brazos y de sus manos. Jamás llevaba joyas. Imaginé su retadora actitud

stendhaliana y aguardaba a la noche para dirigirle la palabra o deslizarle una carta. Apenas si me daba cuenta de que existías tú. Creía que las muchachas no me interesaban. Por otra parte, tenías esa insolencia de no mirar nunca a los demás, lo que es una forma de suprimirlos.

Un día, al volver del Casino, hallé, sorprendido, a mi madre hablando con madame Fondaudége, que se mostraba obsequiosa, demasiado amable, como quien experimenta la desesperación de tener que rebajarse al nivel de su interlocutor. Por el contrario, mi madre hablaba en voz alta; tenía a una inquilina entre sus garras y los Fondaudége no eran, a sus ojos, más que unos arrendatarios morosos. Como campesina y terrateniente, desconfiaba del negocio y de esas frágiles fortunas constantemente amenazadas. La interrumpí en el momento en que decía:

Tenga usted la seguridad de que tengo plena confianza en la firma de monsieur Fondaudége, pero...

Por primera vez me mezclé en una conversación de negocios. Madame Foundaudége, obtuvo el aplazamiento que deseaba. Después he pensado con frecuencia que a mi madre no la había engañado su instinto campesino. Tu familia me ha costado muy cara, y si me hubiese dejado devorar, tu hijo, tu hija, y el yerno de tu hija no hubieran tardado en dar al traste con mi fortuna, sepultándola en sus negocios. ¡Sus negocios! Un despacho en un entresuelo, un teléfono y una mecanógrafa. Tras este decorado, el dinero desaparece en

fajos de cien mil. Pero me aparto de mi propósito... Estamos en 1883, en Bagnères—de—Luchon.

Recuerdo ahora que tu poderosa familia me sonreía. Tu abuela no cesaba de hablar porque era sorda. Pero cuando pude cambiar unas palabras con tu madre, después de la cena, me fastidiaban y desconcertaban las románticas ideas que me había forjado con respecto a ella. No pretenderás hacerme creer que su conversación era llana, que vivía en un universo tan limitado y usaba de un vocabulario tan reducido como para que, al cabo de tres minutos, desesperase yo de sostener la conversación.

Mi interés, apartado de la madre, se volvió a la hija. Tardé en darme cuenta de que no se obstaculizaban nuestras charlas. ¿Cómo podía yo imaginar que los Fondaudége vieran en mí un partido ventajoso? Recuerdo un paseo por el valle de Lys. Tu abuela y la religiosa en el fondo de una victoria, y nosotros dos en la bigotera. Dios sabe que los coches no escaseaban en Luchon. Era necesario ser una Fondaudége para haberse llevado consigo su carruaje.

Los caballos iban al paso, entre una nube de moscas. La cara de la hermana era brillante y tenía los ojos semicerrados. Tu abuela se daba aire con un abanico comprado en una de las calles de Etigny y en el que había dibujado un matador de toros. Tú calzabas guantes de manopla, a pesar del calor. Todo era blanco sobre ti, incluso tus botines de altas cañas; "te habías consagrado de blanco", según me dijiste, a la muerte de tus dos hermanos. Yo no sabía lo que significaba aquello. He sabido más tarde que en tu familia existía un

gusto raro por esas devociones. Era tal mi estado de espíritu que me pareció todo eso de una gran poesía. ¿Cómo hacerte comprender lo que tú habías despertado en mí? De pronto tuve la sensación de no desagradar; yo no desagradaba, no era odioso. Una de las fechas importantes de mi vida fue aquella tarde en que me dijiste:

¡Es extraordinario que un muchacho tenga tan largas pestañas!

Ocultaba cuidadosamente mis ideas avanzadas. Recuerdo que durante aquel paseo descendimos los dos del coche para aligerarlo, y que, al empezar una cuesta, tu abuela y la religiosa cogieron su rosario, y, desde lo alto del pescante, el viejo cochero, acostumbrado al cabo de los años, contestaba a cada avemaría. Y tú, tú, sonreías mirándome. Pero yo continuaba imperturbable. Tampoco me costaba mucho acompañaros los domingos a la misa de once. Ninguna idea metafísica tenía relación para mí con aquella ceremonia. Era el culto de una clase a la cual me sentía orgulloso de pertenecer, una especie de religión de los antepasados al uso de la burguesía, un conjunto de ritos desprovistos de toda significación distinta de la social.

Como algunas veces me miraban a hurtadillas, el recuerdo de aquellas misas permaneció unido a ese maravilloso descubrimiento que yo hacía: ser capaz de interesar, gustar, conmover. El amor del que yo gustaba confundíase con el que yo inspiraba, con el que creía inspirar. Mis propios sentimientos no tenían nada de real. Lo que importaba era mi fe en el amor que tú sentías por mí. Me reflejaba en otro ser, y mi imagen así reflejada no tenía nada de repelente. Me sentía con grandes ánimos en una tregua deliciosa. Recuerdo aquel

deshielo de todo mi ser bajo tu mirada, aquellas emociones resplandecientes, aquellos manantiales liberados. Los vulgares rasgos de ternura —una mano apretada, una flor guardada en un libro—, todo era nuevo para mí, todo me encantaba.

Sólo mi madre no gozaba del beneficio de aquella renovación. Especialmente porque yo la sentía hostil al sueño —que creía loco— que se formaba poco a poco en mí. Yo le reprochaba que no se deslumbrara.

¿No ves lo que esa gente busca en ti? —repetía ella sin sospechar que arriesgaba así la destrucción de mi inmensa alegría por haber gustado al fin a una muchacha.

Existía una joven en el mundo a quien yo gustaba y que tal vez deseara casarse conmigo. Yo lo creía, a pesar de la desconfianza de mi madre; porque vosotros erais demasiado grandes, demasiado poderosos, para sacar cualquier ventaja de nuestra alianza. Esto no impidió que yo alimentase un rencor casi odioso contra mi madre, que ponía en tela de juicio mi felicidad.

Ella no dejaba de tomar informes, usando de referencias de los principales establecimientos bancarios. Triunfé el día en que se vio obligada a reconocer que la casa Fondaudége, a pesar de algunos entorpecimientos pasajeros, gozaba del mayor crédito.

Ganan el dinero que quieren, pero su tren de vida es demasiado costoso —decía mamá—. Todo se va en caballerizas y libreas. Prefieren deslumbrar aunque no ahorren nada.

Los informes de los bancos concluyeron por asegurarme en mi felicidad. Yo poseía la prueba de vuestro desinterés: los tuyos me sonreían porque yo les gustaba. Y, de pronto, me pareció natural gustar a todo el mundo. Por las noches me dejaban solo contigo, paseando por las avenidas del Casino. ¡Cuan extraño es que en esos principios de la vida donde se nos concede un poco de felicidad, ninguna voz nos advierta: "Por muchos años que vivas, no tendrás otra alegría en el mundo que la de aquellas horas. Saboréalas hasta las heces, porque después de esto no quedará nada para ti. Esta primera fuente que has hallado es también la última. Calma tú sed de una vez para siempre; no beberás nunca más".

Mas yo estaba convencido de lo contrario, de que era el principio de una larga vida apasionada, y no prestaba demasiada atención a aquellas noches en que permanecíamos inmóviles bajo las dormidas ramas de los árboles. Sin embargo, hubo signos que yo interpreté equivocadamente. ¿Recuerdas aquella noche en que nos hallábamos sentados en un banco, en el paseo lleno de revueltas que sube tras las Termas? De pronto, sin motivo aparente, comenzaste a sollozar. Recuerdo aún el aroma de tus mejillas mojadas, el aroma de aquella tristeza desconocida. Yo creía en las lágrimas del amor dichoso. Mi juventud no sabía interpretar esas congojas, esas sofocaciones. Cierto es que tú me decías:

No es nada; es estar a tu lado...

No mentías, embustera. Llorabas precisamente porque te encontrabas a mi lado, a mi lado y no al de otro, lejos de aquel cuyo

nombre habías de darme a conocer algunos meses más tarde, en esta habitación donde escribo, donde me siento un anciano a punto de morir, en medio de una familia, al acecho, que aguarda el instante de lanzarse sobre mis despojos.

Y yo, sobre ese banco, en los recodos de Superbagnères, escondía mi cara entre tu hombro y tu cuello, alentando junto a aquella muchacha llorosa. La húmeda y tibia noche pirenaica, que trascendía a hierba mojada y a menta, hacía percibir también tu aroma. En la plaza de las Termas, que veíamos desde donde nos hallábamos, las hojas de los tilos, en torno al quiosco de la música, se iluminaban a la luz de los faroles. Un inglés viejo, que vivía en nuestro hotel, atrapaba con un cazamariposas a las falenas que atraía la luz. Y me dijiste:

—Préstame tu pañuelo.

Te enjuagué el llanto y guardé ese pañuelo entre mi camisa y mi pecho.

Esto significaba que yo me había convertido en otro. Incluso mi cara parecía haber sido tocada por una luz. Lo comprendí en las miradas de las demás mujeres. No tuve ninguna sospecha, después de aquel anochecer, después de tu llanto. Además, en una noche como aquélla, ¡cuántas cosas se produjeron cuando tú no eras más que alegría, cuando te apoyabas en mí y cuando te estrechabas contra mi brazo! Yo caminaba demasiado deprisa y tú perdías el aliento siguiéndome. Yo era un novio casto. Ni una sola vez tuve la tentación de abusar de la confianza de los tuyos, confianza que yo estaba a mil leguas de creer que podía ser calculada.

Sí; yo era otro hombre, hasta el punto de que un día —al cabo de cuarenta años me atrevo a hacerte esta confesión, de la que no tendrás la satisfacción de alardear cuando hayas leído esta carta—, un día, por el camino del valle de Lys, descendimos de la victoria. Corría el agua; yo partí una rama de hinojo entre mis dedos; en las faldas de las montañas se acumulaba la noche, pero sobre las cumbres subsistían los campos de luz... De pronto experimenté la viva sensación, la certidumbre casi física, de que existía otro mundo, una realidad de la cual no conocíamos más que la sombra...

No fue más que un momento, que a lo largo de mi triste vida se renovó en muy raros intervalos. Pero su misma singularidad le dio a mis ojos un valor creciente. Por esto, más tarde, en la larga discusión religiosa que nos ha desgarrado, hube de apartar tal recuerdo... Te debía esta confesión. Pero todavía no es tiempo de abordar este punto.

Es inútil recordar nuestro compromiso matrimonial. Quedó establecido una noche. Se llevó a cabo sin que yo lo hubiese querido. Tú interpretaste, según creo, una palabra que yo había pronunciado con otro sentido distinto de aquel que había querido darle. Me encontré unido a ti sin darme cuenta. Es inútil recordar todo esto. Pero en todo ello hay un horror sobre el cual me condeno a detener mi pensamiento.

Enseguida me diste cuenta de una de tus exigencias. "En interés de la buena armonía", te negaste a vivir en común con mi madre, e

incluso a vivir en la misma casa. Tanto tus padres como tú estabais decididos a no transigir con esto.

¡De qué modo, durante tantos años, ha quedado grabada en mi memoria aquella sofocante habitación del hotel, aquella ventana abierta a la avenida de Etiguy! El polvo de oro, el restallar de los látigos, los cascabeles y un aire tirolés pasaban a través de las cerradas celosías. Mi madre, que tenía jaqueca, estaba acostada sobre el sofá, vestida con una falda y una blusa. Jamás había sabido lo que era una camisa de dormir, un peinador, una bata. Yo aproveché lo que me decía con respecto a dejarnos los salones del piso bajo, puesto que ella se contentaba con una habitación en el tercer piso.

—Escucha, mamá. Isa cree que sería mejor...

A medida que hablaba, miraba de soslayo aquella vieja cara y volvía luego los ojos. Sus deformes dedos arrugaban el festón de la blusa. Si ella hubiese tenido algo que oponer, yo hubiera sabido a qué agarrarme, pero su silencio no prestaba ayuda alguna a mi cólera.

Fingía no prestar atención e incluso no sorprenderse. Habló por fin, buscando las palabras que pudiesen hacerme creer que esperaba nuestra separación.

—Viviré casi todo el año en Aurigne —dijo—. De todas nuestras alquerías, es la que reúne mejores condiciones para vivir, y os dejaré Cálese. Haré construir un pabellón en Aurigne; me bastarán tres habitaciones. Aunque esto cueste poco dinero, es molesto meterse en gastos este año, cuando tal vez el año próximo esté ya muerta. Pero más tarde podrás utilizarlo cuando vayas a cazar tórtolas. En

octubre resultará cómodo vivir allí. A ti no te gusta la caza, pero puedes tener hijos a quienes les agrade.

Cuanto más lejos llegaba mi ingratitud, más imposible era llegar al extremo de este amor. Desalojado de sus posiciones, se rehacía en otra parte. Se organizaba con lo que yo le dejaba, bastándose con ello. Pero por la noche me preguntaste:

—¿Qué ha decidido tu madre?

Desde el día siguiente recobró su aspecto habitual. Tu padre llegó a Burdeos con su hija mayor y su yerno. Sin duda, se los tuvo al corriente de todo. Me miraron de pies a cabeza. Me pareció oír que se preguntaban unos a otros: "¿Te parece conveniente?... La madre es imposible..." No olvidaré nunca el asombro que me produjo tu hermana María Luisa, a quien llamáis Marinette, un año mayor que tú y que, sin embargo, parecía menor, grácil, de largo cuello, un moño demasiado pesado y ojos de niña. El anciano con quien tu padre la había casado, el barón Philipot, me produjo horror. Poco después de su muerte he pensado a menudo en aquel sexagenario como en uno de los hombres más desgraciados que he conocido. ¡Qué martirio soportaría aquel imbécil para que su joven esposa olvidara que era un anciano! Le apretaba un corsé hasta ahogarlo. El cuello almidonado, alto y largo, escamoteaba sus carrillos caídos y su papada. El tinte brillante de sus bigotes y patillas resaltaba los estragos de la carne violácea. Apenas escuchaba lo que se le decía, buscando siempre un espejo; y acuérdate de cómo nos reíamos cuando sorprendíamos la mirada de soslayo que aquel desgraciado dirigía a su imagen, aquel

perpetuo examen que se imponía. Su dentadura postiza le impedía sonreír. Sus labios tenían la marca de una voluntad jamás desfalleciente. También nos habíamos dado cuenta del gesto que aparecía en su semblante cuando se ponía su *cronstadt*, ante el temor de que se deshiciera el extraordinario mechón que, partiendo de su nuca, se derramaba sobre su cráneo como el delta de un escaso río.

Tu padre, que era contemporáneo suyo, a pesar de su barba blanca, de su calvicie y de su vientre prominente, gustaba aún a las mujeres, e incluso en los negocios era un hombre encantador. Sólo mi madre le contradijo. El golpe que mi reciente actitud le había ocasionado tal vez la endureciera. Discutía cada artículo del contrato del mismo modo que si se hubiera tratado de una venta o un arrendamiento. Yo fingía indignarme ante sus exigencias y la desautorizaba, secretamente dichoso de saber mis intereses en buenas manos. Si hoy día mi fortuna se encuentra claramente delimitada de la tuya, si de mí os habéis aprovechado tan poco, se lo debo a mi madre, que exigió el régimen dotal más riguroso, como si yo hubiese sido una muchacha dispuesta a casarme con un libertino.

Mientras los Fondaudége no se echaran atrás ante estas exigencias, yo podía dormir tranquilo. Supongo que me querían por el apego que me tenías tú.

Mamá no quería ni oír hablar de una renta; exigía que tu dote te fuera entregada en metálico.

—Tengo el ejemplo del barón Philipot —decía—, que se ha casado con la mayor sin ella llevar un céntimo. Lo he pensado muy bien. ¡Para haber entregado esa pobre criatura a un viejo, es seguro que ellos han obtenido a cambio alguna ventaja! Pero para nosotros es distinto. Suponían que a mí había de deslumbrarme un matrimonio semejante. No me conocen.

Nosotros, "los tortolillos", aparentábamos no interesarnos por estas cuestiones. Supongo que tú tenías tanta confianza en el genio de tu padre como yo en el de mi madre. Y, después de todo, tal vez ninguno de nosotros supiéramos hasta qué punto amábamos el dinero...

No, soy injusto. Tú no lo has amado jamás, excepto a causa de los hijos. Tal vez me asesinaras con objeto de enriquecerlos, pero por ellos serías capaz de quitarte el pan de la boca.

Mientras que yo... yo amo el dinero, lo confieso; me da ánimo. Cuanto más tiempo sea yo el dueño de la fortuna, menos podréis contra mí.

—¡Necesitamos tan poco a nuestra edad! —me repites.

¡Qué error! Un anciano no existe más que por lo que posee. En cuanto deja de tener la menor cosa, se le da de lado. No nos queda más remedio que elegir entre la casa de retiro, el asilo y la fortuna. ¡Cuántas veces, entre las familias burguesas, y con un poco más de formas y maneras, he sorprendido el equivalente de esas historias de campesinos que dejan morir de hambre a sus padres, después de haberlos despojado! Sí, tengo miedo de empobrecerme. Me parece

que jamás podré acumular el oro suficiente. Os atrae, pero me protege.

Ha pasado ya la hora del ángelus y yo no la he oído... pero hoy no se ha dejado oír. Es Viernes Santo. Los hombres de la familia llegarán esta noche en coche. Bajaré a cenar. Quiero verlos a todos reunidos. Me siento mucho más fuerte contra todos que en las conversaciones particulares. Además, quiero comer mi chuleta en este día de penitencia, no por fanfarronería, sino para demostraros que he conservado mi voluntad y que no cederé nunca en lo más mínimo.

Todas las posiciones que ocupó desde hace cuarenta y cinco años y de las cuales no has podido desalojarme, caerían una a una si hiciera una sola concesión. Frente a esta familia alimentada de habichuelas y sardinas en aceite, mi chuleta de viernes Santo será el signo de que no hay esperanza de despojarme en vida.

Capítulo cuarto

No me había engañado. Mi presencia en medio de vosotros, anoche, deshizo todos vuestros planes. La mesa de los niños era la única alegre, porque la noche del viernes Santo toman chocolate y pan con mantequilla. Yo no distingo bien. Mi nieta Janine es una niña que ya camina... He dado a todos el espectáculo de un apetito

excelente. Tú has aludido a mi salud y a mi avanzada edad para disculpar mi chuleta ante ellos. Me ha parecido terrible el optimismo de Huberto. Como un hombre para quien es cuestión de vida o muerte, está seguro de que la Bolsa subirá dentro de poco. Y es mi hijo. Ese cuádragenario es hijo mío, lo sé, pero no me doy cuenta. Es imposible mirar frente a frente a esta verdad. ¡Si sus asuntos fueran mal, sin embargo...! Un agente de Bolsa que da tales dividendos juega y arriesga mucho... El día en que el honor de la familia se pusiera en juego... ¡El honor de la familia! He aquí un ídolo ante el cual yo no he de sacrificar nada. Mi decisión ya ha sido tomada. Será necesario aguantar el golpe, no enternecerse. Mientras quede todavía el viejo tío Fondaudége que pare los golpes, si yo no los paro...; Pero divago, desatino... o, más que nada, me evado del recuerdo de aquella noche en que tú, sin saberlo, destruiste nuestra felicidad.

Es extraño pensar que tal vez no hayas conservado el recuerdo. Aquellas horas, entre tibias tinieblas, transcurridas en esta alcoba, decidieron nuestros destinos. Cada palabra que pronunciabas los separaba un poco más, y tú no te dabas cuenta de nada. Tu memoria, saturada por mil recuerdos fútiles, no ha retenido nada de este desastre. Pienso que tú, que profesas la creencia en la vida eterna, empeñaste y comprometiste la mía aquella noche. Porque nuestro primer amor me había hecho sensible a la atmósfera de fe y adoración que bañaba tu vida. Yo te amaba y amaba a los elementos espirituales de tu ser. Me enternecía cuando te arrodillabas con tu largo camisón de colegiala...

Ocupábamos esta alcoba donde escribo estas líneas. ¿Por qué fuimos a Cálese, a casa de mi madre, después de nuestro viaje de bodas? Yo no había aceptado la donación de Cálese, porque era obra suya y estaba enamorada de ella. Recordé más tarde, para alimentar mi rencor, las circunstancias que no advertí en un principio o ante las cuales había vuelto los ojos. En primer lugar, tu familia había pretextado la muerte de un tío a fin de que, siguiendo las costumbres de Bretaña, se suprimiesen las fiestas nupciales. Evidentemente, los avergonzaba una alianza tan mediocre. El barón Philipot contó por todas partes que su pequeña cuñada se había *enamorado* en Bagnères—de—Luchon de un muchacho encantador, de gran porvenir y muy rico, pero de origen oscuro.

—En fin —decía—, eso no es una familia.

Hablaba de mí como si yo fuese un hijo natural. Pero por lo menos le parecía interesante que yo no tuviese familia de la que nadie pudiera ruborizarse. En fin, mi anciana madre era una mujer presentable y parecía querer mantenerse en su sitio. En resumen, tú eras, por lo visto, una chiquilla mimada que hacías de tus padres lo que te venía en gana. Y mi fortuna se anunciaba tan magnífica que los Fondaudége podían consentir en ese matrimonio y prescindir de lo demás.

Cuando tuve conocimiento de estos chismes, no me enseñaron más de lo que yo conocía en el fondo. La felicidad me impedía concederles ninguna importancia. Y he de confesar que incluso yo había hecho un buen negocio con ese matrimonio casi clandestino.

¿Dónde hallar hombres de honor entre aquella pandilla de muchachos famélicos, de quienes yo había sido el jefe? Mi orgullo me impedía dar los primeros pasos entre mis enemigos de ayer. Este brillante matrimonio hubiera hecho muy fácil el acercamiento. Pero con esta confesión me denigro mucho para no disimular este rasgo de mi carácter: la independencia, la inflexibilidad. No me humillo ante nadie; soy fiel a mis ideas. Sobre este particular, mi matrimonio había despertado en mí algunos remordimientos.

Yo había prometido a tus padres no hacer nada para desviarte de tus prácticas religiosas, pero sólo me había comprometido a no afiliarme a la francmasonería. Además, vosotros no pensabais en ninguna otra exigencia. En aquel tiempo, la religión concernía solamente a las mujeres. En tu mundo, el marido "acompañaba a su mujer a misa": era la fórmula establecida. Ahora bien, en Luchon te había probado que a mí aquello no me repugnaba.

Cuando volvimos de Venecia, en septiembre del 85, tus padres supieron hallar un pretexto para no recibarnos en su castillo de Cenon, donde sus amigos y los de los Philipot tenían ocupadas todas las habitaciones. Nos pareció, pues, más ventajoso instalarnos durante un tiempo en casa de mi madre. El recuerdo de nuestra dureza para con ella no nos molestaba lo más mínimo. Aceptábamos vivir a su lado en la medida que nos pareciera cómodo.

Ella se guardó mucho de jactarse. La casa era nuestra, aseguraba. Podíamos recibir a quienes quisiéramos. Se empequeñecería, no se la vería en ninguna parte. Decía:

—Yo sé desaparecer. —Y también:— Estoy casi todo el día fuera.

En efecto, se preocupaba mucho de los viñedos, las bodegas, los gallineros y la colada. Después de cenar, subía un momento a su habitación, disculpándose si nos hallaba en la sala. Llamaba antes de entrar y hube de advertirle que no debía hacerlo. Incluso se te ofreció para hacerse cargo de la casa, pero tú no le causaste esa tristeza. Por otra parte, no le tenías envidia alguna. ¡Ah, tu condescendencia para con ella! ¡Y esa humilde gratitud que ella te tuvo!

No nos separaste de ella tanto como ella había temido. Yo me mostraba hasta más afectuoso que antes de mi matrimonio. Le asombraban nuestras risas sin ton ni son; aquel joven marido dichoso era, sin embargo, su hijo, tan largo tiempo encerrado en sí mismo y tan duro. Pensaba que no había sabido hacerse conmigo y que yo era demasiado superior para ella. Tú reparabas el mal que ella había ocasionado.

Recuerdo su admiración cuando tú pintarrajeabas pantallas y tamboriles, cuando cantabas o tocabas el piano, atraída siempre por los mismos temas, una "romanza sin palabras" de Mendelssohn.

Algunas amigas solteras iban a verte de vez en cuando. Y tú les advertías:

—Conoceréis a mi suegra, un tipo magnífico, una verdadera dama campesina como no hay dos.

Tú veías en ella mucho *estilo*. Para hablar a su servidumbre empleaba una jerga que te parecía de muy buen tono. Incluso mostrabas el daguerrotipo de mamá a los quince años, donde ella

aparecía aún con su pañuelo de seda. Tenías un estribillo sobre las viejas familias campesinas "más nobles que muchos nobles"... ¡Cuan convencional fuiste en aquel tiempo! La maternidad te devolvió el temperamento.

Retrocedo siempre ante el relato de aquella noche. Fue tan calurosa que no tuvimos más remedio que dejar abiertas las persianas, a pesar de tu horror a los murciélagos. Sabíamos perfectamente que era el roce de las hojas de un tilo contra la pared de la casa, pero siempre nos parecía que respiraba alguien en el fondo de nuestra alcoba. A veces, el viento imitaba entre las ramas el rumor de un aguacero. La luna, al ponerse, iluminaba el suelo y los pálidos fantasmas de nuestros vestidos diseminados por la habitación. No oíamos a la pradera murmuradora, cuyo susurro se había hecho silencio.

Y me dijiste:

—Durmamos. Debemos dormir...

Pero en torno a nuestra lasitud rondaba una sombra. No subíamos solos desde el fondo del abismo. Y surgía ese desconocido Rodolfo, que yo despertaba en tu corazón en cuanto mis brazos se cerraban sobre ti.

Y cuando volvía a abrirlos, adivinábamos su presencia. Yo no quería sufrir, tenía miedo de sufrir. También el instinto de conservación se manifiesta en la felicidad. Sabía que no era necesario interrogarte. Dejaba que ese nombre estallase como una burbuja en la superficie de nuestra vida. No hice nada por arrancar del

cieno lo que dormía bajo las aguas mansas, ese principio de corrupción, ese pútrido secreto. Pero tú, miserable, tenías necesidad de liberar con palabras tu pasión desilusionada y hambrienta. Bastó que se me escapara una sola pregunta:

En fin, ¿quién era ese Rodolfo?

Hay muchas cosas que hubiese debido decirte... ¡Oh! Nada grave, tranquilízate.

Hablabas con voz baja y precipitada. Tu cabeza no reposaba en el hueco de mi hombro. El ínfimo espacio que separaba nuestros cuerpos yacentes se había convertido en infranqueable.

El hijo de una austríaca y de un gran industrial del Norte... Lo conociste en Aix, donde acompañaste a tu abuela el año anterior al de nuestro encuentro en Luchon. Llegaba de Cambridge. No me lo describiste, pero le atribuí, de pronto, todas las gracias de que yo me sabía desprovisto. El claro de luna iluminaba sobre nuestras sábanas mi gran mano nudosa de campesino, de cortas uñas. Según decías, no habíais hecho nada realmente malo, aunque él fuera y se mostrara menos respetuoso que yo. Mi memoria no ha retenido nada concreto de tus confesiones. ¿Qué me importaban? No se trataba de esto.

Si no le hubieses amado, me hubiera consolado de una de esas breves derrotas en las que, de un solo golpe, zozobra la pureza de un niño. Pero me preguntaba ya:

"¿Cómo ha podido amarme, cuando apenas ha transcurrido un año de ese gran amor?"

El terror me helaba.

"Todo ha sido falso —pensaba—; me ha mentido; no he sido liberado. ¿Cómo he podido creer que era posible que me amara una muchacha? Yo soy un hombre a quien no se ama."

Las estrellas del alba palpitaban aún. Se despertó un mirlo. La brisa, cuyo rumor habíamos oído entre las hojas mucho antes de sentirla sobre nuestros cuerpos, hinchaba las cortinas y refrescaba mis ojos como en mis tiempos felices. Y esa felicidad existía. Había existido diez minutos antes. Y, sin embargo, pensaba ya: "Mis tiempos felices..."

Te hice una pregunta:

—¿No aceptó nada de ti?

Recuerdo que te indignaste. Todavía tengo en los oídos aquella voz especial que sacabas entonces, cuando de tu vanidad se trataba. Naturalmente, él estaba muy entusiasmado y orgulloso de desposarse con una Fondaudége. Pero sus padres se habían enterado de que tú habías perdido a dos hermanos, ambos desaparecidos en la adolescencia a causa de la tuberculosis. Como también su salud era frágil, aquella familia no se dejó convencer.

Yo te preguntaba calmosamente. Nada hizo que te dieras cuenta de lo que estabas a punto de destruir.

—Todo esto, querido, ha sido providencial para nosotros dos —dijiste—. Tú sabes cuan orgullosos son mis padres; un poco ridículos, lo reconozco. Puedo confesarte que para que nuestra felicidad haya sido posible fue necesario que ese matrimonio frustrado los hiriera en lo vivo. No ignoras la importancia que entre los

de nuestra clase se da a la salud cuando se trata de matrimonio. Mamá suponía que toda la ciudad estaba al corriente de nuestra aventura. Nadie hubiese querido casarse conmigo. Tenía la idea de que había de quedarme para vestir santos. ¡Qué vida más amarga he vivido a su lado durante varios meses! ¡Como si yo no hubiese tenido bastante con mi amargura!... Había llegado a persuadirnos, tanto a papá como a mí, de que yo no era ya "casadera".

Yo evitaba toda palabra que te hubiese hecho desconfiar. Y me repetías que todo había sido providencial para nuestro amor.

—Te amé en cuanto te vi. Habíamos rezado en Lourdes antes de ir a Luchon. Comprendí, al verte, que nuestras súplicas habían sido atendidas.

No presentías la cólera que despertaban en mí tales palabras. Vuestros comentarios tienen secretamente, con respecto a la religión, una idea mucho más alta de la que os podéis imaginar y que ni siquiera ellos mismos saben. ¿Por qué, si no, se sentirían heridos de que la practiquéis de una forma tan baja? A no ser que parezca muy sencillo a tus ojos pedir incluso los bienes temporales a ese Dios a quien llamas Padre... Pero, ¿qué importa todo esto? Se deducía de tus palabras que tanto tu familia como tú os hubieseis lanzado ávidamente sobre el primer caracol que hubierais encontrado.

Nunca, hasta ese minuto, tuve conciencia de qué modo había sido desproporcionado nuestro matrimonio. Fue necesario que tu madre se volviera loca y contagiara a tu padre y a ti con su locura... Me hiciste saber que los Philipot incluso te habían amenazado con

renegar de ti si te casabas conmigo. Sí, mientras nos burlábamos en Luchon de aquel imbécil, él había dado todos los pasos posibles para decidir a los Fondaudége a una ruptura.

Pero yo te tenía a ti, querido, y él ha perdido.

Me repetiste varias veces que, en realidad, tú no lamentabas nada.

Te dejaba hablar. Contenía mi aliento. Asegurabas que no hubieras podido ser feliz con Rodolfo. Era demasiado bello. No amaba; se dejaba amar. No importaba quién te lo hubiera quitado.

No te dabas cuenta de que tu propia voz cambiaba sólo con nombrarlo; era menos aguda, poseía una especie de temblor, de arrullo, como si antiguos suspiros permanecieran en suspenso dentro de tu pecho y bastase el solo nombre de Rodolfo para liberarlos.

El no te hubiese hecho feliz porque era bello, encantador y querido. Esto significaba que yo sería tu alegría gracias a mi ingrato semblante, a esa insociabilidad que alejaba los corazones. Según tú decías, él había adquirido los ademanes de los insoportables muchachos que han estudiado en Cambridge y que han hecho suyos los modales ingleses... ¿Preferías a un marido incapaz de elegir la tela de un traje, de anudar una corbata; que aborrecía los deportes y que no practicaba esa distinguida frivolidad, ese arte de eludir las conversaciones importantes, las confesiones, las declaraciones, esa ciencia de vivir dichoso y con gracia? No; te habías fijado en aquel desgraciado porque se encontraba allí aquel año en que tu madre, ante la edad que se pasaba, se había convencido de que tú no eras "casadera". Porque no querías ni podías continuar soltera seis meses

más; había suficiente dinero para que eso fuese una excusa plausible a los ojos del mundo...

Contenía mi respiración anhelante, apretaba los puños y me mordía el labio inferior. Cuando esto me horroriza hoy, hasta el punto de no poder soportar más a mi corazón ni a mi cuerpo, pienso en aquel muchacho de 1885, en aquel esposo de veintitrés años, con los brazos cruzados sobre el pecho y que ahogaba con rabia su joven amor.

Me estremecí. Te diste cuenta y te interrumpiste.

—¿Tienes frío, Luis?

Te contesté diciendo que sólo había sido un escalofrío.

—No estás celoso, ¿verdad? Sería demasiado estúpido...

No mentí al jurarte que no había en mí la menor huella de celos. ¿Cómo hubieras comprendido que el drama se desarrollaba más allá de este sentimiento?

Lejos de darte cuenta de cuan profundamente había sido herido, te inquietó, sin embargo, mi silencio. Tu mano buscó mi frente en la oscuridad, acarició mi rostro. A pesar de que no lo había mojado ninguna lágrima, tal vez esa mano no reconociera los trazos familiares en mi endurecido semblante de mandíbulas apretadas. Tuviste miedo.

Para encender la bujía te inclinaste a medias sobre mí; no podías encender la cerilla. Yo me ahogaba bajo tu cuerpo odioso.

—¿Qué tienes? Ya te lo he contado todo. Me das miedo.

Fingí asombrarme. Te aseguré que no había nada que pudiese preocuparte.

—¡Qué tonto eres asustándome, querido! Apago. Voy a dormir.

No hablaste más. Contemplaba el nacimiento de aquel nuevo día, de aquel día de mi nueva vida. Las golondrinas gritaban en los tejados. Un hombre cruzaba el patio arrastrando los zuecos. Todo lo que escucho ahora, desde hace cuarenta y cinco años, lo escuchaba entonces: los gallos, las campanas, un tren de mercancías al cruzar el puente... Y todo lo que respiraba lo respiro aún: ese perfume que amo, ese olor de cenizas que trae el viento por la parte del mar, desde los eriales incendiados. De pronto, me incorporé a medias.

—Isa, la noche en que lloraste, la noche en que nos hallábamos sentados en un recodo de Superbagnères, ¿lloraste por él?

Como no me contestabas, cogí tu brazo, que retiraste con gruñido casi animal. Te volviste de espaldas. Dormías bajo tus largos cabellos. Al sentir el frescor del alba, echaste las sábanas en desorden sobre tu cuerpo encogido, aovillado, como duermen los animales jóvenes. ¿Por qué despertarte de ese sueño de niño? Lo que yo quería saber por ti misma, ¿no lo sabía ya?

Me levanté sin ruido. Fui descalzo hasta el espejo del armario, donde me contemplé como si hubiese sido otro, o, mejor dicho, como si hubiera vuelto a mí mismo: el hombre a quien no habían amado, aquel por quien nadie en el mundo había sufrido. Tuve lástima de mi juventud; mi gruesa mano de campesino resbaló a lo largo de

mi mejilla sin afeitar, ya ensombrecida por una barba dura de rojizos reflejos.

Me vestí en silencio y bajé al jardín. Mamá estaba entre los rosales. Se levantaba antes que la servidumbre para airear la casa. Me dijo al verme:

—Quieres aprovecharte del fresco, ¿verdad? —Y añadió, mostrándome la niebla que cubría toda la llanura:— Hoy será un día de bochorno. A las ocho lo cerraré todo.

La besé con mayor ternura que de costumbre. Y ella murmuró en voz baja:

—Querido...

Mi corazón —te asombra que yo hable de mi corazón, ¿verdad?—, mi corazón estaba a punto de partirse en pedazos. A mis labios acudieron unas palabras trémulas... ¿Por dónde empezar? ¿Qué habría comprendido ella? El silencio es un medio fácil al cual sucumbo siempre.

Fui hasta la terraza. Endebles árboles frutales se dibujaban vagamente por encima de las cepas. La cumbre de las colinas levantaba la niebla, desgarrándola. De la bruma nacía un campanario; luego, la iglesia, a su vez, emergía como un cuerpo vivo. Y a pesar de que tú supones que jamás he comprendido todas estas cosas..., me daba cuenta, no obstante, en ese minuto, de que una criatura tan desolada como yo lo estaba puede buscar la razón, el sentido de su derrota; que es posible que esa derrota encierre un significado, que los acontecimientos, sobre todo en el orden del corazón, sean quizá

mensajeros cuyo secreto hay que interpretar... Sí, yo he sido capaz, en ciertas horas de mi vida, de entrever las cosas que hubieran debido acercarme a ti.

Sin embargo, todo esto no fue aquella mañana sino la emoción de un instante. Me veo aún dirigiéndome a la casa. No eran todavía las ocho y ya calentaba el sol. Se te veía a través de la ventana, con la cabeza inclinada, recogíendote los cabellos con una mano y cepillándolos con la otra. No me veías. Durante un momento permanecí con la cabeza levantada, mirándote, poseído de un aborrecimiento cuyo amargo sabor creo percibir todavía al cabo de tantos años.

Corrí hasta mi escritorio y abrí la gaveta cerrada con llave. De ella saqué un pañuelo arrugado, el mismo que había servido para enjugar tus lágrimas aquella noche en Superbagnères y que, idiota de mí, había apretado contra mi pecho. Le até una piedra, como si hubiera sido un perro vivo y hubiese querido ahogarlo, y lo lancé a esa charca que en nuestra casa llamamos *gouttiu*.

Capítulo quinto

Entonces se inició la era del gran silencio que, al cabo de cuarenta años, apenas si ha sido roto. Nada se exteriorizó de este derrumbamiento. Todo continuó como en mis tiempos felices. No permanecimos menos unidos en la carne, pero el fantasma de Rodolfo no nació más de nuestros abrazos y tú no pronunciaste más aquel nombre aborrecido. Había acudido a tu llamada, había rondado en torno a nuestro lecho y había dado término a su obra de destrucción. Ya no quedaba más que callar y aguardar la larga continuidad de los efectos y el encadenamiento de las consecuencias.

Tal vez comprendieras el error que habías cometido hablando. No creías que esto fuese muy grave, sino, simplemente, que lo más acertado era desterrar aquel nombre de nuestras conversaciones. No sé si te diste cuenta de que nosotros ya no hablábamos por la noche como antes. Habían terminado nuestras conversaciones interminables. No hablábamos de nada que no hubiese sido concertado previamente. Tanto tú como yo nos manteníamos alerta.

Me despertaba a medianoche, me despertaba mi sufrimiento. Yo estaba unido a ti como el zorro al cepo. Imaginaba las conversaciones que hubiésemos tenido si yo te hubiera sacudido brutalmente, precipitándote fuera del lecho:

"No, yo no te he mentado —habrías exclamado—, puesto que te amaba."

"Sí, como un mal menor, y porque siempre es fácil poseer el recurso carnal, que no significa nada, para hacer creer al otro que se

le quiere. Yo no era un monstruo. La primera muchacha que me hubiese amado habría hecho de mí lo que hubiera querido."

Algunas veces gemía en la oscuridad, y tú no te despertabas.

Tu primer embarazo hizo, por otra parte, que toda explicación fuera inútil y cambió poco a poco nuestras relaciones. Se manifestó antes de la vendimia. Volvimos a la ciudad; pero tuviste un aborto y hubiste de guardar cama durante varias semanas. En primavera quedaste de nuevo encinta. Fue necesario cuidarte mucho. Entonces comenzaron aquellos años de gestaciones, de accidentes y partos, que me proporcionaron numerosos pretextos para alejarme de ti. Yo me entregaba a una vida de secretos desórdenes, muy secretos, porque comenzaba a pleitear mucho; estaba siempre "en mis cosas", como decía mamá, y se trataba de mi prestigio. Tenía mis horas y mis costumbres. La vida en una ciudad de provincia desarrolla en los licenciosos la astucia del cazador. Tranquilízate, Isa; te haré gracia de lo que te horroriza. No asusta ninguna pintura de este infierno adonde yo descendía casi a diario. Tú me lanzaste a él; tú, que de él me habías sacado.

De ser yo menos prudente, te hubiera deslumbrado. Desde el nacimiento de Huberto traicionaste tu verdadera naturaleza: eras madre, nada más que madre. Tu atención se apartó de mí. Yo no contaba. Literalmente, era cierto que no tenías ojos más que para los niños. Yo había realizado al fecundarte lo que esperabas de mí.

Mientras nuestros hijos fueron larvas y no me interesé por ellos, no pudo nacer entre nosotros ningún conflicto. No volvíamos a

encontrarnos más que en esos actos rituales donde los cuerpos obran por costumbre, cuando un hombre y una mujer están a mil leguas de su propia carne.

No te dabas cuenta de que existía, excepto cuando me veías en torno a los niños. Y no comenzaste a odiarme hasta que pretendí ejercer derechos sobre ellos.

Regocíjate con la confesión que me atrevo a hacerte: no me impulsaba el instinto paterno. Me dio celos muy pronto esa pasión que habían despertado en ti. Sí, he intentado quitártelos para castigarte. Eché mano de importantes razones; ponía por delante la exigencia del deber. Yo no quería que una santurróna falsease el espíritu de mis hijos. Tales eran las razones que yo daba. Pero precisamente se trataba de esto.

¿Saldré alguna vez de esta historia? La he comenzado para ti, y ya me parece inverosímil que puedas seguirme mucho tiempo. En el fondo, escribo para mí mismo. Como viejo abogado, ordeno los autos, clasifico las piezas de mi vida, de este proceso perdido. Esas campanas... Mañana empieza la Pascua. Te he prometido bajar en honor del santo día.

—Los niños se quejan de que no te ven —me dijiste esta mañana.

Nuestra hija Genoveva estaba a tu lado, de pie, cerca de mi lecho. Saliste para que nos quedásemos solos ella y yo. Tenía algo que pedirme. Os había oído murmurar en el pasillo:

—Es mejor que seas tú la que hable primero —decías a Genoveva.

Con seguridad que se trata de su yerno, del guapo Phili. Me he vuelto muy práctico en cambiar de conversación para impedir que la cuestión se plantee. Genoveva salió sin que pudiera decirme nada. Yo sabía ya lo que ella quería. Lo oí días atrás, cuando la ventana del salón estaba abierta bajo la mía; no hice más que inclinarme un poco. Se trataba de adelantar las cantidades que necesitaba Phili para intervenir en un negocio de cambio y bolsa. Sin duda, una inversión como otra... Como si yo no supiera nada de esto, como si ahora no fuera necesario guardar el dinero bajo llave... Si supieran todo lo que hice el mes pasado, presintiendo la baja...

Todos han salido para asistir a vísperas. Las Pascuas han vaciado las casas y los campos. Me he quedado solo, viejo Fausto apartado de la alegría del mundo por la horrible vejez. Ellos no saben lo que es esto. Durante el almuerzo han estado pendientes de recoger lo que mis labios decían de la Bolsa, de los negocios. Hablaba sobre todo para Huberto, para que no hiciera nada, si todavía estaba a tiempo. ¡Con qué ansiedad me escuchaba!... ¡He aquí a alguien que no esconde su juego! Dejaba vacío el plato que tú llenabas con esa obstinación de las pobres madres que ven a sus hijos devorados por una inquietud y quieren hacerles comer a la fuerza, como si esto lo resolviera todo. Y él te regañaba, como en otro tiempo había yo gruñido a mi madre.

¡Y con qué cuidado llena mi vaso el joven Phili! ¡Y qué falso interés el de su mujer, la pequeña Janine!

—Abuelo, no debiera usted fumar. Incluso un solo cigarro es demasiado. ¿Está usted seguro de que no se ha engañado, de que es café sin cafeína?

La pobre pequeña es una mala actriz y sus palabras suenan a falso. Su voz, la emisión de su voz, la entrega enteramente. También tú, de joven, eras afectada. Pero desde tu primer embarazo cambiaste radicalmente. Janine será hasta la muerte una dama al corriente de todo, repetirá lo que ha oído decir y le ha parecido distinguido, citará opiniones sobre todas las cosas y no comprenderá nada de nada. ¿Cómo Phili, tan natural, un verdadero perro, puede vivir al lado de esa pequeña idiota? Pero no; todo es falso en ella, excepto su pasión. Es mala actriz porque nada tiene importancia a sus ojos, nada existe fuera de su amor.

Después de almorzar nos sentamos todos en la escalinata. Janine y Phili contemplaban a Genoveva, su madre, con una actitud de súplica. Y, a su vez, ella se volvía a ti. Tú habías negado con un ademán imperceptible. Entonces, Genoveva se levantó y me dijo:

—Papá, ¿quieres dar una vuelta conmigo?

¡De qué forma os asusto a todos! Sentí lástima de ella. Aunque en principio estaba dispuesto a no moverme, me levanté y me apoyé en su brazo. Habíamos dado la vuelta al prado. Desde la escalinata nos observaba el resto de la familia. De pronto entró en materia.

—Quisiera hablarte de Phili.

Temblaba. Es horrible asustar a nuestros hijos. Pero, ¿crees tú que a los sesenta años se está desprovisto de un aire implacable? A esa

edad no cambiará más la expresión de los rasgos. Y el alma se desalienta cuando no puede exteriorizarse... Genoveva se quitaba de encima apresuradamente todo cuanto había preparado. Se trataba del negocio de su yerno. Insistió en aquello que sin duda alguna podía molestarle; en su opinión, la ociosidad de Phili comprometía el porvenir de su hogar. Phili había comenzado a llevar una vida desarreglada. Yo le contesté que, para un muchacho como su yerno, ese "negocio" no serviría más que para facilitar sus subterfugios. Ella le defendió. Todos estaban encantados con Phili.

—No hay por qué ser más severo con él de lo que es Janine.

Yo protesté diciendo que ni le juzgaba ni le condenaba. La carrera amorosa de aquel caballero no me interesaba lo más mínimo.

—¿Acaso se interesa por mí? ¿Por qué he de interesarme por él?

—Te admira mucho...

Esta imprudente mentira me sirvió para dar rienda suelta a lo que tenía reservado.

—Esto no impide, hija mía, que tu Phili me llame "viejo cocodrilo". No protestes; lo he oído a espaldas mías unas cuantas veces; no lo desmiento: soy un cocodrilo y continuaré siéndolo. No hay nada que esperar de un viejo cocodrilo, nada, excepto su muerte. E incluso la muerte —tuve la imprudencia de añadir— puede todavía hacer de las tuyas.

(¡Cuánto lamento haber dicho esto, haber puesto sobre aviso!)

Genoveva, aterrada, protestaba, imaginándose que yo daba gran importancia a la injuria de este mote. Lo que odio es la juventud de

Phili. ¿Cómo hubiese imaginado ella lo que representa, a ojos de un anciano aborrecido y desesperado, ese muchacho triunfante, ahito desde la adolescencia de todo aquello que yo no he gustado una sola vez en medio siglo de vida? Detesto, odio a los jóvenes. Pero a ése más que a ningún otro. Del mismo modo que un gato entra silenciosamente a través de la ventana, ha penetrado en mi casa con felinos pasos, atraído por el olor. Mi nieta no aportaba más que una muy linda dote, pero, en cambio, tenía magníficas "esperanzas" ¡Las esperanzas de nuestros hijos! Para alcanzarlas habrán de pasar sobre nuestros cuerpos.

Como Genoveva sollozaba, enjugándose las lágrimas, le dije con tono insinuante:

—En fin, tú tienes un marido, un marido que vive del ron. Ese buen Alfredo no tiene que preocuparse más de buscarle una posición a su yerno. ¿Por qué había yo de ser más generoso que vosotros mismos?

Cambió de tono para hablarme del pobre Alfredo. ¡Qué desdén, qué disgusto! Según ella, era un timorato que reducía cada día más la cifra de sus negocios. En aquella casa, poco antes tan importante, no había en la actualidad plaza para dos.

La felicité por tener un marido de esta especie. Cuando se acerca la tempestad hay que recoger velas. El porvenir era para aquellos que, como Alfredo, veían poco. Hoy día, la falta de talla es la primera cualidad en los negocios. Creyó que me burlaba, aun cuando ésta

fuera una idea arraigada en mí; en mí, que guardo dinero bajo llave y que no correría ni siquiera el riesgo de la Caja de Ahorros.

Volvimos hacia la casa. Genoveva no se atrevía a decir nada más. Yo no me apoyaba ya en su brazo. La familia, sentada en corro, nos vio llegar y, sin duda alguna, interpretó los signos nefastos. Evidentemente, nuestro regreso interrumpió una discusión entre la familia de Huberto y la de Genoveva. ¡Oh, la magnífica batalla en torno a mi dinero escondido, mientras no consintiera en abrir la mano! Sólo Phili estaba de pie. El viento agitaba sus rebeldes cabellos. Su camisa de mangas cortas estaba desabrochada. Me horrorizan estos muchachos de ahora, estas chicas atléticas. Sus mejillas de niño enrojecieron cuando a la estúpida pregunta de Janine:

"Bien. ¿Habéis chismorreado?", yo contesté dulcemente: Hemos hablado de un viejo cocodrilo...

Una vez más: no es esta injuria el motivo de mi odio. Ellos no saben lo que es la vejez. Vosotros no podéis imaginar este suplicio: no haber tenido nada de la vida y no esperar nada de la muerte. Que no haya nada al otro lado del mundo, que no exista explicación alguna, que la palabra del enigma no nos sea revelada jamás... Pero tú, tú no has sufrido lo que he sufrido yo; no sufrirás lo que yo sufro. Los hijos no esperan tu muerte. Te quieren a su manera; te tienen cariño. Inmediatamente se han puesto de tu parte. Yo los amaba. Genoveva, esa gruesa mujer de cuarenta años, que quería arrancarme en seguida cuatrocientos billetes de mil para su lindo yerno, me hace recordar a aquella muchacha que saltaba sobre mis rodillas. En

cuanto la veías en mis brazos, la llamabas... Pero no llegaré nunca al final de esta confesión si continúo mezclando lo presente con lo pasado. Quiero esforzarme en proceder con un poco de orden.

Capítulo sexto

No creo haberte odiado desde el primer año que siguió a aquella malhadada noche. Mi aborrecimiento ha nacido poco a poco, a medida que era para mí más claro ese percatarme de tu indiferencia hacia mí y de que no existía otra cosa para ti que esos pequeños seres que gemían, gritaban y tenían hambre. No te habías dado cuenta de que, no habiendo cumplido aún mis treinta años, me había convertido en un civilista abrumado de trabajo y era saludado ya como un joven maestro en ese foro, el más ilustre de Francia después del de París. A partir del asunto Villenave (1893), me revelé también como un gran criminalista (es muy difícil despuntar en estas dos especialidades de la abogacía), y tú fuiste la única persona que no se dio cuenta del universal renombre que había logrado con mi carrera.

También en ese año se convirtió nuestro desacuerdo en guerra abierta.

Ese famoso asunto Villenave consagró mi triunfo, pero apretó el dogal que me ahogaba; tal vez me hubiera proporcionado alguna esperanza, pero me facilitó la prueba de que yo no existía a tus ojos.

Los Villenave —¿recuerdas tan sólo su historia?—, al cabo de veinte años de matrimonio, se amaban con un amor que se había hecho proverbial. Se decía: "unidos como los Villenave". Vivían con su único hijo, un muchacho de quince años, en el castillo de Ornon, a las puertas de la ciudad; recibían a poca gente, porque se bastaban a sí solos.

—Un amor como sólo se ve en las novelas —decía tu madre, con una de esas frases hechas de las cuales Genoveva había heredado el secreto.

Juraría que has olvidado completamente ese drama. Si te lo cuento te burlarás de mí, como cuando recordaba, de sobremesa, mis exámenes y mis oposiciones..., pero tanto peor. Una mañana, el criado que se cuidaba del piso oyó, procedentes del primer piso, el ruido de un disparo de revólver y un grito de angustia. Echó a correr escaleras arriba. La habitación de sus amos estaba cerrada con llave. Oyó unas palabras pronunciadas en voz baja, un sordo alboroto y unos pasos precipitados en el tocador. Al cabo de un instante, como no había cesado de mover el picaporte, se abrió la puerta. Villenave se hallaba sobre el lecho, en mangas de camisa y cubierto de sangre. Madame Villenave, con los cabellos en desorden, vestida con una bata, se hallaba al pie del lecho con un revólver en la mano. Decía:

—He disparado sobre el señor Villenave. Avise en seguida a un médico, al cirujano y al comisario de policía. No me moveré de aquí.

No pude obtener de ella más que esta confesión: "He disparado sobre mi marido", lo que fue confirmado por el señor Villenave en cuanto se halló en disposición de hablar. Incluso él se negó a hacer otra información.

La acusada no quiso elegir abogado. Yerno de uno de sus amigos, fui nombrado de oficio para su defensa; pero en mis diarias visitas a la cárcel no pude conseguir lo más mínimo de aquella obstinada mujer.

Las más absurdas historias corrían por la ciudad con respecto a ella. En cuanto a mí, no dudé de su inocencia desde el primer día. Ella había aceptado toda la responsabilidad, y el marido, que la amaba, toleraba la acusación que ella se hacía. ¡Ah, el olfato de los hombres que no son amados para descubrir la pasión en otro! Aquella mujer se hallaba enteramente poseída por el amor conyugal. No había disparado sobre su marido. ¿Le había amparado con su cuerpo para defenderle de algún amante desengañado? Nadie había entrado en la casa desde la víspera. No había amistad alguna que frecuentase aquella casa... En fin, no voy ahora a contarte esta vieja historia.

Hasta la mañana del día en que debía actuar ante el tribunal decidí mantenerme en una actitud negativa y demostrar solamente que la señora Villenave no podía haber cometido el crimen de que se le acusaba. Y en el último minuto, ante la declaración del joven Yves, su

hijo, o, mejor dicho (porque la declaración fue insignificante y no aportó luz al esclarecimiento del hecho), ante la mirada suplicante e imperiosa de su madre hasta el momento en que el hijo abandonó el lugar destinado a los testigos, y la especie de consuelo que ella demostró entonces, se desgarró súbitamente el velo: denuncié al hijo, a aquel adolescente enfermo, celoso de su padre demasiado amado. Con apasionada lógica, llevé a cabo aquella improvisación, hoy famosa, en la que, según confiesa, el profesor F. ha hallado el fundamento esencial de su sistema y ha renovado, a la vez, la psicología de la adolescencia y la terapéutica de los neuróticos.

Si echo mano de este recuerdo, mi querida Isa, no es porque cedo a la esperanza de suscitar, al cabo de cuarenta años, una admiración que tú no sentiste en el momento de mi triunfo, cuando los periódicos de ambos mundos publicaron mi fotografía. Pero al mismo tiempo que tu indiferencia en esa hora solemne de mi carrera me daba la medida de mi abandono y mi soledad, durante semanas tuve ante mis ojos, entre los cuatro muros de una celda, a aquella mujer que se sacrificaba, más que por salvar a su propio hijo, para salvar al hijo de su marido, al heredero de su nombre. Era él, la víctima, quien le había suplicado:

—Acúsate.

Y ella había llevado su amor hasta el extremo de hacer creer al mundo que era una criminal, que ella era la asesina del único ser a quien amaba. La había impulsado el amor conyugal, no el amor materno... (Y los hechos lo han demostrado: se ha separado de su

hijo y bajo diversos pretextos ha vivido siempre alejada de él). Yo hubiera podido ser un hombre amado como Villenave. También a él le vi muchas veces durante el proceso. ¿Qué poseía más que yo? Era muy bello, de buena familia, sin duda, pero no debía de ser muy inteligente. Su actitud hostil hacia mí, después del proceso, lo ha demostrado sobradamente. Y yo, yo poseía una especie de genio. Si en aquel momento hubiese tenido a una mujer que me hubiera amado, ¿hasta dónde hubiese podido llegar? Uno solo no puede conservar la fe en sí mismo. Es necesario que poseamos un testigo de nuestra fuerza; alguien que señale los golpes, que lleve la cuenta de los puntos, que nos corone en el día de la recompensa, como en otro tiempo, cuando en la distribución de premios, cargado de libros, buscaba entre la gente los ojos de mi madre y, al son de una música militar, depositaba ella los laureles de oro sobre mi tierna cabeza pelada.

En la época del asunto Villenave, mi madre comenzó a apagarse. Me di cuenta poco a poco. El interés que tenía por un gozque negro, que ladraba furiosamente en cuanto yo me acercaba, fue el primer signo de su decadencia. Apenas se hablaba en cada visita de otra cosa que de este animal. Y ella no escuchaba lo que yo le contaba de mí.

Por otra parte, mi madre no hubiera podido reemplazar el amor que me hubiese salvado en esa caída de mi existencia. Me había legado su vicio de amar demasiado al dinero; tenía esta pasión en la sangre. Hubiera hecho uso de todos sus esfuerzos para mantenerme en una

profesión donde, como ella decía, "ganase mucho". Cuando me atrajo la literatura, cuando fui solicitado por los periódicos y las grandes revistas, cuando los partidos de izquierda me ofrecieron una candidatura en La Bastide —el que me reemplazó fue elegido sin dificultad—, resistí a mi ambición porque no quería renunciar a "ganar mucho".

También éste era tu deseo, y me habías dado a entender que no abandonarías la provincia. Una mujer que me hubiese amado hubiera deseado mi gloria. Me habría enseñado que el arte de vivir consiste en sacrificar una baja pasión por una más alta. Los periodistas imbéciles, que aparentan indignarse porque tal o cual abogado se aprovecha de ser diputado o ministro para buscar algunas provechosas minutas, procederían mejor admirando la conducta de aquellos que han sabido establecer entre sus pasiones una jerarquía inteligente, y que han preferido la gloria política a los asuntos más beneficiosos. El defecto de que tú me hubieras curado, si me hubieses querido, era el de no colocar nada por encima del beneficio inmediato, de ser incapaz de dejar la pequeña y mediocre presa de los honorarios por la sombra del poder, porque no hay sombra sin realidad: la misma sombra es una realidad. Pero, ¡bah! Yo no tenía más que el consuelo de "ganar mucho", como el tendero de la esquina.

He aquí lo que me queda: cuanto he ganado a lo largo de esos años horribles, ese dinero del cual tenéis la locura de querer despojarme. ¡Ah! Incluso la idea misma según la cual gozaréis de él a

mi muerte me es insoportable. Ya te he dicho al empezar que, al principio, había tomado mis disposiciones para que no os quedara nada. Te he dado a entender que había renunciado a esta venganza... Pero era desconocer ese movimiento de marea que es el odio en mi corazón. Y cuanto más se aleja y me conmuevo... Pero vuelve, y me anega esa oleada cenagosa.

Ahora, después de estas Pascuas, después de esta ofensiva encaminada a despojarme en provecho de vuestro Phili, y cuando he vuelto a ver completa a esa jauría familiar sentada en corro ante la puerta y espiándome, me obsesionan las particiones, esas particiones que os lanzarán a unos contra otros; porque vosotros os pelearéis como perros en torno a mis tierras y a mis valores. Las tierras serán vuestras, pero los valores no existen. Aquéllos de que os he hablado al principio de estas páginas los vendí la semana pasada a su más alta cotización. Ahora han comenzado a bajar. Todos los buques zozobran cuando los abandono; no me engaño jamás. Los millones líquidos los tendréis también; los tendréis si yo quiero. Hay días en que decido que no encontréis un céntimo.

Oigo vuestro rebaño cuchicheando al subir por la escalera. Os detenéis; habláis sin temor de que me despierte —se da por sentado que soy sordo—; veo bajo la puerta el resplandor de vuestras bujías. Reconozco la voz de falsete de Phili —diríase que aun la está cambiando— y, de pronto, las risas ahogadas, los cloqueos de las mujeres. Tú les regañas, les dices:

—Os aseguro que no duerme...

Te acercas a mi puerta y escuchas; miras por el ojo de la cerradura; mi lámpara me denuncia. Te vuelves a la jauría. Seguramente les dices, susurrando:

—Aun está despierto; os escucha...

Y se alejan todos, andando de puntillas. Crujen los peldaños de la escalera. Una a una se cierran las puertas. En la noche de Pascua, la casa se ha llenado de parejas. Y yo podría ser el tronco vivo de esas jóvenes ramas. La mayor parte de los padres son amados. Tú eres mi enemiga, y mis hijos se han pasado al enemigo.

Hay que afrontar esta guerra. No tengo fuerzas para escribir. Y, sin embargo, no quiero acostarme, tenderme, ni cuando el estado de mi corazón lo requiere. A mi edad, el sueño atrae la atención de la muerte; y es preciso no parecer muerto. Mientras permanezco de pie, parece como si ella no pudiese venir. ¿Acaso lo que más temo es la angustia física, la angustia del último estertor? No, es que la muerte es lo que no existe, lo que no se puede expresar más que por signos.

Capítulo séptimo

Mientras nuestros tres hijos permanecieron en el limbo de la primera infancia, se mantuvo velada nuestra enemistad; la atmósfera era pesada en nuestra casa. Tu indiferencia hacia mí, tu despego por

todo lo que me concernía, te impedían sufrir y sentirla. Además, yo no estaba presente. Almorzaba solo, a las once, para llegar al Palacio de Justicia antes del mediodía. Mis asuntos requerían toda mi atención, y tú ya sabes en qué gastaba el poco tiempo de que podía disponer en familia. ¿Por qué esa intemperancia horriblemente sencilla, despojada de todo lo que, por costumbre, le sirve de excusa, reducida a su puro horror, sin sombra de sentimiento, sin la más pequeña y falsa apariencia de ternura? Yo hubiera podido hallar satisfacción en esas aventuras que el mundo admira. Un abogado de mi edad, ¿no hubiese podido conocer, acaso, ciertas insinuaciones? Prescindiendo del hombre de negocios, muchas mujeres jóvenes habrían deseado excitar al hombre... Pero yo había perdido la fe en las criaturas, o, más que nada, en mi poder de gustar a alguna de ellas. A simple vista descubría el interés que animaba a aquellas cuya complicidad sentía y cuya llamada no dejaba de advertir. La idea preconcebida de que todas buscaban el procedimiento de asegurarse una posición helaba mis sentimientos. ¿Por qué no confesar que a la certidumbre trágica de ser una persona a quien no se ama se añadía la desconfianza del rico que le asusta ser engañado y teme que le exploten? Yo te había "pensionado" ya, y me conocías demasiado para esperar un céntimo más de la suma fijada. Por otra parte, ésta estaba ya bien redondeada y nunca sobrepasabas su cifra. Por este lado no sentía temor alguno. Pero, ¡las demás mujeres! Yo era de esos imbéciles que se convencen de que existen, por una parte, las amantes desinteresadas y, por otra, las

taimadas que no buscan más que dinero. Como si en la mayor parte de las mujeres la inclinación amorosa no se diera la mano con la necesidad de ser sostenidas, protegidas y mimadas... A los sesenta y ocho años veo de nuevo, con una lucidez que en determinadas horas me haría aullar, todo lo que he rechazado, no por virtud, sino por desconfianza y roñería. Las únicas relaciones esbozadas se torcían bruscamente, sea porque mi receloso espíritu interpretase mal la más inocente demanda, sea porque me hicieran odioso esas manías que tú conoces demasiado bien; esas discusiones en el restaurante o con los cocheros cuando se trataba de propinas. Me gusta saber de antemano lo que debo pagar. Me gusta que todo tenga su tarifa. ¿Me atrevería a confesar esta vergüenza? Lo que más me seducía en mis aventuras era, tal vez, que fuesen a precio fijo. Pero en un hombre así, ¿qué nexos podría subsistir entre el deseo del corazón y el placer? Nunca supuse que los deseos del corazón pudieran satisfacerse; los ahogaba apenas nacidos. Me había convertido en un maestro en el arte de destruir todo sentimiento en ese minuto exacto en que la voluntad desempeña un papel decisivo en el amor, cuando, al borde de la pasión, nos hallamos aún en libertad de abandonarla o lanzarnos a ella. Me inclinaba por lo más sencillo, por lo que se obtiene mediante una tarifa convenida. No me gusta que se me saque el dinero, pero pago lo que debo. Criticáis mi avaricia, pero esto no impide que no me guste tener deudas; lo pago todo al contado. Mis proveedores lo saben y me bendicen. No puedo soportar la idea de

dejar a deber la menor suma. Así he comprendido "el amor": dando, dando... ¡Qué asco!

No, yo convengo el precio; me enlodo a mí mismo; he amado, y tal vez haya sido amado... En 1909, en el atardecer de mi juventud... ¿Por qué pasar en silencio esta aventura? Tú la has conocido, supiste acordarte de ella el día en que me obligaste a concretar mi actitud.

Yo había salvado a aquella pequeña institutriz; la perseguían por infanticidio. Primero, ella se me entregó por gratitud; después... Sí, sí, yo conocí el amor aquel año; mi insaciabilidad hizo que se perdiera todo. No era mucho mantenerla en la penuria, casi en la miseria; era necesario que estuviese siempre a mi disposición, que no viese a nadie, que pudiera tomarla, dejarla, volverla a ver, según mi capricho y durante mis ratos de ocio. Era un objeto mío. Mi afán de poseer, de usar y abusar se extiende a los seres humanos. Hubiera necesitado esclavos. Una sola vez creí haber hallado a esa víctima en la medida de mis exigencias. Vigilaba hasta sus miradas... Pero he olvidado mi promesa de no entretenerme con estas cosas. Se fue a París; no podía mas.

—Si sólo fuéramos nosotros los que no te comprenden —me has repetido con frecuencia—, pero todos te temen y te huyen, Luis. Ya lo ves.

Ya lo veía... En el Palacio de Justicia he sido siempre un solitario. Me eligieron lo más tarde que les fue posible para la Junta del Colegio de Abogados. Después de haberme precedido tanto cretino, yo no deseaba el decanato. En el fondo, ¿lo he deseado alguna vez?

Me hubiese visto obligado a figurar, a recibir. Son honores que cuestan muy caros; no vale la pena. Tú sí que lo querías, lo deseabas por los niños. Jamás has querido nada por mí mismo.

—Hazlo por los niños...

El año que siguió a nuestro matrimonio sufrió tu padre su primer ataque, y nos fue cerrado el castillo de Cenon. En seguida adoptaste Cálese. De mí no has aceptado realmente más que mis tierras. Has arraigado en mi suelo sin que nuestras raíces pudieran juntarse. Tus hijos han pasado en esta casa, en este jardín, todas sus vacaciones. Aquí murió nuestra pequeña María, y su muerte no te produjo el horror que debía haberte causado; a la alcoba en que ella sufrió tanto le has concedido un carácter sagrado. Aquí has empollado a tus crías, aquí has cuidado sus enfermedades, aquí has velado cerca de las cunas y aquí has "hecho media" con las amas y las institutrices. En las cuerdas tendidas entre estos manzanos se secaron las pequeñas prendas de ropa de María, toda aquella cándida colada. En este salón, el abate Ardouin reunía a los niños en torno al piano y les hacía cantar a coro, aunque no siempre salmos para evitar mi cólera.

Aquellas tardes de verano, fumando ante la casa, oía a sus voces puras esta tonada de Lulli: *¡Ah, estos bosques, estas rosas, estas fuentes...!* Tranquila felicidad de la que me sabía excluido, zona de pureza y de sueño que me había sido prohibida. Apacible amor, ola adormecida que moría a algunos pasos de mi roca.

Cuando entraba en el salón se callaban las voces. Toda conversación se interrumpía al acercarme. Genoveva se alejaba con

un libro. Solamente María no me tenía miedo. La llamaba y acudía a mi lado. La estrechaba a la fuerza entre mis brazos, pero la niña se refugiaba en ellos con gusto. Oía latir su corazón de pájaro; Apenas la soltaba, volaba hasta el jardín... ¡María!

No tardó en preocuparles a los niños mi ausencia a la mesa y mi chuleta de los viernes. Pero la lucha entre nosotros dos, bajo sus miradas, conoció tan sólo muy pocos resplandores terribles, en los que yo era frecuentemente derrotado. Cada derrota era seguida de una lucha subterránea. Cálese fue el escenario, porque yo no estaba nunca en la ciudad. Pero las vacaciones del Palacio de Justicia coincidían con las del colegio. Agosto y septiembre nos reunían aquí.

Recuerdo el día en que chocamos de frente, a propósito de una tontería que había dicho yo cuando Genoveva recitaba su lección de Historia Sagrada. Reclamé mi derecho de defender el espíritu de mis hijos y tú me opusiste el deber de proteger sus almas. Había sido ya derrotado una vez, cuando acepté que Huberto estudiara en los Jesuítas y las niñas en el Sagrado Corazón. Había cedido al prestigio que han guardado siempre a mis ojos las tradiciones de la familia Fondaudége. Pero tenía la sed del desquite; y lo que más me importaba aquel día era tocar lo que podía sacarte de quicio, obligarte a salir de tu indiferencia y prestarme tu atención, aun cuando fuera a pesar de tu odio. Había encontrado al cabo un lugar donde enfrentarnos. En fin, te obligué a llegar a las manos. La irreligión no había sido para mí sino una forma vacía donde habían resbalado mis humillaciones de pequeño campesino enriquecido, despreciado por

sus camaradas burgueses. Yo la llenaba ahora con mi decepción amorosa y con un rencor casi infinito.

La disputa se encendió durante el almuerzo. Te pregunté qué placer podría experimentar el Ser eterno viéndote comer una tortilla de salmón en lugar de carne cocida. Abandonaste la mesa. Recuerdo la mirada de nuestros hijos. Me reuní contigo en tu habitación. Tenías los ojos secos. Me hablaste con la mayor calma. Comprendí aquella vez que tu atención no se había apartado de mi vida tanto como yo había creído. Tenías en la mano unos escritos en los cuales se estudiaba la forma de obtener nuestra separación.

—He permanecido a tu lado sólo por los niños. Pero si tu presencia ha de ser una amenaza para sus almas, no vacilaré un momento.

No, tú no hubieras vacilado en dejarme, ni a mí ni a mi dinero. Por interesada que fueras, hubieras aceptado cualquier sacrificio con tal de conservar intacta en esos niños la integridad del Dogma, ese conjunto de costumbres, de fórmulas..., esa locura.

No había recibido aún la carta llena de injurias que me dirigiste después de la muerte de María.

Tú eras la más fuerte. Por otra parte, mi posición se hubiese conmovido peligrosamente ante un pleito entre nosotros. En aquella época, y en provincias, la sociedad no se divertía aún con cosas como ésta. El revuelo se había levantado ya cuando supieron que yo era francmasón: mis ideas me situaban al margen del mundo. Sin el prestigio de tu familia me hubiesen hecho mucho daño. Y, sobre todo..., en caso de separación hubiera sido necesario devolver las

"Suez" de tu dote. Me había acostumbrado a considerar tales acciones como si fueran mías. La idea de tener que renunciar a ellas era para mí horrible. Esto sin tener en cuenta la renta que nos pasaba tu padre...

Me rendí y acepté todas tus exigencias, pero decidí consagrar mis horas libres a la conquista de los niños. Tomé esta decisión a principios de agosto de 1896; esos tristes y ardientes estíos de otro tiempo se confunden en mi espíritu, y los recuerdos que anoto aquí comprenden casi cinco años, de 1895 a 1900.

No creía que fuera difícil hacerme con los niños. Contaba con el prestigio de padre de familia y con mi inteligencia. Suponía que había de ser para mí un juego atraerme a un muchacho de diez años y a dos niñas. Recuerdo su asombro y su inquietud el día en que les propuse dar un paseo con su padre. Estabas sentada en el patio, bajo un tilo plateado. Y ellos te preguntaron con los ojos.

—Pero, queridos míos, no tenéis por qué pedirme permiso.

Y nos fuimos. ¿Cómo hay que hablar a los niños?

A mí, que estoy acostumbrado a no ceder ante el Ministerio Público, ni ante el defensor ni cuando actúa como acusador privado, ni ante todo un público hostil a quien teme el propio presidente, me intimidan los niños y también la gente del pueblo, incluso esos campesinos de quienes soy hijo. Ante ellos pierdo la serenidad, balbuceo.

Los pequeños eran muy amables conmigo, pero estaban recelosos. Te habías apoderado de antemano de aquellos tres

corazones; todos sus resortes los conocías. Era imposible avanzar en ellos sin tu permiso. Demasiado escrupulosa para empequeñecerme a sus ojos, no les habías ocultado que era necesario rezar mucho por el "pobre papá". Hiciera lo que hiciese, yo ocupaba ya un lugar en su sistema del mundo: yo era el pobre papá, por quien había que rezar mucho y de quien era necesario conseguir la conversión. Todo lo que yo pudiese decir o insinuar con respecto a la religión fortalecía la ingenua imagen que ellos se habían formado de mí.

Vivían en un mundo maravilloso, jalonado de fiestas piadosamente celebradas. Tú lo conseguías todo de ellos hablándoles de la primera comunión que acababan de celebrar, o para la que se preparaban. Cuando por la noche cantaban en la escalinata de Cálese, no siempre eran aires de Lulli lo que oía, sino salmos. Veía de lejos vuestro grupo confuso, y al claro de luna distinguía las tres pequeñas figuras de pie. Mis pasos sobre la grava interrumpían los cánticos.

Me despertaba cada domingo el ajetreo de los preparativos para ir a misa. Siempre tenías miedo de faltar a ella. Relinchaban los caballos. Se llamaba a la cocinera, que se había retrasado. Uno de los niños había olvidado su devocionario. Una voz aguda preguntaba:

—¿Es éste el domingo después de Pentecostés?

Al volver acudían a besarme y me encontraban todavía en el lecho. La pequeña María, que debía de haber rezado por mi salvación todas las oraciones que sabía, me miraba atentamente, con la esperanza, sin duda, de comprobar una ligera mejoría en mi estado espiritual.

Era la única que no me irritaba. Cuando sus dos hermanos mayores adoptaron ya las creencias que tú practicabas, con ese instinto burgués de comodidad que los haría prescindir más tarde de todas las virtudes heroicas, de toda la sublime locura cristiana, en María, por el contrario, había un fervor conmovedor, una ternura espiritual por los criados, por los aparceros y por los pobres. Se decía de ella:

—Dará todo lo que tenga. El dinero no se le quedará en las manos. Todo esto es muy bonito, pero habrá que vigilarla.

Y aun:

—A todos acepta su bondad, incluso a su padre.

Por la noche, llegaba a mis rodillas sin que se la obligase. Una vez se durmió con la cabeza apoyada en mi hombro. Sus rizos cosquilleaban mis mejillas. Me molestaba la inmovilidad y sentía deseos de fumar. Pero, sin embargo, no me moví. Cuando, a las nueve, llegó su niñera a buscarla, yo mismo la subí hasta su alcoba y todos vosotros me mirasteis con estupor, como si fuese la fiera que lamía los pies de los pequeños mártires. Pocos días después, la mañana del 14 de agosto, me dijo María, y tú sabes cómo lo hacen los niños:

—Prométeme hacer lo que yo te pida... Prométemelo primero y te lo diré después...

Me recordó que al día siguiente cantabas tú en la misa de once, y me dijo que sería magnífico que yo fuera a oírte.

—¡Me lo has prometido! ¡Me lo has prometido! —decía besándome—. ¡Me lo has jurado!

Creyó que el beso que le devolví era de aquiescencia. Estaba enterada toda la casa. Me sentía observado. El señor, que jamás pisaba la iglesia, iría a misa al día siguiente. Era un acontecimiento de gran importancia.

Por la noche me senté a la mesa en un estado de irritación que no pude disimular mucho tiempo. Huberto preguntó no sé qué acerca de Dreyfus. Recuerdo haber protestado furiosamente contra lo que le contestaste. Abandoné la mesa y no volví. Preparé la maleta, y al alba del 15 de agosto tomé el tren de las seis y pasé un día horrible en un Burdeos agobiador y desierto.

Es extraño que después de esto me hayáis vuelto a ver en Cálese. ¿Por qué he pasado siempre mis vacaciones a vuestro lado, en lugar de viajar? Podría imaginar contundentes razones. A decir verdad, se trataba de no hacer un doble gasto. Nunca he creído que fuese posible partir de viaje y prodigar tanto dinero sin haber colgado previamente el puchero y cerrado la casa. No hubiera experimentado placer alguno yendo de un lado a otro, sabiendo que dejaba tras de mí el gasto de una casa. Terminaba, pues, volviendo al pesebre común. Desde el momento en que mi comida se servía en Cálese, ¿cómo era posible ir a alimentarme en otro lugar? Tal era el espíritu de economía que mi madre me había legado y del que yo había hecho una virtud. Volví, pues, pero en tal estado de rencor que ni siquiera María pudo dominarlo. Comencé a emplear contra ti una nueva táctica. Lejos de atacar francamente tus creencias, me cebaba, en las menores circunstancias, tratando de ponerte en contradicción

con tu propia fe. ¡Pobre Isa! Confiesa, tan buena cristiana como eres, que jugaba un juego magnífico. Habías olvidado, si es que alguna vez lo supiste, que caridad es sinónimo de amor. Con el mismo nombre englobabas cierto número de deberes hacia los pobres que tú cumplías escrupulosamente con miras a tu eternidad. Reconozco que en esto has cambiado mucho; ahora, naturalmente, te preocupan los cancerosos. Pero entonces, una vez socorridos los pobres, tus pobres, te encontrabas a tus anchas exigiendo lo que te debía la gente que vivía bajo tu dependencia. No cedías lo más mínimo con respecto al deber de las amas de casa, obteniendo el mayor trabajo con el menor dinero posible. Aquella pobre vieja que se pasaba todas las mañanas ante la casa con su carretón de legumbres y a quien tú hubieras socorrido largamente si te hubiese tendido la mano, no te vendía ni siquiera una lechuga sin que tú pusieras a contribución todo tu afán para regatearle unos céntimos de su escaso beneficio.

Los más tímidos ruegos de los criados y de los trabajadores para un aumento de salario te causaban primero estupor y después una indignación cuya vehemencia era tu fuerza y te aseguraba siempre la última palabra. Tenías una especie de genio para demostrar a esa gente que no necesitaba nada. En tus labios, una enumeración indefinida multiplicaba las ventajas de que ellos gozaban:

—Ustedes poseen alojamiento, una barrica de vino, la mitad de un cerdo que alimentan con mis patatas, y un huerto donde coger legumbres.

Los pobres diablos no soñaban con ser tan ricos. Tú asegurabas que tu doncella podía ingresar íntegramente en la Caja de Ahorros los cuarenta francos que le entregas cada mes.

—Le doy todos mis vestidos viejos, mis enaguas, mis zapatos. ¿Para qué le sirve el dinero? Haría regalos a su familia...

Por otra parte, los cuidabas solícitamente si estaban enfermos. No los abandonabas nunca, y reconozco que, en general, eras siempre querida y a menudo incluso amada devotamente por esas gentes que despreciaban a las amas de casa demasiado débiles. Para todas estas cosas profesabas las ideas de tu ambiente y de tu época. Pero jamás habías confesado que las condena el Evangelio.

—¡Vaya! —decía yo—. Creía que Cristo había dicho...

Te quedabas perpleja, desconcertada, furiosa a causa de los niños. Caías siempre en el lazo:

—No es necesario tomarlo al pie de la letra... —balbucías.

Y yo triunfaba, satisfecho, y te abrumaba con ejemplos para probarte que la santidad consiste precisamente en seguir el Evangelio al pie de la letra. Si tenías la desgracia de protestar diciendo que no eras una santa, te citaba el precepto: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial."

Confiesa, pobre Isa, que yo te he hecho mucho bien a mi manera, y que si hoy día piensas en los cancerosos me lo debes en parte. En esa época, tu amor por los niños acaparaba toda tu atención. Devoraban tus reservas de bondad, de sacrificio. Te impedían ver a los demás hombres. No solamente te habías apartado de mí, sino de

todo el mundo. Ni siquiera a Dios podías hablarle de otras cosas que no fueran su salud y su porvenir. En esto tenía yo mi punto fuerte. Te preguntaba si no sería necesario, desde el punto de vista cristiano, desear para ellos todas las cruces, la pobreza y la enfermedad. Me interrumpías inmediatamente:

—No quiero contestarte. Hablas de lo que no sabes.

Pero, para tu desgracia, estaba el preceptor de los niños, un seminarista de veintitrés años, el abate Ardouin, cuyo testimonio yo invocaba implacablemente y a quien intimidaba mucho, porque no le hacía intervenir más que cuando estaba seguro de tener razón, y él era incapaz, en aquella especie de discusiones, de no descubrirme todo su pensamiento. A medida que se desarrollaba el proceso Dreyfus, hallé mil motivos para oponerte al pobre abate:

—Desorganizar el ejército por un miserable judío... —decías.

Esta sola frase desencadenaba mi simulada indignación, y no cejaba hasta haber obligado al abate Ardouin a confesar que un cristiano no puede suscribir la condena de un inocente, aun cuando fuera en beneficio de un país.

Además, no intenté convencerlos ni a ti ni a los niños, que no conocíais el asunto más que por las caricaturas de los periódicos. Vosotros constituíais un bloque inquebrantable. Incluso cuando yo tenía razón, no dudabais de que era a fuerza de argucias. Guardabais silencio ante mí. Al acercarme, tal como hoy sucede, cesaban inmediatamente las discusiones. Pero algunas veces no sabíais que me ocultaba tras un macizo de arbustos e intervenía de pronto sin que

pudierais batiros en retirada, viéndoos obligados a aceptar el combate.

—Es un buen muchacho —decías, refiriéndote al abate Ardouin—, un verdadero niño que no cree en el mal. Mi marido juega con él como el gato con el ratón. Por esto le soporta, a pesar de su horror a las sotanas.

A decir verdad, había consentido de antemano en la presencia de un preceptor eclesiástico porque ningún seglar hubiera aceptado ciento cincuenta francos por dar clase todas las vacaciones. Durante los primeros días, aquel joven alto, negro y miope, paralizado por la timidez, me pareció un ser insignificante y no le concedí mayor atención que a un mueble. Hacía estudiar a los niños, los llevaba de paseo, comía poco y no decía una sola palabra. Engullido el último bocado, subía a su habitación. Algunas veces, cuando la casa estaba vacía, se sentaba al piano. Yo no entiendo nada de música, pero, como tú decías, "daba gusto oírlo". Sin duda, no has olvidado un incidente que, con toda seguridad, has supuesto que creó una secreta corriente de simpatía entre el abate Ardouin y yo. Un día, los niños señalaron la aproximación del párroco. Inmediatamente, según mi costumbre, huí a los viñedos. Pero Huberto acudió a buscarme de tu parte: el párroco tenía algo urgente que decirme. De mala gana emprendí el regreso a casa, porque temía mucho a aquel pequeño anciano. Tenía, me dijo, que descargar su conciencia. Nos había recomendado al abate Ardouin como un excelente seminarista cuyo subdiaconado había sido demorado por razones de salud. Ahora

bien, acababa de saber, durante su retiro eclesiástico, que el retraso debía ser atribuido a una medida disciplinaria. El abate Ardouin, a pesar de su religiosidad, era un apasionado por la música y, arrastrado por uno de sus camaradas, había dormido fuera de casa con objeto de oír en el Grand—Théâtre un concierto benéfico. A pesar de que habían asistido vestidos de seglar, fueron reconocidos y denunciados. Lo más escandaloso fue que la intérprete de "Tais", Mme. Georgette Lebrun, figuraba en el programa. Al espectáculo de sus pies desnudos y de su túnica griega, sostenida bajo los brazos por un cinturón de plata ("esto era todo —decían—; ni siquiera unas hombreras minúsculas"), se produjo un "¡oh!" de indignación. En el palco de la *Unión*, un caballero de cierta edad exclamó:

—Esto es un poco fuerte... ¿Hasta dónde hemos llegado?

He aquí lo que habían visto el abate Ardouin y su camarada. Uno de los delincuentes fue expulsado en seguida. El abate había sido perdonado: era persona importante; pero sus superiores le postergaron durante dos años.

Estuvimos de acuerdo en manifestar que el abate era digno de toda nuestra confianza. Pero, en lo sucesivo, el párroco demostró una gran frialdad al seminarista, que, según decía, le había engañado. Tú recuerdas este incidente, pero lo que siempre has ignorado es que aquella noche, mientras ¡fumaba en la terraza, al claro de luna, vi venir hacia mí la delgada silueta negra del culpable. Torpemente me pidió perdón por haberse introducido en mi casa sin haberme advertido de su indignidad. Como yo le asegurara que su escapatoria me lo había

hecho más simpático, protestó con súbita firmeza y se lamentó de sí mismo.

—No podía —me dijo— medir la extensión de mi falta.

Había pecado contra la obediencia, contra su vocación y sus costumbres. Había cometido el pecado de escándalo. En toda su vida no podría reparar lo que había hecho... Veo aún aquel largo espinazo encorvado y su sombra, en el claro de luna, cortada en dos por la baranda de la terraza. Por prevenido que estuviera contra individuos de esta clase, no me era posible sospechar la menor hipocresía ante tanto dolor y vergüenza. Se excusaba de su silencio ante nosotros por la necesidad en que se había encontrado de subvenir durante dos meses a las necesidades de su madre, una pobre viuda que trabajaba a jornal en Libourne. Cuando le contesté diciendo que, para mí, nada le obligaba a darnos cuenta de un incidente que concernía sólo a la disciplina del seminario, me estrechó la mano y pronunció estas palabras insospechadas, que oí por primera vez en mi vida y que me produjeron una especie de estupor:

—Es usted muy bueno.

Tú conoces mi risa, esa risa que, incluso al principio de nuestra vida en común, te crispaba los nervios; tan poco comunicativa que, en mi juventud, tenía el poder de matar en torno mío toda alegría. Aquella noche reí ante aquel gran seminarista perplejo. Por fin, pude hablar:

—No sabe usted, señor abate, hasta qué punto es chusco eso que ha dicho. Pregúnteles a los que me conocen si soy bueno. Pregúntele a mi familia, a mis colegas. Mi razón de ser es la maldad.

Me contestó con embarazo que un hombre que es verdaderamente malo no habla de su maldad.

—Le desafío —añadí— a que encuentre en mi vida algo de eso que llama usted una buena acción.

Aludiendo a mi profesión, me respondió entonces con las palabras de Cristo:

—"Yo estaba preso y vos me habéis visitado".

—En eso me beneficio yo también, señor abate. Obro por interés profesional. Todavía no hace mucho que pagaba a los carceleros para que mi nombre, en el momento oportuno, se pronunciara a oídos de los presos... Así que vea usted.

No recuerdo su respuesta. Caminábamos bajo los tilos. ¡Cuánto te hubiera asombrado si te hubiese dicho que hallaba cierto goce en la compañía de aquel hombre con sotana! Y era verdad, sin embargo.

Yo me levantaba con el sol y bajaba para respirar el aire fresco del alba. Veía al abate dirigirse a misa. Caminaba con rápidos pasos, tan absorto en sus pensamientos que algunas veces pasaba sin verme a pocos metros de mí. Era en la época en que te abrumaba con mis burlas, en que me ensañaba haciendo que te contradijeras con tus propios principios... Esto no impedía que me diera cuenta de las cosas. Fingía creer, cada vez que te sorprendía en flagrante delito de avaricia o dureza, que no quedaba entre vosotros ninguna huella del

espíritu de Cristo, y no ignoraba que bajo mi techo vivía un hombre según ese espíritu, pero ignorado de todos.

Capítulo octavo

Sin embargo, hubo una circunstancia en que no hubiese tenido que esforzarme para considerarte horrible. En el 96 ó el 97 —tú debes de recordar la fecha exacta— murió nuestro cuñado, el barón Philipot. Tu hermana Marinette le habló una mañana al despertarse, pero él no contestó a sus palabras. Ella abrió los postigos y vio los ojos extraviados del anciano, caída su mandíbula inferior. No comprendió de pronto que ella había dormido durante algunas horas al lado de un cadáver.

Dudo que ninguno de vosotros se haya horrorizado ante el testamento de aquel miserable: dejaba a su mujer una enorme fortuna a condición de que no volviera a casarse. En caso contrario, la mayor parte de sus bienes pasarían a poder de sus sobrinos.

—Será necesario preocuparnos mucho de ella —repetía tu madre—. Felizmente, somos una familia que nos ayudamos unos a otros. No podemos dejar sola a esa criatura.

Marinette tendría entonces unos treinta años, pero acuérdate de su juvenil aspecto. Se había dejado casar dócilmente con un anciano, le había soportado sin rebelarse. No dudabais de que ella debería someterse gustosamente a las obligaciones de su viudez. Para nada contabais con la sacudida de la libertad, esa brusca salida de un túnel a la plena luz.

No, Isa, no temas que abuse de la ventaja que esto me concede. Era natural que aquellos millones se quedaran en nuestra familia y que se aprovecharan de ellos nuestros hijos. Considerabais que Marinette no debía perder los beneficios de aquellos diez años de servidumbre a un marido viejo. Procedíais como parientes bondadosos. Nada os parecía más natural que aquella viudez. ¿Te acuerdas de cuando aún eras soltera? No, ese capítulo estaba terminado; eras madre y no existía nada más, ni para ti ni para los otros. Tu familia no ha brillado jamás por su imaginación. Desde este punto de vista, no pertenecíais ni a los animales ni a los seres humanos.

Se acordó que Marinette pasara en Cálese el primer verano que siguiera a su viudez. Aceptó con alegría, no porque existiera entre vosotras la menor intimidad, sino porque quería mucho a los niños, sobre todo a María. Yo, que apenas la conocía, fui al principio sensible a su gracia. Un año mayor que tú, parecía ser más joven. Tus movimientos se habían hecho más pesados a causa de tus embarazos, pero ella había salido aparentemente intacta del lecho de aquel anciano. Su rostro era infantil. Se peinaba con el moño

levantado, según la moda de entonces, y sus cabellos, de un rubio oscuro, espumeaban sobre su nuca. (Una maravilla olvidada hoy: una nuca espumosa.) Sus ojos, demasiado redondos, le daban la apariencia de estar constantemente asombrada. Por juego, rodeaba con mis manos su "talle de avispa", pero el desarrollo de su busto y de sus caderas hubiera parecido hoy casi monstruoso. Las mujeres de entonces parecían flores de estufa.

Me asombró que Marinette estuviera tan contenta. Divertía mucho a los niños, jugaba al escondite en el desván y por la noche a cuadros vivientes.

—Está un poco aturdida —decías tú—. No se da cuenta de su situación.

Ya era demasiado haber consentido en que usara trajes blancos durante la semana, pero te parecía inconveniente que asistiera a misa sin su toca y que su manto no estuviera orlado de crespón. No creías que el calor fuese una excusa aceptable.

La única diversión que había gustado en compañía de su marido era la equitación. Hasta el último día de su vida, el barón Philipot, una figura de los concursos hípicas, no había faltado nunca a su paseo matinal a caballo. Marinette se hizo llevar a Cálese su yegua, y como nadie podía acompañarla, montaba sola, lo que te parecía doblemente escandaloso: una viuda de tres meses no debe practicar ningún ejercicio, pero pasearse a caballo sin la custodia correspondiente sobrepasaba todos los límites.

—Ya le diré lo que piensa nuestra familia —repetías.

Y se lo decías, pero ella hacía lo que le daba la gana.

Cansada de pelear, me pidió que la escoltara. Ella se encargaría de procurarme un caballo muy manso. (Naturalmente, correría con todos los gastos.)

Partimos al alba, a causa de las moscas y porque era necesario recorrer dos kilómetros antes de llegar al primer bosque de pinos. Los caballos nos esperaban ante la escalera de entrada. Marinette le sacaba la lengua a los postigos cerrados de tu alcoba, prendiendo en su amazona una rosa empapada de rocío.

—No del todo apropiado para una viuda —decía.

La campana de la primera misa tañía débilmente. El abate Ardouin nos saludó con timidez y desapareció en la niebla que flotaba sobre los viñedos.

Hablamos hasta llegar al bosque. Me di cuenta de que poseía cierto prestigio a ojos de mi cuñada, menos a causa de mi situación como abogado que por mis ideas subversivas, de las que me hacías campeón en la familia. Tus principios se parecían demasiado a los de su marido. Para una mujer, la religión y las ideas son siempre algo: todo adquiere carácter a sus ojos, un carácter adorable u odioso.

No hubiese faltado más que haber usado de mi ventaja en esta pequeña revolución. Mientras se irritaba contra vosotros, me era muy fácil seguirla, pero esto era imposible cuando manifestaba el desdén que sentía con respecto a los millones que había de perder si volvía a casarse. Me hubiera gustado mucho hablar como ella y representar el papel de buena persona; pero me era imposible fingir; no podía ni

siquiera aparentar que aprobaba el que no demostrase ningún interés por la pérdida de esta herencia. ¿He de decirlo todo? No llegaba a prescindir de la hipótesis de su muerte, que haría de nosotros sus herederos. No pensaba en los hijos, sino en mí.

Tenía la ocasión de prepararme de antemano y repetir mi lección; esto era más fuerte que mi voluntad:

—¡Siete millones! Marinette, no te das cuenta de lo que esto significa; no se renuncia a siete millones. No existe hombre alguno en el mundo que valga el sacrificio de una ínfima parte de esa fortuna.

Y como ella pretendiera poner la felicidad por encima de todo, le aseguré que nadie era capaz de ser feliz después del sacrificio de semejante suma.

—¡Ah! —exclamaba ella—, por más que los odies, pertenecéis a la misma especie.

Partía al galope y yo la seguía a distancia. Yo había sido juzgado y condenado. ¡Qué no me habrá frustrado esa monomanía del dinero! Hubiese podido hallar en Marinette a una hermana menor, a una amiga... ¿Y queríais vosotros que entregara aquello por lo que lo he sacrificado todo? No, no; mi dinero me ha costado demasiado caro para que os entregue un céntimo antes de exhalar el último suspiro.

Y, sin embargo, no os cansáis. Me pregunto si la mujer de Huberto, cuya visita tuve que soportar el domingo, había sido enviada por vosotros, o si había venido por propia voluntad. ¡Pobre Olimpia! (¿Por qué Phili la llamará Olimpia? Pero hemos olvidado su verdadero nombre...) Estoy por creer que no os ha dicho nada de su visita. No la

habéis aceptado entre vosotros; no es una mujer de la familia. Esa persona indiferente a todo lo que no constituye su estrecho universo, a todo lo que no la concierne directamente, no conoce ninguna de las leyes de la "gente". No sabe que yo soy el enemigo. Esto no significa, por su parte, ni benevolencia ni simpatía natural. No piensa jamás en los otros; ni siquiera para aborrecerlos.

—Es muy amable conmigo —protesta Olimpia cuando se pronuncia mi nombre ante ella.

Le tiene sin cuidado mi mal carácter. Y como, por espíritu de contradicción, se me ocurre defenderla contra todos vosotros, cree incluso que siento simpatía por ella.

A través de su confusa conversación he descubierto que Huberto se había contenido a tiempo, pero que todo su haber personal y la dote de su mujer los había comprometido para salir del apuro.

—Dice que recuperará su dinero forzosamente, pero que tendría necesidad de un adelanto... Llama a esto un anticipo de la herencia.

Yo bajaba la cabeza, asentía y fingía estar a mil leguas de comprender lo que a ella le interesaba. ¡Qué candor sé aparentar en tales momentos!

¡Si la pobre Olimpia supiera lo que yo he sacrificado al dinero cuando aún poseía un poco de juventud! En aquellas mañanas de mis treinta y cinco años, tu hermana y yo volvíamos, al paso de nuestros caballos, por entre el camino ya tibio de los viñedos sulfatados. Hablaba a aquella mujer burlona de los millones que no debía perder. Cuando yo escapaba a la obsesión de esos millones amenazados, se

reía de mí con una gentileza desdeñosa. Cuanto más me defendía, más me obstinaba:

—Si insisto es en interés tuyo, Marinette. ¿Crees que soy un hombre a quien le obsesiona el porvenir de sus hijos? Isa no quiere que tu fortuna les pase bajo las narices. Pero yo...

Ella reía y, apretando un poco los dientes, murmuraba:

—La verdad es que eres un hombre horrible.

Protestaba diciendo que no pensaba más que en su felicidad. Ella movía la cabeza con disgusto. En el fondo, sin que ella fuera capaz de confesarlo, le atraía más la maternidad que el matrimonio.

A pesar de que me despreciaba, cuando, después de almorzar, a pesar del calor, abandonaba la casa oscura y glacial donde la familia dormitaba acomodada en los divanes de cuero o en las sillas de paja; cuando entreabría los postigos de la ventana y me deslizaba afuera, al aire y al sol, no tenía necesidad de volverme: sabía que ella acudiría. Oía sus pasos sobre la grava. Caminaba torpemente, torciendo los altos tacones sobre la tierra endurecida. Nos acodábamos en la baranda. Le gustaba tener el mayor tiempo posible su brazo desnudo sobre la piedra ardiente. La llanura, a nuestros pies, se sumía en un silencio tan profundo como cuando duerme al claro de luna. Las landas formaban en el horizonte un inmenso arco negro donde el cielo metálico pesaba. Ni un hombre ni un animal se dejarían ver antes de las cuatro. Zumbaban inmóviles las moscas, no menos inmóviles que ese singular vaho en el llano que no lograba deshacer ningún soplo.

Yo sabía que aquella mujer que estaba allí no podía amarme, que no había nada en mí que no le fuera aborrecible. Pero respirábamos juntos en aquella propiedad perdida, en medio de un embotamiento infranqueable. Aquel joven ser, amargado, vigilado estrechamente por una familia, buscaba mi mirada tan inconscientemente como un heliotropo se vuelve hacia el sol. Sin embargo, me hubiera contestado con una chanza a la menor palabra turbia. Me daba cuenta de que ella hubiera rechazado con disgusto el más tímido ademán. Así permanecíamos uno cerca del otro, a orillas de aquella inmensa tina donde la vendimia próxima fermentaba en el sueño de las hojas azuladas.

Y tú, Isa, ¿qué pensabas de aquellas salidas matinales y de aquellas conversaciones cuando se amodorraban todos los demás? Lo sé porque te lo oí decir un día. Sí; a través de los postigos cerrados del salón te oí decir a tu madre, cuando su estancia en Cálese (sin duda vino para reforzar la vigilancia en torno a Marinette):

—Tiene sobre ella una influencia perniciosa, desde el punto de vista de las ideas... Por lo demás, la distrae, y en esto no hay inconveniente.

—Sí, la distrae; es lo importante —respondió tu madre.

Os alegrabais de que distrajera a Marinette.

—Pero después del verano —repetíais— será conveniente buscar otra cosa.

Si alguna vez te he despreciado, Isa, nunca te desprecié tanto como por esas palabras. Sin duda, no imaginabas que pudiese haber el menor peligro. Las mujeres no se acuerdan de lo que no les gusta.

Cierto es que, después de almorzar y junto a la llanura, nada podía ocurrir; porque, por vacío que se hallara el mundo, nos encontrábamos los dos como en un escenario. Si un solo campesino no se hubiera entregado a la siesta, hubiese visto, tan inmóviles como los tilos, a aquel hombre y a aquella mujer, de pie ante la tierra incandescente, que no hubieran podido hacer el menor ademán sin tocarse.

Nuestros paseos nocturnos no eran menos inocentes. Recuerdo una noche de agosto. La cena había sido tempestuosa a causa de Dreyfus. Marinette, que representaba conmigo al bando de la revisión, me aventajaba en el arte de hacer hablar al abate Ardouin, de obligarle a intervenir. Como habías hablado exaltadamente de un artículo de Drumont, Marinette, con su voz de niña en clase de catecismo, preguntó:

—Señor abate, ¿está permitido odiar a los judíos?

Aquella noche, con alegría nuestra, no escurrió el bulto. Habló de la grandeza del pueblo elegido, de su augusto papel de testigo y de su pronosticada conversión, anunciadora del fin de los tiempos. Y como Huberto protestara diciendo que era necesario odiar a los verdugos de Nuestro Señor, respondió el abate que cada uno de nosotros tenía el derecho de odiar a un solo verdugo de Cristo:

—A nosotros mismos, y a nadie más...

Desconcertada, interviniste manifestando que con tan peregrinas ideas no faltaba más que entregar Francia al extranjero. Felizmente para el abate, os reconcilió Juana de Arco. En la escalinata gritaba un niño:

—¡Qué bello claro de luna!

Salí a la terraza. Sabía que Marinette me seguiría. Y, en efecto, oí su voz ahogada:

—Espérame...

Un boa rodeaba su cuello.

La luna llena se levantaba al Este. La joven admiraba las largas sombras oblicuas de las glorietas sobre la hierba. Las casas de los labradores recibían la luz sobre sus caras cerradas. Ladraban los perros. Me preguntó si la luna inmovilizaba a los árboles. Me dijo que todo había sido creado, en una noche como aquella, para tormento de los solitarios.

—Una decoración vacía —dijo.

¡Cuántas caras unidas en aquella hora, y cuántos hombros juntos! ¡Qué complicidad! Veía claramente una lágrima pendiente de sus pestañas. En la inmovilidad de todo, sólo su aliento tenía vida. Ella respiraba siempre un poco anhelante... ¿Qué queda de ti esta noche, Marinette, muerta en 1900? ¿Qué perdura, al cabo de treinta años, de un cuerpo sepultado? Recuerdo tu aroma nocturno. Para creer en la resurrección de la carne, tal vez sea necesario haber vencido a la carne. El castigo de aquellos que han abusado de ella es no haber podido ni siquiera imaginar su resurrección.

Cogí su mano como lo hubiera hecho con la de un niño desgraciado. Y, como un niño, apoyó su cabeza sobre mi hombro. La recibí porque allí estaba. La arcilla recibe al durazno que cae. La mayor parte de los seres humanos no se eligen mejor que los árboles que han crecido juntos y cuyas ramas se confunden por el crecimiento.

Pero mi infamia en ese minuto fue pensar en ti, Isa, pensar en una venganza posible: servirme de Marinette para hacerte sufrir. Por breve que fuera el instante en que esta idea anidó en mi espíritu, es cierto, sin embargo, que concebí este crimen.

Dimos algunos inciertos pasos fuera de la zona del claro de luna, hacia el bosquecillo de granados y jeringuillas. El destino quiso que oyera un rumor de pasos entre los viñedos, en ese sendero que seguía todas las mañanas el abate Ardouin para ir a misa. Sin duda, era él... Pensé en aquella frase que me dijo una noche:

—Es usted muy bueno.

¡Si hubiera podido leer en mi corazón en aquel instante! ¿Me salvó acaso la vergüenza que experimenté en aquel momento?

Llevé a Marinette a la luz y la hice sentar en el banco. Sequé sus lágrimas con mi pañuelo. Le dije lo que le hubiera dicho a María si se hubiera caído y la hubiera levantado en la avenida de los tilos. Fingí no darme cuenta de que podía haber habido un poco de turbación en su abandono y en sus lágrimas.

Capítulo noveno

Al día siguiente, por la mañana, no montó a caballo. Volví a Burdeos, adonde iba dos días por semana, a pesar de mis vacaciones, con objeto de no interrumpir mis consultas.

Cuando me disponía a tomar el tren de regreso a Cálese, vi en la estación al sudexpreso, y mi asombro fue extraordinario al advertir, tras los cristales del vagón en que se leía "Biarritz", a Marinette, sin tocas y vestida con un traje sastre gris. Recuerdo que una amiga suya le había insistido mucho para que se reuniera con ella en San Juan de Luz. Hojeaba una revista y no advirtió las señas que le hice con la mano. Por la noche, cuando te informé de esto, prestaste poca atención a lo que creías una corta fuga. Me dijiste que Marinette había recibido, momentos después de mi partida, un telegrama de su amiga. Parecía sorprenderte mi ignorancia sobre este particular. ¿Acaso sospechabas que nos habíamos citado clandestinamente en Burdeos? Además, la pequeña María estaba acostada y con fiebre. Desde hacía varios días padecía una diarrea que te preocupaba mucho. Decir que no estabas para nada cuando tus hijos estaban enfermos es hacerte justicia.

Quisiera pasar rápidamente por lo que digo a continuación. Después de más de treinta años, no sabría volver a pensar en esto sino a costa de un esfuerzo terrible. Sé de lo que me has acusado. Te has atrevido a echarme en cara que yo me negué a celebrar una

consulta de médicos. Si hubiéramos llamado al profesor Arnozan hubiera reconocido, sin duda, un estado tífico en aquella pretensa gripe. Pero recuerda cómo ocurrieron las cosas. Sólo me dijiste una vez:

¿Y si llamáramos al doctor Arnozan?... Y te contesté:

El doctor Aubrou asegura que ha curado más de veinte casos de esta misma gripe en el pueblo...

Tú no insististe. Dices que al día siguiente todavía, me suplicaste que telegraficara al doctor Arnozan. Lo recordaría si lo hubieras hecho. Durante días y noches he insistido sobre estos recuerdos tratando de averiguar si te asiste la razón. Admito que sea un avaro..., pero no hasta el punto de cicatear tratándose de la salud de María. Y esto era tanto menos verosímil cuanto que el profesor Arnozan trabajaba por el amor de Dios y de los hombres. Si no le llamé fue porque estábamos todos convencidos de que era una sencilla gripe, "un catarro intestinal". Aubrou hacía comer a María para que no se debilitara. El la ha matado, no yo. No, estábamos enteramente de acuerdo; tú no insististe en que viniera Arnozan, embustera. Yo no soy responsable de la muerte de María. ¡Es horrible que me hayas acusado de ello! ¡Y lo crees! ¡Y lo has creído siempre!

¡Aquel implacable verano! ¡El delirio de aquel verano y la ferocidad de las cigarras!... No nos era posible conseguir hielo. Durante aquella tarde interminable, sequé el sudor de su pequeña cara que atraía la atención de las moscas. Arnozan llegó demasiado tarde. Cambió el

régimen cuando ella estaba ya cien veces perdida. Tal vez deliraba cuando decía:

¡Por papá!... ¡Por papá!...

Y recuerdas con qué acento gritaba:

¡Dios mío, soy una niña!... —y se recobraba—. No, puedo sufrir todavía...

El abate Ardouin le hacía beber agua de Lourdes. Nuestras cabezas se aproximaban por encima de su cuerpo extenuado, nuestras manos se tocaban. Cuando todo hubo terminado, creíste que yo era insensible.

¿Quieres saber lo que ocurría en mí? Era extraño que tú, la cristiana, no pudieras despegarte del cadáver. Se te suplicó que comieras, se te repitió que tenías necesidad de todas tus fuerzas. Pero hubiese sido necesario arrastrarte fuera de la alcoba violentamente. Estabas sentada al lado del lecho, tocando la frente y las mejillas frías con un ademán titubeante. Posabas tus labios sobre los cabellos todavía vivos; y algunas veces te arrodillabas no para rezar, sino para apoyar tu frente en las duras manitas heladas.

El Abate Ardouin te levantaba, te hablaba de esos niños a los que es necesario parecerse para entrar en el reino del Padre.

—Ella vive, la ve a usted, la escucha.

Bajabas la cabeza. Aquellas palabras no llegaban siquiera a tu cerebro. Tu fe no te servía para nada. No pensabas más que en aquella carne de tu carne que iba a ser enterrada y que estaba a punto de corromperse. Y yo, el incrédulo, experimentaba, ante cuanto

quedaba de María, toda la significación de la palabra "despojo". Experimentaba la irresistible sensación de una partida, de una ausencia. Ella no estaba allí; no era ella.

"¿Buscáis a María? No está aquí."

Más tarde me acusaste de haber olvidado fácilmente. Sin embargo, sé lo que sentí en mí cuando la besé por última vez en su ataúd. Pero no era ella. Has murmurado porque no te acompañaba al cementerio casi cada día.

—No va nunca —repetías—. Y, sin embargo, María ha sido la única persona a quien él parece haber amado un poco... No tiene corazón.

Marinette volvió para asistir al entierro, pero se marchó tres días después. El dolor te cegaba; no veías la amenaza que se cernía. Incluso parecías consolarte con la partida de tu hermana. Supimos dos meses más tarde su matrimonio con un literato, un periodista a quien conoció en Biarritz. No había tiempo de parar el golpe. Fuiste implacable, como si un odio terrible estallara de pronto contra Marinette. No quisiste conocer a aquel "individuo", un hombre de tantos, parecido a muchos. Su crimen había sido frustrar para nuestros hijos una fortuna de la cual él no se beneficiaba, puesto que los sobrinos de Philipot recibirían la mayor parte.

Pero tú no has razonado jamás; no has tenido ni la sombra de un escrúpulo. No he conocido a nadie más serenamente injusto que tú. ¡Dios sabe de qué pecadillos te confiesas! No hay una sola Bienaventuranza a la que no te hayas pasado la vida buscándole la contrapartida. Nada te cuesta acumular falsas razones para apartar a

lo que es objeto de tu odio. Con respecto al marido de tu hermana, a quien no habías visto y de quien nada conocías, habías dicho:

—Mi hermana en Biarritz ha sido víctima de un estafador, de una especie de rata de hotel.

Cuando murió aquella pobre criatura al dar a luz — ¡ah!, no quisiera juzgarte tan duramente como me has juzgado a mí, a propósito de María—, no hay que decir que apenas manifestaste tristeza. Los acontecimientos te habían dado la razón; no podía ocurrir de otro modo. Ella se había perdido por su gusto. No tenías nada que reprocharte. Habías cumplido con tu deber. La desventurada sabía que su familia la recibiría siempre, que se la esperaba, que no tenía más que hacer una indicación. Cuando menos, podía hacerte justicia: no habías sido cómplice. Te había costado mantener tu firmeza.

—Pero hay ocasiones en que es necesario imponerse al corazón.

No, no quiero abrumarte. Reconozco que fuiste buena con el hijo de Marinette, con el pequeño Lucas cuando tu madre, que hasta su muerte le cuidó, ya no existía. Tú te hacías cargo de él durante las vacaciones. Ibas a verle una vez cada invierno a su colegio de los alrededores de Bayona. "Cumplías con tu deber, ya que el padre no cumplía con el suyo..."

Nunca te he contado cómo conocí en Burdeos, en septiembre de 1914, al padre de Lucas. Intentaba yo entonces encontrar una caja de alquiler en un banco. Los parisienses que huían las habían alquilado todas. Por último, el director del Crédit Lyonnais me dijo que uno de sus clientes volvía a París y tal vez accediera a cederme la suya.

Cuando me dio su nombre supe que era el padre de Lucas. ¡Oh, no, no era el monstruo que tú imaginabas! Busqué en vano en aquel hombre de treinta y ocho años, seco, huraño y consumido por el terror a los tribunales de revisión militar, a aquel a quien catorce años antes apenas conocí en el entierro de Marinette y con quien nunca tuve una conversación de negocios. Me habló con el corazón en la mano. Vivía maritalmente con una mujer de cuyo contacto quería alejar a Lucas. En interés del niño se lo había dejado a su suegra, la señora Fondaudége. ¡Si hubierais sabido vosotros, tú y los niños, lo que yo ofrecí a ese hombre aquel día! ¡Pobre Isa! Ahora puedo decírtelo. Habría puesto la caja a su nombre y yo hubiese cuidado de ella. Toda mi fortuna en valores hubiera quedado allí, con un papel atestiguando que pertenecía a Lucas. Mientras yo hubiese vivido, su padre no hubiera tocado la caja. Pero después de mi muerte habría tomado posesión de ella y vosotros no hubieseis heredado nada...

Evidentemente me hubiera entregado a aquel hombre junto con mi fortuna. Fue necesario que os odiara mucho en aquel momento. Pero, en fin, él no quiso. No se atrevió. Me habló de su honor.

¿Cómo fui capaz de tal locura? En aquella época, nuestros hijos, que ya se acercaban a los treinta años, estaban casados; se habían puesto definitivamente a tu lado y vuelto contra mí en toda ocasión. Os movíais secretamente. Yo era el enemigo. Dios sabe que con ellos, sobre todo con Genoveva, no podías entenderte del todo. Le reprochabas que te dejara siempre sola y que no te pidiera consejo para nada; pero el frente se restablecía contra mí. Además,

transcurría todo calladamente, salvo en ocasiones solemnes. Por esto se produjeron terribles batallas cuando el matrimonio de los hijos. Yo no quería conceder dote, sino una renta. Me negué a que las familias interesadas conocieran el estado de mi fortuna. No he cejado; he sido el más fuerte; me sostenía el odio; el odio, pero también el amor, el amor que sentía por el pequeño Lucas. Sin embargo, las familias pasaron por todo porque no tenían duda de que la hucha estaba bien repleta.

Pero mi silencio os preocupaba. Intentabais saber. Genoveva procuraba enternecerme. ¡Pobre tonta, a quien oía llegar desde lejos con sus pesados zapatos! Le decía con frecuencia:

—A mi muerte me bendeciréis.

Y lo decía sólo por el placer de ver brillar sus ojos de codicia. Ella te repetía estas maravillosas palabras. Toda la familia compartía la ansiedad. En aquel tiempo buscaba el medio de no dejaros más que lo que no me fuese posible esconder. No pensaba sino en el pequeño Lucas. Tuve incluso la idea de hipotecar las tierras...

Sin embargo, estuve a punto de dejarme engañar de medio a medio por vuestra falacia. Fue en el año que siguió a la muerte de María. Había caído enfermo. Ciertos síntomas recordaban el mal de que había muerto nuestra hija. Detesto que se me cuide y tengo horror a los médicos y a las medicinas. Te empeñaste en que me resignara a guardar cama y a llamar a Arnozan.

No hay que decir que me cuidabas con gran interés e incluso con inquietud. A veces, cuando me preguntabas cómo me encontraba,

me parecía distinguir en tu voz un tono de angustia. Tenías, al tocarme la frente, la misma actitud que con nuestros hijos. Te quisiste acostar en mi alcoba. Si me agitaba en el lecho por la noche, te levantabas y me dabas agua.

"Está pendiente de mí —me decía—. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Acaso por lo que gano?"

Pero no; a ti no te interesaba el dinero... Siempre que las posibilidades de los niños no se redujeran a mi muerte. Esto era lo más verosímil.

En cuanto me reconoció Arnozan, hablaste con él a la puerta de casa, con ese tono de voz que tan frecuentemente te ha traicionado.

Diga a todo el mundo, doctor, que María murió de tifus. A causa de la muerte de mis dos pobres hermanos ha corrido el rumor de que ha muerto tuberculosa. La gente es miserable; no quieren volverse atrás. Me aterroriza pensar que Huberto y Genoveva puedan perjudicarse con ello. Si mi marido hubiese estado gravemente enfermo, su dolencia hubiera robustecido todas esas murmuraciones. Me ha asustado esto durante algunos días. Pensé en mis pobres hijos. Usted sabe que él también tuvo una lesión en el pulmón antes de casarse. Lo saben también; todo se sabe. A la gente le gustan estas cosas. Incluso si muriera de una enfermedad infecciosa, nadie lo creería, como no lo han creído en el caso de María. 'Y mis pobres hijos pagarían las consecuencias. Me desespera ver que se cuida tan mal. No quiere guardar cama. Como si se tratara de él solo... Pero nunca piensa en nadie, ni siquiera en sus hijos... No, no, doctor, un

hombre como usted no podrá creer nunca que existen hombres como él. Usted se parece al abate Ardouin que no cree en la existencia del mal.

Yo reía a solas en mi lecho, y cuando volviste me preguntaste por qué. Te respondí con esas frases de uso corriente entre nosotros: — Por nada. —¿De qué te ríes? —De nada. —¿En qué piensas? —En nada.

Capítulo diez

Vuelvo a estas líneas después de una crisis que me ha tenido durante casi un mes bajo vuestra dependencia. En cuanto me desarmó la enfermedad, el círculo de familia se cerró en torno a mi lecho. Tú estabas presente y me observabas.

El domingo pasado llegó Phili para hacerme compañía. Hacía calor. Le contesté con monosílabos. Perdí las ideas... ¿Durante cuánto tiempo? No sabría decirlo. El rumor de su voz me despertaba. Le veía en la penumbra con las orejas tiesas. Brillaban sus ojos de lobo joven. Llevaba en la muñeca, sobre la correa del reloj, una cadena de oro. Su camisa se entreabría sobre un pecho de niño. De nuevo me adormecí. El crujido de sus zapatos volvió a despertarme, pero yo le observaba mirando a través de las pestañas. Tentaba mi

chaqueta, en el lugar del bolsillo interior, donde guardo mi cartera. A pesar de los violentos latidos de mi corazón, me esforcé en permanecer inmóvil. ¿Receló algo? Volvió a su sitio.

Aparenté despertarme y le pregunté si había dormido mucho rato.

—Apenas unos minutos, abuelo.

Experimenté ese terror de los ancianos solitarios a quienes espía un hombre joven. ¿Estoy loco? Me parece que esto sería capaz de matarme. Huberto reconoció un día que Phili era capaz de todo.

¿Ves, Isa, cuan desgraciado he sido? Cuando leas esto, será demasiado tarde para tu piedad. Pero es agradable esperar que acaso sientas por mí un poco de lástima. Yo no creo en tu infierno eterno, pero sé lo que es un ser condenado en la tierra, un reprobado, un hombre que a donde quiera que vaya anda siempre por una ruta equivocada; un hombre cuyo camino ha sido siempre falso; alguien que está falto en absoluto del sentido del mundo. Sufro, Isa. El viento del Sur quema la atmósfera. Tengo sed y sólo dispongo del agua tibia del lavabo. Daría millones, pero por un vaso de agua fresca.

Si soporto la presencia, terrorífica para mí, de Phili, es acaso porque recuerdo a otro jovencuelo que no habrá cumplido aún los treinta años, el pequeño Lucas, nuestro sobrino. No he negado nunca tu virtud. Ese niño te dio la ocasión de ejercerla. Tú no le querías; el hijo de Marinette, aquel muchacho de ojos de color de azabache, de cabellos peinados hacia abajo y vueltos sobre las sienes, como "tufos", según decía Huberto, no tenía nada de los Fondaudéges. Estudiaba poco en el colegio de Bayona donde estaba interno. Pero,

según tú decías, esto te tenía sin cuidado. Ya hacías demasiado cuidándote de él durante las vacaciones.

No, no eran los libros lo que le interesaba. En este país sin caza, hallaba siempre el medio de abatir, casi diariamente, la presa elegida. Conseguía siempre enviarnos una liebre, la única liebre de cada año, que dormitaba en los surcos. Veo aún su alegría cuando cruzaba el sendero entre las cepas, sosteniendo de las orejas, con la mano apretada, al animal que sangraba todavía por el hocico. Al alba le oía partir. Abría mi ventana y su fresca voz me gritaba desde la niebla:

—Voy a reconocer mi campo de operaciones.

Y me miraba fijamente, sosteniendo mi mirada. No me tenía miedo; ni siquiera se le había ocurrido tal cosa.

Si, después de algunos días de ausencia, yo regresaba sin previo aviso y notaba en la casa olor a tabaco y veía el salón sin alfombras, y todas las señales de una fiesta interrumpida (en cuanto había vuelto las espaldas, Genoveva y Huberto invitaban a sus amigos, organizaban aquellas "invasiones", a pesar de mi prohibición formal, y tú eras cómplice de su desobediencia, porque, según decías, "había que ser corteses"), en tales casos, siempre era Lucas quien conseguía desarmarme. Le parecía cómico el terror que yo inspiraba.

He entrado en el salón cuando se disponían a bailar y les he gritado: "¡Que viene el tío por el atajo!"... ¡Si hubieras visto cómo se escabullían! Tía Isa y Genoveva se llevaban los bocadillos a la cocina. ¡Qué juerga!

Aquel muchacho era el único ser en el mundo para quien yo no era un espantajo. Algunas veces le acompañaba hasta el río para verle pescar con caña. La criatura, siempre correteadora y saltarina, podía permanecer inmóvil y atenta durante horas enteras, convertida en un sauce, y su brazo tenía movimientos tan lentos y silenciosos como los de una rama. Genoveva tenía razón al decir que no sería ningún "literato". Jamás le había preocupado el claro de luna sobre la terraza. Carecía del sentimiento de la naturaleza porque era la naturaleza misma, estaba confundido con ella y constituía una de sus fuerzas, una fuente viva entre las fuentes.

Reflexioné sobre todos los elementos dramáticos de aquella joven vida: la madre muerta, el padre, de quien no se podía hablar en nuestra casa, el internado, el abandono. Con menos hubiera yo rebosado de odio y amargura. Pero la alegría resplandecía en él. Todos le querían. A mí, a quien odiaba todo el mundo, esto me parecía muy extraño. Todos le amaban, incluso yo. Sonreía a todo el mundo y también a mí; pero no más que a los demás.

Lo que más me asombraba, a medida que crecía aquel ser todo instinto, era su pureza, su ignorancia del mal, su indiferencia. Nuestros hijos fueron buenos, ya lo sé. Huberto tuvo una juventud modelo, como tú dices. Por esta parte, reconozco que tu educación ha producido sus frutos. Si Lucas hubiese tenido tiempo de convertirse en hombre, ¿hubiera sido reposado? La pureza, en él, no parecía adquirida ni consciente: era la limpidez del agua entre las piedras. Brillaba sobre él como el rocío sobre la hierba. Si me detengo en ella

es porque repercutió en mí de una manera profunda. La ostentación de tus principios, tus alusiones, tus actitudes de disgusto, tus labios fruncidos, no hubiesen podido darme el sentido del mal que me dio, sin saberlo, aquel niño. Me di cuenta mucho tiempo después. Si la humanidad tiene una herida original en el costado, como tú supones, ninguna pupila humana la hubiese visto en Lucas. Había salido de manos del alfarero puramente intacto, poseído de una perfecta gracia. Y yo, yo sentía a su lado mi deformidad.

¿Puedo confesar que le he querido como a un hijo? No, porque lo que yo en él amaba era no encontrarme en él. Yo sé muy bien lo que Huberto y Genoveva han recibido de mí: su brusquedad, esa primacía de los bienes temporales en sus vidas, esa potencia de menosprecio: Genoveva trata a Alfredo, su marido, con un rigor que lleva mi marca. Estaba seguro de no chocar conmigo mismo en Lucas.

Durante el año, apenas pensaba en él. Pasaba con su padre las fiestas de Año Nuevo y Pascuas; estaba con nosotros durante las vacaciones de verano. Abandonaba el país en octubre, con los otros pájaros.

¿Era piadoso? Decías de él:

—Ni siquiera un pequeño bruto como Lucas deja de sentir la influencia de los sacerdotes. Jamás falta a su comunión dominical... ¡Ah! Por ejemplo, su acción de gracias es muy expedita. En fin, no se puede exigir de nadie más de lo que da.

El no me hablaba nunca de estas cosas. No aludía a ellas lo más mínimo. Sus conversaciones se referían a cosas más concretas. Algunas veces, cuando sacaba de sus bolsillos alguna navaja, un flotador o un silbato para atraer a las alondras, caía sobre la hierba su pequeño rosario negro que él recogía prestamente. Los domingos por la mañana parecía tal vez más tranquilo que los demás días, menos imponderable y como saturado de una substancia desconocida.

Entre todos los lazos que me unían a Lucas había uno que tal vez te asombre. En más de una ocasión, aquellos domingos, creía reconocer en aquel cervatillo que no brincaba al hermano de aquella criatura dormida apenas hacía doce años, nuestra María, tan distinta de él, no obstante, que no podía sufrir que se aplastara a un insecto y cuya diversión consistía en tapizar de musgo el hueco de un árbol y colocar allí una estatua de la Virgen. ¿Recuerdas? Pues bien, en el hijo de Marinette, en ese a quien tú llamabas pequeño bruto, María revivía para mí, o, mejor dicho, la misma fuente que había brotado en ella y que con ella se había hundido bajo tierra surgía de nuevo a mis pies.

Lucas cumplió los quince años durante los primeros días de la guerra. Huberto había sido movilizado para servicios auxiliares. Los tribunales de revisión militar, que él soportaba filosóficamente, te angustiaron. En la estrechez de su pecho, que durante muchos años fue tu pesadilla, se alimentaba entonces tu esperanza. Cuando la monotonía de las dependencias militares, y también algunos

desaires, le inspiraron el vivo deseo de alistarse, los pasos en vano dados en este sentido te hicieron hablar abiertamente de lo que tú habías cuidado tanto de disimular.

—Con su atavismo... —repetías.

¡Pobre Isa! No temas que te devuelva la pelota. Jamás te he interesado; jamás te preocupaste de mí; pero durante aquella época menos que en ninguna. Nunca presentiste ese acrecentamiento de angustia que se producía en mí a medida que se sucedían las campañas de invierno. El padre de Lucas había sido movilizado en un ministerio; el niño estaba con nosotros, no solamente las vacaciones de verano, sino el día de Año Nuevo y por Pascua. Le entusiasmaba la guerra. Tenía miedo de que terminase antes de que cumpliera los dieciocho años. El, que nunca había abierto un libro en otras ocasiones, devoraba las obras especializadas y consultaba los mapas. Su cuerpo se desarrollaba metódicamente. A los dieciséis años ya era un hombre, un hombre fuerte, y por eso no le interesaban ni los heridos ni los muertos. De los horribles relatos que yo le obligaba a leer con respecto a la vida en las trincheras, deducía el espectáculo de un deporte terrible y magnífico al cual no siempre se tenía el derecho de jugar: era necesario apresurarse. ¡Oh! Tenía miedo de llegar tarde. Tenía ya en el bolsillo la autorización del imbécil de su padre. Y yo, a medida que se acercaba el fatal aniversario del 18 de enero, seguía estremecido la carrera del viejo Clemenceau, la acechaba, como aquellos padres de los presos que

aguardaban la caída de Robespierre antes de que sus hijos fueran llevados a juicio.

Cuando Lucas partió para el campo de Souges, durante su período de instrucción y entrenamiento, le enviaste ropa de abrigo y golosinas, pero pronunciabas palabras que despertaban en mí instintos homicidas, pobre Isa, cuando decías:

—Evidentemente, será muy triste..., pero, al menos, esa criatura no dejará a nadie tras sí...

Reconozco que no había nada escandaloso en aquellas palabras.

Un día comprendí que no había que esperar a que la guerra terminase antes de la partida de Lucas. Cuando fue roto el frente en Chemin—des—Dames, vino a despedirse de nosotros, quince días antes de lo que había previsto. ¡Tanto peor! Tendré el valor de anotar aquí un horrible recuerdo que todavía, por las noches, me despierta y me hace gritar. Aquel día fui a buscar a mi despacho un cinturón de cuero que había encargado al talabartero según un modelo ideado por mí. Me subí a un taburete e intenté atraer hacia mí la cabeza de yeso de Demóstenes que coronaba mi biblioteca. Imposible moverla. Estaba llena de monedas de oro que yo había escondido cuando se decretó la movilización. Hundí mi mano en aquel oro que era lo que más me importaba en el mundo y atiborré de monedas el cinturón de cuero. Cuando bajé del taburete, aquella boa hinchada, cebada de metal, se enroscó en torno a mi cuello, oprimiendo mi nuca.

Con un tímido ademán se la ofrecí a Lucas. No comprendió al principio qué era lo que le entregaba.

—¿Qué quieres que haga con esto, tío?

Puede servirte en los acantonamientos, y si caes prisionero... y en otras circunstancias. Con esto es posible todo.

—¡Oh! —dijo, riendo—; llevo ya bastantes chismes encima... ¿Cómo has podido creer que me iba a complicar las cosas con todo ese dinero? Al primer avance me vería obligado a dejarlo colgado de una rama...

—Pero, criatura, al principio, todos los que iban a la guerra llevaban oro.

—Porque no sabían lo que les esperaba, tío.

Estaba de pie en el centro de la habitación y yo había lanzado sobre un diván el cinturón lleno de oro. Aquel muchacho fuerte, ¡qué frágil parecía con su uniforme, demasiado grande para él! Del cuello abierto salía su cuello de niño soldado. Su pelo cortado al rape daba a su figura un carácter particular. Estaba preparado para morir, estaba ya "engalanado". Igual que los demás, indistinto, ya anónimo, ya desaparecido. Su mirada se detuvo un momento en el cinturón; después me miró con una expresión de burla y de desprecio. No obstante, me abrazó. Bajé con él hasta la puerta de la calle. Se volvió para decirme:

—Manda todo eso al Banco de Francia. Yo no veía nada. Oí que tú decías, riendo:

—¡No lo esperes! ¡Es pedirle mucho! Una vez cerrada la puerta, habiéndome quedado inmóvil en el vestíbulo, me dijiste:

—Confiesa que sabías que no había de aceptar tu oro. Era un rasgo enteramente sin riesgo.

Recordé que el cinturón había quedado sobre el diván. Un criado hubiera podido descubrirlo allí. Subí apresuradamente; de nuevo me lo eché sobre los hombros y lo vacié en la cabeza de Demóstenes.

Apenas me di cuenta de la muerte de mi madre, que ocurrió pocos días después. Desde hacía varios años estaba completamente inconsciente y no vivía con nosotros. Ahora, cada día, cuando pienso en ella recuerdo a la madre de mi infancia y de mi juventud. La imagen de su decadencia se ha borrado de mí. Yo, que detesto los cementerios, voy algunas veces a visitar su tumba. No le llevo flores desde que he sabido que las roban. Los pobres hurtan las flores de los ricos por lo que atañe a sus muertos. Habría que comprar una reja; pero ahora todo está muy caro. Lucas ni siquiera tiene una tumba. Ha desaparecido; es un desaparecido. Guardo en mi cartera la única carta que tuvo tiempo de escribirme:

"Todo va bien. He recibido el paquete. Con mi cariño."

Escribe "con mi cariño". A pesar de todo he obtenido estas palabras de mi pobre niño.

Capítulo once

Esta noche me despertó un ahogo. Hube de levantarme y arrastrarme hasta mi butaca, y, entre el estrépito de un viento enloquecido, he releído estas últimas páginas y me he quedado perplejo por las miserias mías que ellas aclaran. Antes de continuar me acodé sobre el alféizar. El viento se había calmado. Cálese dormía sin un soplo de aire y bajo un cielo estrellado. De pronto, hacia las tres de la madrugada, volvió la borrasca, con truenos y pesadas y heladas gotas de lluvia. Producían tal ruido sobre las tejas que tuve miedo de que granizara. Creí que mi corazón iba a dejar de latir.

Apenas "apunta la uva" en los viñedos. La cosecha próxima cubre los ribazos; pero parece estar allí como esos jóvenes animales que el cazador amarra y abandona en la obscuridad para atraer a las fieras; nubarrones que braman rondan en torno a las viñas que se ofrecen.

¿Qué me importa ahora la recolección? No puedo cosechar nada en el mundo. Tan sólo puedo conocerme un poco mejor. Escucha, Isa. Descubrirás entre mis papeles, después de mi muerte, mis últimas voluntades. Datan de los meses que siguieron a la muerte de María, cuando estaba enfermo y te preocupabas a causa de los hijos. Encontrarás una profesión de fe concebida más o menos en estos términos:

"Si es que acepto en el momento de mi muerte el ministerio de un sacerdote, protesto de antemano, en plena lucidez, contra el abuso que se habrá hecho de mi debilidad intelectual y física para obtener de mí lo que mi razón rechaza."

Pues bien, te debo esta confesión: al contrario, cuando me miro, como estoy haciendo desde hace dos años, con una atención mayor que mi disgusto, es cuando me doy cuenta de la mayor lucidez de mis sentidos, cuando la tentación cristiana me atormenta. No puedo negar que existe un camino en mí que podría conducirme a tu Dios. Si alcanzara a agradarme a mí mismo, combatiría mejor esta exigencia. Si pudiera despreciarme sin segunda intención, la razón sería comprendida para siempre. Pero la dureza del hombre que soy, la horrible desnudez de su corazón, ese don que posee de inspirar el odio y de crear un desierto en torno suyo, nada de todo esto puede hacer prevalecer la esperanza...

¿Quieres creerme, Isa? Acaso tu Dios no vino por vosotros, los justos, sino por los que son como yo. Tú no me conocías, no sabías quién era. Las páginas que acabas de leer, ¿acaso me han hecho a tus ojos menos horrible? Tú ves, sin embargo, que existe en mí una fibra secreta, aquella que hacía vibrar María con sólo acurrucarse en mis brazos, y también el pequeño Lucas, los domingos, cuando, de regreso de misa, se sentaba en el banco que hay frente a la casa y contemplaba la pradera.

¡Oh! No creas, sobre todo, que tengo de mí una idea demasiado elevada. Conozco mi corazón, este corazón, este nudo de víboras. Ahogado por ellas, saturado de su veneno, continúa latiendo por encima de ese hervidero. Nudo de víboras imposible de desanudar,

que será necesario romper de un navajazo, de una cuchillada: "Yo no he venido a traer la paz, sino la guerra"¹.

Es posible que mañana reniegue de lo que te confío ahora, como he renegado esta noche de mis últimas voluntades de hace treinta años. Parece que he odiado, con un aborrecimiento que puede ser expiado, todo lo que tú profesabas, y no puedo menos de odiar a todos aquellos que se declaran cristianos; pero, ¿no es cierto que muchos aminoran una esperanza, desfiguran un rostro, ese Rostro, esa Faz? ¿Con qué derecho, me preguntarás, puedo juzgarlos yo, que soy abominable? Isa, ¿no hay en mi ignominia algo que se parece, aunque no comprenda su virtud, al Signo que tú adoras? Esto que escribo es, sin duda, a tus ojos, una horrible blasfemia. Tendrías que probármelo. ¿Por qué no me hablas? ¿Por qué no me has hablado jamás? ¿No habrá, tal vez, una palabra tuya capaz de partirme el corazón? Me parece que esta noche no es demasiado tarde para volver a empezar nuestra vida.

¿Y si no esperara a morir para entregarte estas páginas? ¿Y si te conjurara, en nombre de Dios, para que las leyeras hasta el final? ¿Y si yo acechara el momento en que hubieras acabado su lectura? ¿Y si te viera entrar en mi alcoba con el rostro bañado en lágrimas? ¿Y si me abrieras los brazos? ¿Y si te pidiera perdón? ¿Y si cayéramos de rodillas, uno ante otro?

Parece que ha terminado la tempestad. Parpadean las últimas estrellas. He creído que volvería a llover, pero son las hojas, que

¹ Equívoco literalmente intraducible. *Glaive* significa cuchillo, machete, y también guerra. (Nota del traductor.)

escurren las gotas de lluvia. ¿Me ahogaré si me acuesto? Sin embargo, no puedo escribir, y suelto la pluma y deajo caer la cabeza sobre la dura carpeta...

Un silbido animal, luego un estruendo terrible, al mismo tiempo que un relámpago llenando por completo el cielo. En el pánico silencio que ha seguido, estallan las bombas sobre los ribazos, las bombas que lanzan los viñadores para despejar las nubes de granizo o para que se deshagan en agua. Brillan los cohetes en ese rincón de tinieblas donde Barsac y Sauternes tiemblan en la espera de la desgracia. La campana de San Vicente, que ha alejado el granizo, toca a rebato, como alguien que canta en la noche porque tiene miedo. Y, de pronto, sobre las tejas, el rumor como de un puñado de guijarros lanzado sobre ellas. El pedrisco. Momentos antes me hubiera abalanzado a la ventana. Oigo cerrar los postigos de las habitaciones. Le preguntas gritando a un hombre que atraviesa corriendo el patio:

—¿Es grave? Y él contesta:

—Felizmente está mezclado con lluvia, pero cae con ganas.

Un niño, asustado, corre descalzo por el pasillo. Por costumbre, calculo: "Cien mil francos perdidos"..., pero no me he movido. En otro tiempo, nada me impidió salir, como aquella noche en que me encontré en medio del viñedo en zapatillas, con una vela apagada en la mano y recibiendo la granizada sobre mi cabeza. Un profundo instinto campesino me impulsaba hacia adelante, como si quisiera tenderme y cubrir con mi cuerpo las cepas apedreadas. Pero esta

noche me he vuelto un extraño para lo que era mi bien, en el amplio sentido de la palabra. En fin, carezco de interés por las cosas. No sé qué, no sé qué me ha despegado, Isa; se han roto las amarras; voy a la deriva. ¿Qué fuerza me arrastra? ¿Es una fuerza ciega? ¿Un amor? Puede que un amor...

SEGUNDA PARTE

Capítulo doce

París, Rue Bréa

¿Cómo se me ha ocurrido conservar este cuaderno entre mi equipaje? ¿Qué he de hacer ahora de esta larga confesión? He roto con los míos. Todo cuanto hacía que yo me afanara aquí intensamente, no existe ya para mí. ¿Por qué reemprender este trabajo? Tal vez porque, sin saberlo, hallaba en él una especie de consuelo y de liberación. ¡Qué día abren ante mí las últimas líneas escritas durante la noche de la granizada! ¿No estaba al borde de la locura? No, no hablemos aquí de locura. Que ni siquiera se la nombre. Serían capaces de utilizarla contra mí, en el caso de que estas páginas cayeran en sus manos. No las dirijo a nadie. Es necesario destruirlas antes de que me sienta peor... A menos que las legue a ese hijo desconocido que he venido a buscar a París. Sentí la tentación de revelar su existencia a Isa, cuando hice alusión a mis amores de 1909, cuando estuve a punto de confesar que mi amiga había ido a refugiarse en París hallándose encinta...

Me creía generoso por haber enviado a la madre y al niño, antes de la guerra, seis mil francos anuales. Nunca se me ocurrió la idea de aumentar esta suma. Es culpa mía haber encontrado aquí a dos seres sojuzgados, reducidos a bajos menesteres. Con el pretexto de

que habitan en este barrio, he alquilado una habitación en una casa de la calle Bréa. Entre el lecho y el armario apenas si me queda sitio para sentarme a escribir. Por otra parte, ¡qué de ruidos! En mis tiempos, Montparnasse era un lugar tranquilo. Ahora parece habitado por locos que no duermen jamás. Mi familia hizo menos ruido en la escalinata la noche en que oí con mis oídos y vi con mis ojos... ¿A qué insistir sobre esto? Sin embargo, sería una liberación anotar aquí este horrible recuerdo, aun cuando sea por poco tiempo... Además, ¿por qué destruir estas páginas? Mi hijo, mi heredero, tiene derecho a conocerme. Con esta confesión repararía, en una débil medida, el alejamiento en que le he tenido desde que nació.

¡Ay! Me han bastado dos entrevistas para juzgarle. No es hombre capaz de encontrar en estas líneas el menor interés. ¿Qué podría comprender de todo esto ese empleado, ese subalterno embrutecido que juega en las carreras?

Durante el viaje nocturno entre Burdeos y París imaginé los reproches que había de dirigirme y preparé mi defensa. ¡Cómo nos dejamos influir por las novelas y el teatro! Estaba seguro de encontrarme con un hijo natural lleno de amargura y de grandeza de alma. Lo mismo le concedía la dura nobleza de Lucas como la belleza de Phili. Lo había previsto todo, salvo que se me pareciera. Hay padres a quienes les gusta que se les pregunte:

—Su hijo, ¿se parece a usted?

He sabido qué clase de odio me ha asaltado al ver levantarse ese espectro de mí mismo. Quise en Lucas a un hijo que no se me

pareciera. En este aspecto, Roberto es distinto de mí. Se ha mostrado incapaz de resistir el menor examen. Ha tenido que renunciar a ello después de repetidos fracasos. Su madre, que se ha sacrificado dándole cuanto tiene, le desprecia. No puede contenerse aludiéndole constantemente. El baja la cabeza; no se consuela de todo ese dinero perdido. En desquite, es un perfecto hijo mío. Pero que yo le deje esta fortuna escapa a su imaginación miserable. No representa nada para él; no lo cree posible. A decir verdad, tanto su madre como él tienen miedo.

—No es legal... Podríamos vernos metidos en un lío.

Esa mujer gruesa y pálida, de descoloridos cabellos, esa caricatura de la que yo amé, me mira con sus pupilas todavía muy bellas.

—Si le hubiese visto en la calle —me dice— no le hubiera reconocido...

Y yo, ¿la habría reconocido? Temía su rencor, sus represalias. Lo había temido todo, pero no esa indiferencia melancólica. Agriada, embrutecida por ocho horas diarias de mecanografía, le daban miedo las historias. Ha conservado una enfermiza desconfianza de la justicia, con la que en otro tiempo tuvo algunas cuestiones. No obstante, les he explicado bien la maniobra: Roberto alquila a su nombre una caja en un establecimiento de crédito; yo traslado a ella mi fortuna. Me autoriza para abrirla y se compromete a no tocarla hasta mi muerte. Evidentemente, le exijo una declaración firmada, según la cual reconoce que todo lo que encierra la caja me pertenece. Yo no puedo, a pesar de todo, entregarme a ese desconocido. Tanto la

madre como el hijo objetaron que a mi muerte se encontraría el papel. Estos idiotas no quieren fiarse de mí.

He intentado hacerles comprender que se puede confiar en un procurador de provincias como Bourru, que todo me lo debe y a quien le he dado trabajo durante cuarenta años. Tiene en depósito un sobre en el cual he escrito: "Para quemar el día de mi muerte", y que, estoy seguro, será quemado con todo lo que contiene. Allí hubiese guardado la declaración de Roberto. Estoy seguro de que Bourru quemará el sobre, ya que guarda determinados documentos que tiene interés en que desaparezcan.

Pero Roberto y su madre tienen miedo de que Bourru no quemara nada y que, a mi muerte, les haga cantar. También he pensado en esto. Les entregaría en propia mano documentos que enviarían a presidio a Bourru si vacilara. El papel sería quemado por Bourru ante ellos, y cuando se hallaran en posesión de mi dinero podrían entregar sus armas. ¿Qué más querían?

No comprenden nada. Están emperrados, tanto ese idiota como esa imbécil a quienes quiero entregar mis millones, y en lugar de arrodillarse ante mí, como yo imaginaba, discuten, arguyen... Aunque se corriera algún riesgo, bien valía la pena. Pero no, no quieren firmar el papel.

—Sería delicadísimo... por la declaración de la renta... Nos marearían...

He de odiar mucho a los otros para no dar con la puerta en las narices a esos dos. De los "otros", también tienen miedo.

—Descubrirían el pastel... Nos procesarían...

Roberto y su madre imaginan que mi familia ha avisado a la policía y que estoy vigilado. Consienten en verme solamente por la noche, en los barrios extremos. ¡Como si con mi salud pudiera velar y pasarme la vida en taxi! No creo que los otros desconfíen. No es la primera vez que viajo solo. No tienen razón para creer que la otra noche, en Cálese, asistiera, invisible, a su consejo de guerra. Por lo menos, no me han descubierto todavía. Nada me impedirá esta vez cumplir con mi propósito. El día en que Roberto consienta, podré dormir tranquilo. Ese estúpido no cometerá ninguna imprudencia.

Esta noche, 13 de julio, toca una orquesta al aire libre; en el extremo de la calle Bréa bailan las parejas. ¡Oh, apacible Cálese! Recuerdo la última noche que viví allí. A pesar de la prescripción del doctor, había tomado aquella noche un sello de veronal y me había dormido profundamente. Me desperté sobresaltado y consulté mi reloj. Era la una de la madrugada. Me asustó oír varias voces. Mi ventana había quedado abierta. No había nadie en el patio ni en el salón. Pasé al lavabo, que está situado al norte, sobre la puerta de entrada. Allí, contra su costumbre, se había rezagado la familia. Dado lo avanzado de la hora, no desconfiaban de nadie. Sólo las ventanas del lavabo y del pasillo daban a aquel lado.

La noche era tibia y apacible. En los intervalos oía claramente la respiración un poco entrecortada de Isa, el leve ruido de una cerilla al encenderse. Ni un soplo movía los negros olmos. No me atreví a asomarme, pero reconocí a cada enemigo por su voz, por su risa. No

discutían. Una reflexión de Isa o de Genoveva era seguida de un largo silencio. Después, de pronto, a una palabra de Huberto, replicaba Phili y hablaban los dos a la vez.

—Mamá, ¿estás segura de que la caja de caudales de su despacho no guarda más que papeles sin valor? Un avaro es siempre imprudente. Recuerda el oro que quiso darle a Lucas... ¿Dónde lo escondía?

—No, él sabe que conozco la clave de la caja: *María*. No la abre más que cuando tiene que consultar una póliza de seguro o una hoja de impuestos.

—Pero tal vez pudiera revelarnos cantidades que él ha ocultado, mamá.

—No hay más que papeles referentes a los bienes inmuebles. Me he asegurado bien de ello.

—Esto es terriblemente significativo, ¿no os parece? Diríase que ha tomado todas sus precauciones. Y Phili murmuró con un bostezo:

—¡No! Pero, ¡vaya un cocodrilo! ¡Y qué suerte haber topado con un cocodrilo semejante!

—Y si queréis creerme —dijo Genoveva—, tampoco encontraréis nada en la caja del Lyonnais... ¿Qué dices a esto, Janine?

—Pero, en resumen, mamá, diríase que algunas veces te ha querido. Cuando erais pequeños, ¿no era cariñoso alguna vez siquiera? ¿No? No habéis sabido trastearlo. No habéis sido sagaces. Había que intentar envolverlo, conquistarlo. Estoy segura de que yo lo conseguiría si él no tuviera tal horror a Phili.

Huberto interrumpió agriamente a su sobrina:

—Lo cierto es que la impertinencia de tu marido nos costará cara...

Oí reír a Phili. Me asomé un poco. La llama de un encendedor iluminó un instante sus manos unidas, su barbilla blanda y sus labios gruesos.

—Entonces ha tenido que esperar a que llegara yo para sentir horror por todos vosotros, ¿no es eso?

—No, antes nos detestaba menos...

—Acuérdate de lo que cuenta la abuela —continuó Phili—, de su actitud cuando perdió a su hija... Parecía burlarse de algo. No ha puesto nunca los pies en el cementerio...

—No, Phili, vas demasiado lejos. Si ha querido a alguien en el mundo, ha sido a María.

De no saber sido por esa protesta de Isa, hecha con voz débil y temblorosa, no hubiera podido contenerme. Me senté en una silla baja, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza apoyada en el alféizar. Genoveva decía:

—Si María hubiese vivido, no hubiera ocurrido nada de esto. Lo único que habría hecho hubiese sido mejorarla...

—¡Qué va! Le hubiera tomado ojeriza como a los demás. Es un monstruo. No tiene sentimientos humanos. ..

Isa protestó todavía:

—Te ruego, Phili, que no trates de este modo a mi marido, ni ante sus hijos ni ante mí. Debes respetarlo.

—¿Respetarlo? ¿Respetarlo? Me pareció oír que murmuraba:

—Si creéis que es divertido haberme metido en una familia semejante...

Su suegra le replicó secamente:

—Nadie te ha obligado.

—Pero han hecho brillar las esperanzas a mis ojos... ¡Vaya! Ya está llorando Janine. ¿Cómo? ¿Es que he dicho algo extraordinario? —y con suficiencia gruñó—: ¡Ya, ya!

Oí sonarse a Janine y que alguien, cuya voz no pude identificar, exclamaba:

—¡Cuántas estrellas!

El reloj de San Vicente dio las dos.

—Hijos míos, hay que irse a dormir.

Huberto protestó diciendo que no podían separarse sin haber decidido nada. Ya era tiempo de proceder. Phili aprobó. No creía que yo pudiese vivir mucho tiempo. Después no habría nada que hacer. Han debido aceptarse todas mis determinaciones...

—Pero, en fin, queridos míos, ¿qué esperáis de mí? Lo he intentado todo. No puedo hacer nada más.

—Sí —dijo Huberto—. Tú puedes mucho...

¿Qué fue lo que susurró? Se me había escapado lo que tenía más interés en conocer. Por el acento de Isa comprendía que estaba asombrada, escandalizada.

—No, eso no me gusta nada.

—No se trata de saber lo que te gusta, mamá, sino de salvar nuestro patrimonio.

Y todavía los susurros entrecortados de Isa:

—Es muy duro, hijo mío.

—Sin embargo, abuela, no debe usted continuar siendo su cómplice más tiempo. Nos deshereda, pero con su autorización. Su silencio otorga.

—Janine querida, ¿cómo te atreves?...

¡Pobre Isa, que había pasado tantas noches a la cabecera de la cama de aquella pequeña chillona, a quien había aceptado en su alcoba porque sus padres querían dormir y no había niñera que la soportase!... Janine hablaba secamente, con un tono que hubiera bastado para sacarme de quicio. Añadió:

—Siento decir estas cosas, abuela. Pero es mi deber.

¡Su deber! Daba este nombre a la exigencia de su carne, a su terror de ser abandonada por aquel guapo cuya risa idiota llegaba hasta mí...

Genoveva aprobó las palabras de su hija. Ciertamente, la debilidad podía convertirse en complicidad. Isa suspiró:

—Tal vez, hijos míos, fuera más sencillo escribirle.

—¡Nada de eso! Sobre todo, ninguna carta —protestó Huberto—. Las cartas son siempre las que nos pierden. Espero, mamá, que no le habrás escrito todavía, ¿verdad?

Ella confesó que lo había hecho dos o tres veces.

—¿Cartas amenazadoras o insultantes?...

Isa no se decidía a confesar. Y yo reía... Sí, me había escrito unas cartas que conservaba religiosamente, dos cartas que contenían

graves injurias y una tercera casi conmovedora, con las cuales podría hacer que perdiera todos los pleitos de divorcio con que pudieran intentar convencerla esos hijos imbéciles. Todos estaban preocupados, como cuando un perro gruñe y comienza a hacerlo el resto de la jauría.

—¿No le ha escrito usted, abuela? ¿Tiene él alguna carta peligrosa para nosotros?

—No, no lo creo... Es decir, una vez, Bourru, ese pequeño procurador de San Vicente a quien mi marido debe de tener sujeto de una forma u otra, lloriqueando (es un canalla y un hipócrita), me dijo: "¡Ah, señora, ha sido usted muy imprudente escribiéndole!"...

—¿Qué es lo que le decías? Supongo que no le insultarías, ¿verdad?

—Una vez, cuando la muerte de María, le dirigí unos reproches tal vez demasiado violentos. Y en otra ocasión, en 1909. Se trataba de un asunto más serio que los demás.

Huberto gruñó:

—Esto es muy grave, excesivamente grave.

Y ella creyó tranquilizarle diciéndole que había arreglado inmediatamente las cosas, que se había arrepentido y reconocido su error.

—¡Ah, ya! Algo así como un ramillete...

Entonces no hay que temer en un pleito de divorcio.

—Pero, después de todo, ¿quién os prueba? que sus intenciones sean tan negras?

—¡Vamos! Es necesario estar ciego. El misterio impenetrable de sus operaciones financieras, sus alusiones, las palabras que se le escaparon a Bourru, ante testigos: "Cuando muera el viejo, pondrán el grito en el cielo..."

Discutían aún como si la anciana no estuviera presente. Se levantó de su butaca gimiendo. Según decía, no podía permanecer sentada afuera, por la noche, a causa de su reuma. Sus hijos ni siquiera le contestaron. Oí un vago "buenas noches" que le dirigieron sin interrumpir su conversación. Fue ella quien tuvo que besarlos uno a uno, porque ninguno de ellos se movió. Me acosté prudentemente. Sus pesados pasos sonaban en la escalera. Llegó ante mi puerta y oí su jadeo. Dejó la bujía en el suelo y abrió. Se acercó a mi lecho y se inclinó sobre mí, sin duda para asegurarse de que estaba dormido. ¡Cuánto tiempo permaneció de esta forma! Tenía miedo de traicionarme. Respiraba entrecortadamente. Por último, volvió a cerrar mi puerta. Cuando hubo cerrado la suya, volví a ocupar en el lavabo mi puesto de escucha.

Los demás estaban todavía en el mismo sitio. Hablaban a media voz. No podía oír muchas de sus palabras.

—No era de su clase —decía Janine—. También ha sido esto. Phili, querido, estás tosiendo. Ponte el abrigo.

—En el fondo, no es a su mujer a quien detesta más, sino a nosotros. ¡Es increíble! Ni siquiera se ve en las novelas. No tenemos por qué juzgar a nuestra madre —concluyó Genoveva—, pero me parece que no le quiere demasiado...

—¡Caramba! —era la voz de Phili—. Ella siempre recuperará la dote. Las *Suez* de papá Fondaudége... Desde 1884 deben de haber subido mucho...

—¿Las *Suez*? Pero si fueron vendidas...

Reconocí las vacilaciones y la simpleza del marido de Genoveva. El pobre Alfredo aún no había despegado los labios. Genoveva, con ese tono agrio y chillón con que le habla siempre, le interrumpió:

—¿Estás loco? ¿Vendidas las *Suez*?

Alfredo contó que en el mes de mayo había encontrado a su suegra en el momento en que firmaba los papeles, y ella le había dicho:

—Parece que éste es el momento oportuno para venderlas. Están ya muy altas y no tardarán en bajar.

—¿Y no me lo advertiste? —exclamó Genoveva—. Tú eres completamente idiota. El le ha hecho vender las *Suez*. Y nos cuentas esto como la cosa más natural del mundo...

—Pero, Genoveva, yo creí que tu madre os tenía al corriente de esto. Puesto que se ha casado bajo el régimen dotal...

—Sí, pero, ¿acaso no se ha embolsado él los beneficios de la operación? ¿Qué crees tú, Huberto? No habernos advertido... Y yo hubiera pasado toda mi vida al lado de este hombre...

Janine intervino para suplicarles que hablaran en voz baja. Despertarían a su hija. Durante algunos minutos no percibí nada más. Luego se oyó de nuevo la voz de Huberto.

—Pienso en lo que antes decíamos todos. Estando mamá, no podemos intentar nada por esa parte. Al menos, sería necesario preparar poco a poco...

—Tal vez le gustaría más esto que la separación. Puesto que la separación implica necesariamente el divorcio, plantea un caso de conciencia... Evidentemente, lo que propone Phili choca de buenas a primeras. Pero nosotros no seríamos los jueces. No seríamos nosotros quienes habríamos de decidir en último término. Nuestro papel consiste en provocar los hechos. Y éstos no se producirán a menos que las autoridades competentes reconozcan su necesidad.

—Y yo os repito que todo eso es dar palos de ciego —dijo Olimpia.

Era necesario que la mujer de Huberto estuviera furiosa por haber elevado la voz de aquella manera. Afirmó que yo era un hombre ponderado y de sano juicio.

—Y debo decir —añadió— que estoy frecuentemente de acuerdo con él, y que lo volvería como un guante si no deshicierais mi obra...

No oí nada de la insolencia con que debió de contestarle Phili, pues todos reían, como ocurría siempre que Olimpia hablaba. Yo recogía los fragmentos de la conversación:

—Hace cinco años que no actúa como abogado, que no puede actuar.

—¿A causa de su corazón?

—Ahora, sí. Pero cuando dejó de hacerlo no estaba aún enfermo. Lo cierto es que disputaba con sus colegas. Tuvo algunas escenas en los pasillos de la Audiencia. He tenido referencias de ello...

Agucé en vano el oído. Phili y Huberto habían acercado sus sillas. No oí más que un murmullo indistinto, y poco después esta exclamación de Olimpia:

—¡Vamos, vamos! El único hombre con quien podía hablar aquí de mis lecturas, cambiar ideas generales..., y queréis...

Lo único que pude oír de la respuesta de Phili fue la palabra "chiflada". Un yerno de Huberto, ese que no habla casi nunca, dijo con voz entrecortada:

—Os ruego que seáis corteses con mi suegra.

Phili dijo que bromeaba. Los dos, ¿no eran acaso víctimas en este asunto? Como el yerno de Huberto aseguraba con voz temblorosa que él no se consideraba una víctima y que se había casado con su mujer por amor, dijeron todos a coro:

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también! Irónicamente, Genoveva dijo a su marido:

—¡Ah! ¿Tú también? ¿Te vanaglorias de haberte casado conmigo sin haber sabido antes a cuánto ascendía la fortuna de mi padre? Recuerda la noche de nuestra boda, en que me dijiste: "¿Qué se propone con no querer decirnos nada, si sabemos que es enorme?"

Rieron todos. Huberto habló nuevamente; habló sólo algunos instantes. No oí más que la última frase:

—Es un caso de justicia, un caso de moralidad que se impone ante todo. Defendemos el patrimonio, los sagrados derechos de la familia.

En el profundo silencio que precede al alba, sus conversaciones se hicieron más inteligibles.

—¿Hacerlo seguir? Tiene demasiado trato con la policía: he tenido ocasión de comprobarlo. Lo sabría... —Y algunos instantes después:— Se conoce su dureza, su rapacidad. Hay que reconocer que se ha puesto en duda su delicadeza en dos o tres asuntos. Pero por lo que respecta al buen sentido, al equilibrio...

—En todo caso, no se puede negar el carácter inhumano, monstruoso, antinatural, de sus sentimientos hacia nosotros...

—Así, ¿tú crees, pequeña Janine —dijo Alfredo a su hija—, que esto bastaría para establecer un diagnóstico?

Comprendía. Había comprendido. Habíase apoderado de mí una gran calma, un sosiego nacido de esa certidumbre: ellos eran los monstruos y yo la víctima. La ausencia de Isa me gustaba. Más o menos, había protestado mientras estuvo ante ellos, y ante ella no se hubiesen atrevido a aludir a estos proyectos que yo acababa de sorprender y que, por otra parte, no me asustaban. ¡Pobres imbéciles! Como si yo fuese hombre que me dejara incapacitar o encerrar. Antes de que ellos hubieran movido el dedo meñique, yo habría puesto instantáneamente a Huberto en una situación desesperada. El ya sabe que lo tengo cogido. En cuanto a Phili, poseo unas informaciones... Jamás se me había ocurrido que podía verme en la necesidad de hacer uso de ellas. Pero no las utilizaré; me bastará con enseñar los dientes.

Por primera vez en mi vida experimenté la alegría de ser el menos malo. No sentía deseos de vengarme de ninguno de ellos. O, al

menos, no quería otra venganza que arrancarles esta herencia en torno a la cual se consumían de impaciencia y de angustia.

—¡Una estrella fugaz! —exclamó Phili—. No he tenido tiempo de hacer un voto.

—Nunca se tiene tiempo —dijo Janine. Y su marido añadió con alegría de niño:

—Cuando veas una, gritarás: " ¡Millones!".

—¡Qué idiota es este Phili!

Todos se levantaron. Las butacas del jardín arañaron la arena. Oí el ruido de los cerrojos de la puerta de entrada, las risas ahogadas de Janine en el pasillo. Las puertas de las habitaciones se cerraron una tras otra. Mi decisión estaba tomada. Desde hacía dos meses no había sufrido ningún ataque. Nada me impedía ir a París. Por lo general, me iba sin advertirlo. Pero no quería que mi partida pareciese una huida. Hasta la mañana, rehíce mis planes de otras veces. Lo dejé todo dispuesto.

Capítulo trece

Al mediodía, cuando me levanté, no experimentaba la menor fatiga. Bourru, llamado por teléfono, acudió a verme después de comer. Paseamos durante tres cuartos de hora bajo los tilos. Isa, Genoveva y

Janine nos observaban desde lejos, y yo gozaba con su angustia. ¡Qué lástima que los hombres estuvieran en Burdeos! "Bourru es su alma condenada", decían del viejo y pequeño procurador. ¡Miserable Bourru, a quien sujeto más estrechamente que a un esclavo! Había que ver aquella mañana al pobre diablo debatiéndose para que no dejase ninguna arma contra él en manos de mi heredero eventual...

—Pero él se las entregará —le dije— en cuanto usted haya quemado el reconocimiento firmado por él.

Al marcharse, hizo un reverencioso saludo a las damas, quienes apenas si le contestaron, y montó tristemente en su bicicleta. Volví al encuentro de las tres mujeres y les dije que me iba a París aquella misma noche. Como Isa protestase diciendo que era una imprudencia efectuar solo aquel viaje, le respondí:

—Es necesario que me preocupe de mis inversiones. Aun cuando no lo parezca, pienso en vosotros.

Me observaron con ansiedad. Mi irónico acento me traicionaba. Janine miró a su madre y se enardecía.

—La abuela o el tío Huberto podrían hacerlo por usted, abuelo.

—Es una idea, querida... ¡Una buena idea! Pero estoy acostumbrado a hacer las cosas por mí mismo. Además, ya sé que hago mal, pero no me fío de nadie.

—¿Ni de sus hijos? ¡Oh, abuelo!

Subrayó la palabra "abuelo" con un tono muy remilgado. Adoptaba una actitud tan zalamera que se hacía irresistible. ¡Ah, su voz exasperante, esa voz que había oído por la noche mezclada con las

de los demás!... Entonces me eché a reír, con esa risa peligrosa que me hacía toser y que los aterraba visiblemente. No olvidaré jamás aquella pobre cara de Isa, su extenuación. Debía de haber sufrido ya los asaltos. Janine volvería probablemente a la carga en cuanto yo diese media vuelta.

—No le deje partir, abuela...

Pero mi mujer no estaba en condiciones de luchar, no podía más; se hallaba en el límite de sus fuerzas, agobiada por la fatiga. Le oí decir el otro día a Genoveva:

—Quisiera acostarme, dormir, no despertarme
mas...

Me enternecía como mi pobre madre me había enternecido. Los hijos lanzaban contra mí aquella vieja máquina usada, inservible. Sin duda, la amaban a su modo; la obligaban a que la visitara el médico, a seguir su régimen. Su hija y su nieta se habían alejado, y entonces se acercó a mí.

—Escucha —me dijo rápidamente—, necesito dinero.

—Estamos a 10. Te di para el mes el día 1.

—Sí, pero he tenido que adelantar dinero a Janine; están muy apurados. En Cálese hago economías; te lo devolveré de lo del mes de agosto... Le dije que aquello me tenía sin cuidado y que no tenía por qué mantener a Phili.

—Debo unos pedidos al carnicero y al tendero... Mira.

Me los enseñó. Me dio lástima. Le ofrecí firmar los talones.

—Así el dinero no irá a otro sitio.

Ella aceptó. Saqué mi libro de cheques y me di cuenta de que, entre los rosales, Janine y su madre nos observaban.

—Estoy seguro —le dije— que suponen que me hablas de otra cosa.

Isa se estremeció y me preguntó en voz baja:

—¿De qué cosa?

En aquel instante sentí una opresión en el pecho. Apretándomelo con las dos manos, hice ese ademán que ella conocía tan bien. Se acercó.

—¿Te encuentras mal?

Me apoyé un instante en su brazo. Bajo los tilos parecíamos dos esposos que concluyen su vida después de una profunda unión. Murmuré en voz baja:

—Ya estoy mejor.

Debió de pensar que era el momento de hablar, una ocasión única. Pero no tenía fuerzas para ello. Me di cuenta de que también ella estaba sin aliento. Por enfermo que estuviese, me había dominado. Pero ella se había entregado, se había dado. No le quedaba nada.

Buscaba una palabra y miraba a hurtadillas a su hija y a su nieta, con objeto de infundirse valor. Advertí en su mirada levantada hacia mí una lasitud sin nombre, acaso piedad y un poco de vergüenza. Los hijos la habrían mortificado aquella noche.

—Lo que me inquieta es que te marches solo.

Le contesté diciendo que, si me ocurría alguna desgracia en el viaje, no valdría la pena que se me trasladara aquí.

Y como ella me suplicase que no hiciera alusión a estas cosas, añadí:

—Sería un gasto inútil, Isa. La tierra de los cementerios es la misma en cualquier parte.

—Yo también pienso lo mismo. Que ellos me metan donde quieran. Algunas veces he querido dormir cerca de María... Pero, ¿qué queda de María?

Aún esta vez comprendí que, para ella, su pequeña María era polvo y huesos. No me atreví a decir que, al cabo de los años, yo sentía vivir a mi hija y la respiraba, y que atravesaba frecuentemente mi vida tenebrosa con un brusco soplo.

Genoveva y Janine la espiaban en vano. Isa parecía cansada. ¿Mediría la pequeñez de aquello por que luchaba al cabo de tantos años? Genoveva y Huberto, impulsados por sus propios hijos, lanzaban contra mí a aquella vieja mujer, Isa Fondaudége, la perfumada jovencita de las noches de Bagnères.

Al cabo de medio siglo nos hallábamos frente a frente. Y en aquella tarde sofocante, los dos enemigos se daban cuenta del lazo que crea, a despecho de una larga lucha, la complicidad de la vejez. Pareciendo odiarnos, habíamos llegado al mismo punto. No había nada, había menos que nada sobre ese promontorio donde esperábamos morir. Para mí, cuando menos. A ella le quedaba su Dios; su Dios debía de quedarle. Todo eso que ella había poseído tan ásperamente como yo, le faltaba de pronto: todas esas ambiciones que se interponían entre ella y el Ser infinito. ¿Le veía

ella, ahora? ¿Veía a Aquel de quien nada le separaría? No, quedaban las ambiciones, las exigencias de sus hijos. Ella estaba colmada de deseos. Tenía que volver a endurecerse para satisfacerlos. Inquietudes por el dinero, por la salud, cálculos de ambición y de celos, todo estaba allí, ante ella, como esos deberes en los que el maestro ha escrito: "Repítase".

Miró de nuevo al lugar donde se encontraban Genoveva y Janine, armadas de podaderas, fingiendo limpiar los rosales. Desde el banco en que me había sentado para recobrar el aliento, veía a mi mujer alejarse, con la cabeza baja, como un niño a quien van a regañar. El sol, demasiado cálido, anunciaba tempestad. Caminaba torpemente porque el andar era para ella un sufrimiento. Me pareció oír que gemía:

—¡Ay, mis pobres piernas!

Dos viejos esposos no se odian nunca tanto como imaginan.

Se había unido a los demás, quienes, evidentemente, le reprochaban su conducta. De pronto, la vi venir hacia mí, roja, jadeante. Se sentó a mi lado y gimió:

—Estos tiempos bochornosos me fatigan mucho; en estos días me ha subido la presión... Escucha, Luis, hay algo que me preocupa... ¿En qué has empleado las Suez de mi dote? Ya sé que me has pedido que firmara otros papeles...

Le indiqué la cifra del enorme beneficio que había obtenido para ella, días antes de la baja. Le dije que había empleado el dinero en unas obligaciones.

—Tu dote ha aumentado, Isa. A pesar de la depreciación del franco, te deslumbrarás. Todo está a tu nombre en la Westminster, tanto tu dote inicial como los beneficios... Nuestros hijos no tienen nada que ver con esto..., puedes estar tranquila. Yo soy el amo de mi dinero y de lo que mi dinero ha producido; pero lo que de ti procede es tuyo. Ve a tranquilizar a esos ángeles del desinterés.

Ella me cogió del brazo bruscamente.

—¿Por qué los odias, Luis, por qué aborreces a toda tu familia?

—Sois vosotros los que me odiáis. O, mejor, mis hijos me odian. Tú..., tú no haces caso de mí, salvo cuando te irrito o cuando te asusto.

—Podrías añadir "o cuando te torturo?" ¿Crees tú que no he sufrido en otras ocasiones?

—¡Vaya! No querrás que los hijos...

—Fue necesario que me uniera a ellos. ¿Qué me hubiese quedado fuera de ellos? —y en voz más baja añadió—: Me desamparaste y engañaste desde el primer año, bien lo sabes.

—Pobre Isa, no me harás creer que mis extravagancias te han preocupado mucho... En tu amor propio de mujer, es posible...

Rió amargamente.

—¡Pareces tan sincero! Cuando pienso que ni siquiera tú te has dado cuenta...

Me estremecí de esperanza. Es extraño, puesto que se trataba de sentimientos desaparecidos, terminados. La esperanza de haber sido

amado cuarenta años atrás, sin que lo supiera... Pero no, no creo en eso...

—Ni siquiera has tenido una palabra, una queja... Los niños te bastaban.

Escondió su rostro entre las manos. Nunca como aquel día me di cuenta de sus gruesas venas, de sus manchas.

—Mis hijos... Cuando recuerdo que, a partir del instante en que hicimos alcoba aparte, me privé durante años de tener a nadie a mi lado durante la noche, incluso cuando estaban enfermos, porque yo esperaba, esperaba siempre que vinieras...

Las lágrimas corrían por sus viejas manos. Aquélla era Isa; yo sólo podía encontrar aún en aquella mujer gruesa y casi inválida a aquella jovencita vestida de blanco en el camino del valle de Lys.

—A mi edad es horrible y ridículo acordarse de estas cosas... Sí, sobre todo, ridículo. Perdóname, Luis.

Miré a los viñedos sin responder. En aquel minuto me asaltó una duda. ¿Es posible no ver durante medio siglo más que un lado de la criatura que comparte nuestra vida? ¿Podría hacerse por costumbre la elección de las palabras y de los gestos, no reteniendo más que lo que alimenta nuestros agravios y mantiene nuestros rencores? Tendencia fatal a simplificar a los otros; eliminación de todos los rasgos que dulcifican la carga, que harían más humana la caricatura de que nuestro odio tiene necesidad para su justificación... ¿Acaso vio Isa mi turbación? Se apresuró a aprovecharse.

—No te irás esta noche, ¿verdad?

Yo creí advertir un resplandor en sus ojos cuando creyó "tenerme". Fingí asombro y respondí que no tenía ninguna razón para demorar el viaje. Nos dirigimos juntos hacia la casa. A causa de mi corazón no subimos la cuesta de las glorietas y seguimos la avenida de los tilos que rodea la casa. A pesar de todo, me sentía inseguro y perplejo. ¿Y si no me fuera? ¿Y si entregara a Isa este cuaderno? ¿Y si...? Apoyó su mano en mi hombro. ¿Cuántos años hacía que no había hecho esto? La avenida de los tilos desembocaba en la casa por la parte norte. Isa dijo:

—Cazau no ordena nunca las sillas del jardín...

Miré distraídamente. Los asientos vacíos formaban aún un estrecho círculo. Aquellos que los habían ocupado habían sentido la necesidad de acercarse para hablar en voz baja. Las pisadas se notaban fácilmente. Por todas partes veíanse las colillas de los cigarrillos que fuma Phili. Aquella noche había acampado allí el enemigo; había celebrado consejo bajo las estrellas. Había hablado aquí, en mi casa, ante los árboles plantados por mi padre, de incapacitarme o encerrarme. En una noche de humildad comparé mi corazón con un nudo de víboras. No, no, el nudo de víboras no se hallaba en mí; habían salido de mí y aquella noche se habían enroscado formando un círculo horrible al pie de la escalinata. Y la tierra conservaba todavía sus huellas.

"Volverás a encontrar tu dinero, Isa —pensaba—, tu dinero que yo hice fructificar. Pero nada más que esto, sólo esto. E incluso yo sabré encontrar el medio para que no posean siquiera estas propiedades.

Venderé Cálese, venderé los eriales. Todo lo que procede de mi familia irá a manos de ese hijo desconocido, de ese muchacho con quien mañana celebraré una entrevista. Sea quien sea, no os conoce. El no ha tomado parte en vuestra conspiración; ha sido educado lejos de mí y no puede odiarme; y si me odia, el objeto de su odio es un ser abstracto, sin relación conmigo mismo..."

Me desasí furioso y subí apresuradamente los peldaños de la entrada, olvidándome de mi viejo corazón enfermo. Isa gritó:

¡Luis!

Ni me volví siquiera.

Capítulo catorce

No pudiendo dormir, me vestí de nuevo y salí a la calle. Para llegar al bulevar Montparnasse hube de abrimme camino a través de las parejas que bailaban. En ciertas ocasiones, incluso un buen

republicano como yo huía de las fiestas del 14 de julio. A ningún hombre serio se le ocurriría mezclarse en los placeres de la calle. No bailaban golfos aquella noche en la calle Bréa, ante la Rotonda. Ni viejos crápulas, sino muchachos vigorosos, sin sombrero. Algunos lucían abiertas las camisas de manga corta. Entre las bailarinas había pocas muchachas. Las parejas bailaban entre los taxis que interrumpían su danza, pero mostrábanse amables y de buen humor. Un muchacho, que había tropezado conmigo inadvertidamente, gritó:

—¡Plaza al noble anciano!

Pasé entre una doble hilera de rostros jóvenes radiantes.

—¿No tienes sueño, abuelo? —me preguntó un muchacho moreno con el pelo caído sobre la frente.

Lucas hubiera aprendido a reír como ellos y a bailar en la calle. Y yo, que jamás había sabido lo que era prescindir de todo y divertirme, lo hubiera aprendido de mi pobre chiquillo. Se hubiese alegrado más que ninguno; no le hubiera faltado dinero. Pero su boca se ha llenado de tierra. Estos eran mis pensamientos, y, con el corazón oprimido por la angustia familiar, me senté en la terraza de un café en pleno regocijo.

Y, de pronto, entre la multitud que pasaba por las aceras, me vi a mí mismo: era Roberto, acompañado de un camarada de aspecto miserable. Aborrezco las largas piernas de Roberto, ese busto escaso como el mío y esa cabeza pegada a los hombros. En él se han acentuado todos mis defectos. Yo tengo la cara alargada, pero su rostro es caballuno y su figura de corcovado. También su voz es la de

un corcovado. Le llamé. Abandonó a su camarada y miró en torno suyo con ansiedad.

—Aquí no —me dijo—. Le espero en la acera de la derecha de la calle Campagne—Première.

Le indiqué que no podíamos estar mejor escondidos que en medio de aquel barullo. Se dejó convencer, abandonó a su camarada y se sentó a mi mesa.

Tenía en la mano un periódico deportivo. Por no estar en silencio, intenté hablar de caballos. En otro tiempo, el viejo Fondaudége me había acostumbrado a ello. Conté a Roberto que cuando mi suegro apostaba hacía intervenir en su elección las consideraciones más diversas, no solamente los orígenes lejanos del caballo, sino la naturaleza del terreno que él prefería... Me interrumpió.

Yo consigo los datos en "Dermas"... —Era la tienda de telas en donde había ido a hundirse, situada en la calle Petit—Champs.

Por otra parte, lo que le interesaba era ganar; los caballos le fastidiaban.

—Lo que me gusta —añadió— es la bici. Y sus ojos brillaron.

—Pronto —le dije— será el auto...

—¡Piénselo!

Humedeció con saliva su pulgar, cogió una hoja de papel y lió un cigarrillo. De nuevo el silencio. Le pregunté si la crisis actual se dejaba sentir en la casa donde trabajaba. Me contestó que habían despedido a una parte del personal, pero que él no corría peligro

alguno. Jamás sus reflexiones se salían fuera del estrecho círculo de sus conveniencias particulares. Sobre este bruto iban a caer millones.

"¿Y si los distribuyera en obras benéficas, o los entregara en propia mano? —pensaba—. Pero no, ellos conseguirían impedirlo... ¿Por testamento? Sería imposible sobrepasar la cuota disponible. ¡Ah, Lucas, si tú vivieras!... Cierto que él no hubiese aceptado, pero yo hubiera encontrado el medio de enriquecerle sin que sospechara que era yo... Por ejemplo, dándoselo como dote a la mujer que hubiese amado..."

—Dígame, señor...

Roberto acariciaba su mejilla con su mano roja y de dedos nudosos. Añadió:

—Pienso que si el procurador Bourru muriera antes de que hubiésemos quemado el papel...

—Le sucedería su hijo. El arma que te dejaré contra Bourru serviría, si se presentara el caso, contra su hijo.

Roberto continuaba acariciándose la mejilla. Yo no intenté hablar más. La opresión cardíaca, esta contracción horrible, bastaba para distraerme.

—Dígame, señor... Supongamos que Bourru quema el papel; yo le entrego aquel que me dé usted para obligarle a cumplir su promesa. Pero, después de esto, ¿quién le impide ir en busca de su familia y decir a sus hijos: "Sé dónde está el dinero. Les vendo mi secreto; pido tanto por revelarlo y tanto si ustedes lo consiguen..."? Puede exigir que su nombre no aparezca para nada... Así no arriesga lo más

mínimo. Se efectuará una investigación; se sabrá que soy hijo de usted, que mi madre y yo hemos cambiado nuestro tren de vida después de su muerte. Y ocurrirán dos cosas: o bien hemos declarado la cantidad exacta para el impuesto sobre la renta, o bien la hemos ocultado...

Hablaba claramente. Su espíritu se desentumecía. Lentamente, la máquina de pensar se había puesto en marcha y no se detenía. Lo más fuerte en aquel hortera era el instinto campesino de prevención, de desconfianza, de horror al riesgo, y el cuidado de no dejar nada al azar. Sin duda alguna, hubiese preferido cien mil francos en la mano que disimular aquella enorme fortuna.

Aguardé a que mi corazón se sintiera aliviado y disminuyera la opresión.

—Hay algo de verdad en todo esto que dices. Bien, acepto. No firmarás ningún papel. Confío en ti. Por otra parte, siempre me será fácil probar que ese dinero me pertenece. Pero esto no tiene importancia; en un plazo de seis meses o en un año, poco más o menos, habré muerto.

No hizo ademán alguno para protestar; no halló la palabra trivial que no importa quién la hubiese pronunciado. No porque fuese más insensible que cualquier muchacho de su edad, sino porque era un mal educado.

—Esto cambia de aspecto —dijo; rumió su idea durante algunos momentos y añadió—: Será preciso que vaya de vez en cuando a ver

la caja para que me conozcan en el Banco. Yo iría a buscar su dinero...

—De acuerdo —añadí—. Poseo varias cajas en el extranjero. Si quieres, si consideras más seguro...

—¿Dejar Paname? Perfectamente.

Le indiqué que podría permanecer en París y desplazarse cuando fuera necesario. Me preguntó si la fortuna estaba compuesta de acciones o efectivo, y añadió:

—Quisiera, de todos modos, que me escribiera usted una carta en la que manifestara que, en pleno uso de sus facultades mentales, me lega libremente su fortuna... En caso de que se descubra el pastel y los otros me acusen de robo... Y, además, para descargo de mi conciencia. —Se calló de nuevo, compró unos cacahuetses que comenzó a comer vorazmente, como si tuviera hambre, y dijo de pronto:— En fin, ¿qué es lo que han hecho los otros?

—Toma lo que te ofrezco —añadí secamente— y no te metas en honduras.

Sus blandas mejillas se colorearon ligeramente. Sus labios dibujaron esa sonrisa ofendida con la que debía de tener la costumbre de responder a las reprimendas de su patrono, y descubrió así sus dientes sanos y puntiagudos, la única gracia de aquel rostro ingrato.

Mondaba los cacahuetses sin decir nada. No estaba deslumbrado. Evidentemente, hacía trabajar su imaginación. Me había dado de manos a boca con el único ser capaz de advertir los más leves

riesgos de esta prodigiosa jugada de la suerte. A toda costa, quise deslumbrarle.

—¿Tienes alguna amiguita? —le pregunté a quemarropa—. Podrías casarte con ella y vivir como los ricos burgueses. —Y como hiciera un vago ademán e inclinara su triste cabeza, añadí:— Por otra parte, podrías casarte con quien quieras. Si existe alguna mujer cuyo amor te fuera inaccesible...

Por primera vez aguzó el oído y vi resplandecer en sus ojos una juvenil llama.

—¡Podría casarme con la señorita Brugére!

—¿Quién es la señorita Brugére?

No, estoy diciendo tonterías. Es la principal de la casa Dermas. Imagínese, una mujer magnífica. No me ha mirado nunca; ni siquiera sabe que existo... Ya ve usted. —Y como le asegurase que con la vigésima parte de su fortuna podría casarse con cualquier "principal" de París, repitió:— ¡La señorita Brugére! —y añadió, encogiéndose de hombros:— No, no hay que pensar en eso...

Me molestaba el corazón. Llamé al camarero y Roberto tuvo entonces un gesto asombroso:

—No, señor; déjeme; puedo invitarle a esto.

Con satisfacción me embolsé el dinero que había sacado. Nos levantamos. Los músicos recogían sus instrumentos. Se habían apagado las guirnaldas de bombillas. Roberto no tendría miedo de que le vieran conmigo.

—Le acompaño —dijo.

Le pedí que caminara despacio, a causa de mi corazón. Me admiraba ver que no había hecho nada por apresurar la ejecución de mis proyectos. Le dije que si me moría aquella noche perdería toda una fortuna. Se encogió con indiferencia. En suma, había trastornado a aquel muchacho. Era poco más o menos de mi estatura. ¿Tendría alguna vez la apariencia de un caballero? Mi hijo, mi heredero ¡parecía tan mezquino!... Intenté dar a nuestras conversaciones un giro más íntimo. Le aseguré que no había dejado de pensar, sin sentir profundos remordimientos, en el abandono en que los había tenido a él y a su madre. Parecía sorprendido. Creyó "muy bonito" que les hubiese asegurado una renta regular.

—Hay muchos que no hubieran hecho lo mismo —y añadió esta frase horrible—: Y puesto que no era usted el primero...

Evidentemente, juzgaba a su madre sin ninguna indulgencia. Al llegar a la puerta de mi casa, me dijo de pronto:

—Debería emprender un negocio que me obligara a frecuentar la Bolsa. Esto explicaría mi fortuna...

—Guárdate de eso —le dije—. Lo perderías todo.

Es por el impuesto sobre la renta; si el inspector efectuara una investigación...

Miró la acera con aire preocupado.

—Pero es dinero en efectivo, una fortuna anónima, depositada en cajas que nadie tiene derecho a abrir, excepto tú.

—Sí, indudablemente, pero...

Colérico, le di con la puerta en las narices.

Capítulo quince

Cálese

A través del cristal donde una mosca tropieza contemplo los adormecidos ribazos. El viento arrastra gimiendo las pesadas nubes cuyas sombras se deslizan por la llanura. Ese silencio de muerte significa la espera universal del primer trueno.

—Las viñas tienen miedo —dijo María un triste día de verano parecido a éste, hace treinta años.

He vuelto a abrir este cuaderno. Es mi tarea. Examino los rasgos, la huella de la uña del dedo meñique bajo las líneas. Llegaré al fin de esta historia. Sé ahora a quién la destino; es necesario que la confesión se haga; pero habré de suprimir muchas páginas, cuya lectura se haría insoportable. Incluso yo no puedo releer una palabra. Me interrumpo a cada instante y oculto la cara entre las manos. He aquí al hombre, he aquí a un hombre entre los hombres, heme aquí. Podéis insultarme; no existo.

Aquella noche, del 13 al 14 de julio, después de haber dejado a Roberto, apenas si tuve fuerzas para desnudarme y tenderme sobre mi lecho. Me ahogaba un peso enorme, y, a pesar de los ahogos, no

me moría. Estaba abierta la ventana. ¡Si hubiera vivido en un quinto piso!... Pero desde el primero tal vez no me hubiera matado, y esta consideración me detuvo. Apenas pude tender el brazo para coger las pildoras que, por costumbre, me alivian.

Al alba se dejó oír, por fin, el timbre. Un médico de barrio me hizo una sangría. Recobré el aliento. Me ordenó absoluta inmovilidad. El exceso de dolor nos hace más obedientes que un niño. Me hubiese guardado mucho de moverme. La pesadez y el mal olor de la habitación, de los muebles, el rumor de aquel 14 de julio tempestuoso, no me molestaban, puesto que no sufría: yo no quería nada más. Roberto me visitó una noche y no volví a verle. Su madre, a la salida del despacho, pasaba dos horas a mi lado, me hacía algunos pequeños servicios y me entregaba el correo del apartado. Ninguna carta de mi familia.

No me quejaba; obedecía a todo y tomaba todo lo que me habían ordenado. Ella cambiaba de conversación cuando yo le hablaba de nuestros proyectos.

—No corren ninguna prisa —repetía.

—Esta es la prueba —y, con un suspiro, señalaba mi pecho.

—Mi madre vivió hasta los ochenta años con ataques más fuertes que los suyos.

Una mañana me encontré mejor de lo que había estado durante mucho tiempo. Tenía hambre, y lo que se me servía en aquella casa era incomible. Tuve deseos de ir a comer a un pequeño restaurante del bulevar Saint—Germain, cuya cocina era de mi agrado. La cuenta

me producía allí menos asombro y cólera de la que experimentaba en la mayor parte de los figones donde acostumbraba a sentarme con el temor de gastar demasiado.

El taxi me dejó en una esquina de la calle de Rennes. Di algunos pasos para probar mis fuerzas. Todo iba bien. No era aún mediodía y decidí beber una botella de Vichy en los *Deux Magots*. Me instalé en— el interior y contemplé distraídamente el bulevar.

Me dio un vuelco el corazón. En la terraza, separado de mí por el espesor del cristal, reconocí aquellos hombros estrechos, aquella calvicie, aquella nuca ya gris y aquellas orejas planas y abiertas... Huberto estaba allí. Leía con sus ojos miopes un diario cuyas páginas casi tocaba su nariz. Evidentemente, no me había visto entrar. Se apaciguaron los latidos de mi corazón enfermo. Me invadió una horrible alegría. Yo le espiaba y él no sabía que me encontraba allí.

No hubiese podido imaginar a Huberto en otro sitio distinto de una terraza de los Bulevares. ¿Qué hacía en aquel barrio? No había ido allí sin una intención preconcebida. Después de haber pagado mi botella de Vichy, no tenía más que esperar para levantarme en cuanto fuera necesario.

Evidentemente, aguardaba a alguien; miraba su reloj. Yo creía haber adivinado qué persona iría a deslizarse entre las mesas hasta él, y casi me decepcioné al ver bajar de un taxi al marido de Genoveva. Alfredo llevaba el *canotier* sobre la oreja. Lejos de su mujer, aquel pequeño y grueso cuadragenario presumía cuanto le era posible. Llevaba un traje demasiado claro y sus zapatos eran

demasiado amarillos. Su elegancia provinciana contrastaba con la manera de vestir de Huberto, "que se viste como un Fondaudége", como decía Isa.

Alfredo se quitó el sombrero y se secó la frente brillante. Vació de un trago el aperitivo que le sirvieron. Su cuñado estaba ya de pie y consultaba su reloj. Me dispuse a seguirlos. Sin duda tomarían un taxi. Intentaría hacer lo mismo y no perderlos de vista: difícil maniobra. En fin, era ya mucho haber descubierto su presencia. Esperé para salir a que se encontraran en la acera. No hicieron seña alguna a ningún chófer y atravesaron la plaza. Se dirigieron charlando hacia Saint—Germain—des—Prés. ¡Qué sorpresa y qué alegría! Penetraron en la iglesia. Un policía que ve al ladrón penetrar en la ratonera no experimenta una sensación tan deliciosa como la que me embargaba en aquel momento. Les di mayor ventaja; hubieran podido volverse, pues si mi hijo era miope, mi yerno gozaba de una vista excelente. A pesar de mi impaciencia, me esforcé en permanecer dos minutos sobre la acera. Luego, a mi vez, entré en el templo.

Era un poco más de las doce. Avanzaba con precaución por la nave casi vacía. No tardé en darme cuenta de que lo buscado no se encontraba allí. Inmediatamente se me ocurrió pensar que tal vez me hubieran visto y que habían entrado en la iglesia para despistarme, saliendo después por una puerta lateral. Volví sobre mis pasos y me dirigí a la nave lateral, a la derecha, y me oculté tras las enormes columnas. Y de pronto, en el lugar más oscuro del ábside, a contraluz, descubrí a los dos. Se habían colocado a ambos lados de

un tercer personaje de espalda humilde y abombada, cuya presencia no me sorprendió. Era, precisamente, la misma persona que yo había esperado que se deslizara entre las mesas al encuentro de mi hijo legítimo: era el otro, la pobre larva, Roberto.

Había presentido esta traición, pero, por pereza o fatiga, no me había entretenido en pensar en ella. Desde nuestra primera entrevista me pareció que aquella criatura miserable, aquel siervo, no tendría escrúpulos, y que su madre, atormentada por los recuerdos judiciales, le aconsejaría que se pusiera en connivencia con la familia y vendiera su secreto lo más caro posible. Contemplé la nuca de aquel imbécil. El estaba sólidamente encuadrado entre dos burgueses, uno de los cuales, Alfredo, era lo que se llama un hombre de buena pasta —un hombre, además, muy apegado a sus intereses, pero esto era lo que le valía—, y el otro, mi querido Hubertito, tenía los dientes largos y en sus ademanes esa autoridad cortante que ha heredado de mí y contra la cual Roberto no tendría escapatoria. Los observaba tras la columna como se observa a una araña que ha apresado a una mosca, habiendo decidido interiormente destruir a la vez a la mosca y a la araña. Roberto bajó un poco más la cabeza. Debió de haber comenzado diciéndoles:

—Partes iguales...

Se creía el más fuerte. Pero el imbécil se había entregado a ellos en el momento de conocerlos y tendría que pasar por donde ellos quisieran. Y yo, testigo de aquella lucha, que era el único en saber lo inútil y vana que era, me sentí como un dios, dispuesto a exterminar a

aquellos débiles insectos con mi poderosa mano, a aplastar con el pie a aquellas víboras enroscadas. Y reía.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Roberto guardó silencio. Huberto hablaba copiosamente, sin duda dictando órdenes, y el otro asentía con pequeños movimientos de cabeza. Vi redondearse sus sumisos hombros. Alfredo, recostado en la silla de anea como en una butaca, tenía el pie derecho cruzado sobre la rodilla izquierda y se balanceaba con la cabeza vuelta. Y yo veía su gruesa cara desvanecida, biliosa, negra a causa de la barba.

Por fin se levantaron. Los seguí subrepticamente. Caminaban despacio; Roberto iba en medio, con la cabeza baja, como si anduviera esposado. Tras sus espaldas, sus gruesas y rojas manos apretujaban un sombrero flexible de un color gris sucio y descolorido. Yo creía que nada podría asombrarme más. Me engañé: mientras Alfredo y Roberto se dirigían a la puerta. Huberto sumergió su mano en la pila del agua bendita y, vuelto al altar mayor, se santiguó.

Nada me apremiaba ya; podría permanecer tranquilo. ¿Para qué seguirlos? Sabía que aquella misma noche o al día siguiente Roberto me daría prisa para llevar a cabo mis proyectos. ¿Qué le diría? Había tiempo de reflexionar. Comencé a sentir fatiga. Me senté. De momento, lo que dominaba mis pensamientos hasta ocultar todos los demás era la irritación que me había producido el piadoso ademán de Huberto. Una muchacha de modesto aspecto y cara vulgar dejó a su lado una sombrerera y se arrodilló ante la fila de sillas que se hallaba ante la mía. Estaba de perfil, con el cuello un poco doblado y los ojos

fijos en el pequeño y distante sagrario que Huberto, una vez cumplido su deber familiar, había saludado tan respetuosamente. La muchacha sonreía un poco y no se movía.

Entraron luego dos seminaristas: uno de ellos, alto y delgado, me recordó al abate Ardouin; el otro era más bajo y sonrosado. Se inclinaron y parecieron, ellos también, atacados de inmovilidad. Miré a donde ellos miraban: quería ver lo que veían.

"En fin, aquí no hay nada —me dije—, excepto silencio, frescor y el olor de las piedras viejas en la sombra."

De nuevo atrajo mi atención la cara de la modistilla. Sus ojos estaban cerrados; sus párpados de largas pestañas me recordaban los de María en su lecho de muerte. Sentí muy próximo, al alcance de mi mano, y, sin embargo, a una distancia infinita, un desconocido mundo de bondad. Isa me decía frecuentemente:

—Tú, que no ves más que el mal..., que ves el mal por todas partes...

Era verdad y no lo era.

Capítulo dieciséis

Almorcé tranquilo, casi contento, con un bienestar que no conocía desde hacía mucho tiempo, como si la traición de Roberto, lejos de

dar al traste con mis planes, me hubiera facilitado su desarrollo. Pensaba que un hombre de mi edad, cuya vida está amenazada al cabo de los años, no busca muy lejos las razones de sus cambios de humor: son orgánicas. El mito de Prometeo significa que toda la tristeza del mundo radica en el hígado. Pero, ¿quién se atrevería a reconocer una verdad tan sencilla? No me encontraba mal. Digería perfectamente aquel trozo de carne sangrante asada a la parrilla. Estaba contento de que el trozo fuera lo suficientemente abundante que me evitara gastar en otro plato. Tomaría queso para postre: es lo que alimenta más por menos dinero.

¿Cuál sería mi actitud hacia Roberto? Era necesario cambiar más baterías; pero yo no podía fijar mi atención en tales problemas. Por otra parte, ¿qué necesidad tenía de romperme la cabeza con otro plan? Sería mejor que confiara en la inspiración. No me atrevía a confesarme el placer que había de experimentar jugando como un gato con aquel triste ratón. Roberto estaba muy lejos de creer que yo sospechaba algo. ¿Es esto crueldad? Sí; soy cruel. Pero no más que otros, como los demás, como los niños, como las mujeres, como todos aquellos —pensaba en la modistilla que había visto en Saint—Germain—des—Prés—, como todos aquellos que no tienen la mansedumbre del Cordero.

Volví en taxi a la calle Bréa y me acosté. Los estudiantes que llenaban aquella pensión se habían ido de vacaciones. Reposé, pues, en medio de una gran calma. Sin embargo, la puerta de cristales, velada por cortinillas sucias, quitaba toda intimidad a aquella alcoba.

Varias pequeñas molduras de madera de un lecho Enrique II estaban descoladas y reunidas en un joyero de bronce dorado que servía de adorno a la chimenea. Grupos de manchas se distribuían sobre el papel jaspeado y brillante de las paredes. Incluso con la ventana abierta, el olor de la pomposa mesilla de noche, sobre la que había un mármol rojo, llenaba la estancia. Cubría el mármol un tapete del color de la mostaza. Este conjunto se me antojaba un resumen de la fealdad y de la pretensión humana.

Me despertó el ruido de unas faldas. La madre de Roberto se hallaba a mi cabecera, y lo primero que vi fue su sonrisa. Su obsequiosa actitud hubiera bastado para hacerme desconfiar, si no hubiese sabido nada, y advertirme que había sido traicionado. Cierta clase de cortesía es siempre signo de traición. Le sonreí también y le aseguré que me encontraba mejor. Su nariz no era tan gruesa hace veinte años. Para poblar su enorme boca poseía entonces los bellos dientes que ha heredado Roberto. Pero ahora se desvanecía su sonrisa en grandes dientes postizos. Se habría visto obligada a caminar con rapidez, y su hedor ácido luchaba victoriosamente con el de la mesilla de mármol rojo. Le rogué que abriera un poco más la ventana. Lo hizo, volvió a mi lado y me sonrió de nuevo. Ya que me encontraba bien, me advirtió que Roberto se pondría a mi disposición para hacer "aquello". Precisamente al día siguiente, sábado, estaría libre por la tarde. Le recordé que los Bancos estaban cerrados los sábados desde mediodía. Dijo entonces que Roberto pediría permiso para salir el lunes por la mañana. Lo obtendría sin dificultad.

Por otra parte, no tendría ya necesidad de tratar con miramiento a sus patronos.

Parecía asombrada cuando insistí en que Roberto conservase todavía su puesto durante algunas semanas. Al despedirse, me advirtió que al día siguiente iría acompañada de su hijo; le contesté que le dejara ir solo: quería hablar un poco con él, conocerle mejor... La pobre tonta no disimuló su inquietud; sin duda, tenía miedo de que su hijo se traicionara. Pero cuando hablo con determinado tono, nadie se atreve a oponerse a mis decisiones.

Evidentemente era ella quien había impulsado a Roberto a tener connivencia con mis hijos. Yo conocía demasiado a aquel muchacho tímido y ansioso para poner en tela de juicio la perplejidad en que debía de haberle sumido la actitud que había adoptado.

Cuando al día siguiente por la mañana entró el miserable, mi primera ojeada me bastó para saber que no habían fallado mis previsiones. Sus ojeras delataban al hombre que no ha dormido. Su mirada esquivaba la mía. Le hice sentarse y me interesé por su aspecto. En fin, me mostré afectuoso, casi tierno. Le describí, con la elocuencia de un gran abogado, la vida de felicidad que se abría ante él; le evoqué la casa y el jardín de diez hectáreas que iba a comprar a su nombre en Saint—Germain. La amueblaría enteramente con muebles antiguos. Tendría un estanque con peces, un garaje capaz para cuatro coches y muchas otras cosas que añadía a medida que se me ocurrían. Cuando le hablé del coche y le propuse una de las más importantes marcas americanas, me hallé ante un hombre en la

agonía. Evidentemente, había debido comprometerse a no aceptar un céntimo mientras yo viviera.

—No tendré ninguna dificultad —añadí—; la escritura de compra la firmarás tú. Ya he dejado aparte, para entregártelas a partir del lunes, cierto número de obligaciones que te asegurarán unos cien mil francos de renta. Con esto podrás esperar. Pero la mayor parte de mi fortuna se encuentra en Amsterdam. La próxima semana iremos allí con objeto de disponerlo todo... Pero, ¿qué es lo que te pasa, Roberto?

El balbuceó:

—No, señor, no...; no quiero nada antes de su muerte. No me gusta esto... No quiero desposeerle de nada. No insista. Me apenaría mucho.

Estaba apoyado en el armario, sosteniéndose el codo derecho con la mano izquierda y mordiéndose las uñas. Mis ojos fijaron en él esa mirada tan temida en el Palacio de Justicia por el contrincante y que, cuando era acusador privado, sólo se apartaba de mi víctima cuando ésta se desplomaba entre los brazos del gendarme.

En el fondo, le perdonaba; yo experimentaba un sentimiento de liberación: hubiese sido terrible acabar la vida con aquella larva. No le odiaba. Lo apartaría de mi lado sin fulminarlo. Pero aun podía divertirme un poco a su costa:

¡Cuan bellos sentimientos tienes, Roberto! Está muy bien esperar a que muera. Pero yo no acepto el sacrificio. Entrarás en posesión de todo desde el lunes. A fin de semana se hallará a tu nombre una

buena parte de mi fortuna... —y como él protestara—: Tomarla o dejarla —añadí secamente.

Esquivando mi mirada, me pidió algunos días para reflexionar. El tiempo de escribir a Burdeos y esperar las órdenes. ¡Pobre idiota!

—Te aseguro que me asombras, Roberto. Tu actitud es muy extraña.

Creí haber dulcificado mi mirada, pero aun era más dura. Roberto murmuró con voz inexpresiva:

—¿Por qué me mira usted así? Y yo, imitándole a pesar mío, dije:

—¿Por qué te miro así? Y tú, ¿por qué no puedes sostener mi mirada?

Aquellos que están acostumbrados a ser amados hallan instintivamente los ademanes y palabras que pueden conmover. Pero yo estoy de tal modo acostumbrado a que me odien y a atemorizar, que mis pupilas, mis cejas, mi voz y mi risa se hacen dócilmente cómplices de ese don tremendo y se anteponen a mi voluntad. Así se encogía aquel muchacho bajo una mirada que yo hubiese querido que fuera indulgente. Cuanto más reía, más le parecía el sonido de mi risa un presagio siniestro. Del mismo modo que se remata a un animal, le pregunté bruscamente:

—¿Cuánto te han ofrecido los otros?

Mi familiaridad, quisiera o no, era más despreciativa que amistosa. Balbuceó:

—¿Quiénes?

Y su voz tenía un terror casi religioso.

—Los dos señores —le dije—; el gordo y el delgado... Sí, ¡el delgado y el gordo!

Sentía deseos de terminar de una vez. Me horrorizaba prolongar aquella escena, como cuando no se atreve uno a aplastar con el tacón a un ciempiés.

—Vete —le dije—; te perdono.

—Yo no quería... Fue...

Le tapé la boca con la mano. No hubiese podido soportar que culpara a su madre.

—¡Calla! No nombres a nadie... Veamos, ¿cuánto te han ofrecido? ¿Un millón? ¿Quinientos mil? ¿Menos? ¡No es posible! ¿Trescientos? ¿Doscientos?

Sacudía la cabeza lastimosamente.

—No, una renta —dijo en voz baja—. Esto es lo que nos ha tentado. Era más seguro. Doce mil francos anuales.

—¿A partir de hoy?

—No, en cuanto hubieran entrado en posesión de la herencia... No habían previsto que usted quisiera hacerlo rápidamente... Pero, ¿es demasiado tarde?... Ciertamente es que ellos hubieran podido perseguirnos judicialmente..., a menos de engañarlos... ¡Ah, qué bestia he sido! He sido bien castigado...

Lloraba desagradablemente, sentado sobre la cama. Colgaba una de sus enormes manos, hinchada de sangre.

—También yo soy hijo suyo —dijo después—. No me abandone.

Y con un torpe ademán intentó pasar su brazo bajo mi cuello. Me desprendí de él, pero dulcemente. Me dirigí a la ventana y, sin volverme, le dije:

—A partir del primero de agosto recibirá usted mil quinientos francos mensuales. Inmediatamente tomaré las disposiciones necesarias para que se le pase esta renta durante el tiempo que le quede a usted de vida. En caso de que usted muera, la renta será entregada a su madre. Naturalmente, mi familia debe ignorar que conozco la conspiración de Saint—Germain—des—Prés —se sobresaltó al oír el nombre de la iglesia—. Es inútil que le diga a usted que a la menor indiscreción que cometa lo perderá todo. Como desquite, me tendrá usted al corriente de todo lo que se trame contra mí.

Sabía ya que no se me escaparía nada y que a Roberto había de costarle mucho traicionarme en esta ocasión. Le di a entender que no tenía interés alguno en verle ni a él ni a su madre. Deberían escribirme al apartado, al número de costumbre.

—¿Cuándo se van de París sus cómplices de Saint—Germain—des—Prés ?

Me aseguró que la víspera habían tomado el tren de la noche. Interrumpí inmediatamente la afectada expresión de su gratitud y sus promesas. Sin duda, debía de estar estupefacto. Una divinidad fantástica, de imprevisibles designios y a la que él había traicionado, le cogía, le soltaba y volvía a cogerle... Cerraba los ojos y dejaba

hacer. Con el espinazo inclinado y las orejas gachas, se llevaba, abatido, el hueso que le había arrojado.

Al salir, se volvió y me preguntó cómo recibiría aquella renta, por qué intermediario.

—La recibirá usted, y es bastante —le dije secamente—. Cumplo siempre lo que prometo. Lo demás no le importa a usted nada.

Con la mano en el picaporte, vaciló aún.

—Me gustaría más que fuese un seguro de vida, una renta vitalicia..., algo parecido, en una sociedad seria... Me sentiría más tranquilo; no estaría preocupado...

Abrí violentamente la puerta que él había entreabierto y lo empujé al pasillo.

Capítulo diecisiete

Me apoyé en la chimenea y conté maquinalmente los trozos de madera barnizada reunidos en el joyero.

Había pensado durante muchos años en aquel hijo desconocido. A lo largo de mi pobre vida, jamás había perdido el sentimiento de su

existencia. En un lugar determinado había un niño nacido de mí a quien podía encontrar y que tal vez fuera mi consuelo. Lo modesto de su condición lo acercaba más a mí. Me era dulce pensar que en nada se parecería a mi hijo legítimo. Le concedí, al mismo tiempo, esa sencillez y esa cordialidad que no son raras en el pueblo. En fin, jugaba mi última carta. Yo sabía que fuera de él no podía esperar nada de nadie, que no me quedaba más solución que acurrucarme y volverme de cara a la pared. Durante cuarenta años había creído consentir en el odio, en el que inspiraba y en el que sentía. Como los demás, alimentaba, sin embargo, una esperanza, y había engañado mi hambre como había podido, hasta el momento en que fui desalojado de mi última posición. Ahora, todo había terminado.

Ni siquiera me quedaba el horrible placer de combinar planes para desheredar a los que no me querían. Roberto les había avisado; no tardarían en descubrir mis cajas, incluso aquellas que no estaban a mi nombre. ¿Inventar otra cosa? ¡Ah! Vivir aún, vivir el tiempo necesario para gastarlo todo... Morir y que no hallaran el dinero suficiente para pagar un entierro de tercera. Pero después de toda una vida de economía, y cuando he satisfecho esta pasión del ahorro durante tantos años, ¿cómo aprender, a mi edad, los rasgos de los generosos? Y, por otra parte, pensaba que los hijos me vigilarían. No podría hacer nada en este sentido sin poner en sus manos un arma terrible... Era necesario arruinarme en la sombra, lentamente...

¡Ay! ¡No sabría arruinarme! Jamás llegaría a perder mi dinero. Si fuese posible hundirme en mi sepultura, volver a la tierra, estrechando

entre mis brazos el oro, los billetes, las acciones... Si yo pudiera desmentir a aquellos que dicen que los bienes de este mundo no nos acompañan en la muerte...

Están las "obras"; las buenas obras son los escotillones que todo lo hacen desaparecer. Donativos anónimos que enviaría a Beneficencia, a las Hermanitas de los Pobres. ¿No podría, al fin, pensar en otros que no fueran mis enemigos? Pero el horror a la vejez es que ésta es el total de una vida, un total en el que no sabríamos cambiar una cifra. He tardado sesenta años en convertirme en este anciano muerto de odio. Soy lo que soy; sería necesario convertirme en otro... ¡Oh, Dios, Dios, si Tú existieras!...

Al anochecer entró una muchacha para arreglarme la cama. No cerró los postigos y me acosté en la sombra. Los ruidos de la calle y la luz de los faroles no me impedían dormir. Me despertaba brevemente, como cuando, de viaje, se detiene el tren, pero volvía a adormecerme. A pesar de que no me sentía enfermo, me parecía que debía permanecer así y esperar pacientemente a que mi sueño se hiciera eterno.

Tenía aún que disponer lo de la renta de Roberto, y quería también pasar por el apartado, puesto que ya nadie me entregaba mi correspondencia. Desde hacía tres días no había leído mi correo. Esta espera de la carta desconocida y que sobrevive a todo, ¡qué signo es de que la esperanza no se ha perdido y de que queda siempre en nosotros esa semilla!

La preocupación por el correo me dio fuerzas para levantarme al día siguiente, a mediodía, y marchar al apartado. Llovía; como no tenía paraguas, caminaba pegado a las paredes. Mi proceder despertaba la curiosidad y la gente se volvía. Yo sentía deseos de gritarles:

—¿Qué tengo de extraordinario? ¿Creéis que estoy loco? No hay que decir que mis hijos se aprovecharían de esto. No me miréis así. Soy como los demás, salvo que mis hijos me odian y que tengo que defenderme de ellos. Pero esto no es estar loco. Algunas veces estoy bajo los efectos de todas las drogas que me obliga a ingerir mi angina de pecho. Si hablo solo es porque siempre estoy solo. Al hombre le es necesario el diálogo. ¿Qué hay de particular en los ademanes y en las palabras de un hombre solo?

El paquete que recogí contenía impresos, algunas cartas de Bancos y tres telegramas. Sin duda se trataba de alguna orden bursátil que no había podido ser ejecutada. Esperé para abrirlas a estar sentado en una taberna. En largas mesas, unos albañiles, especie de payasos de todas las edades, comían lentamente su pitanza y bebían su litro de vino sin pronunciar palabra. Habían trabajado toda la mañana bajo la lluvia. Volverían a la una y media. Era a fines de julio. La gente llenaba las estaciones. ¿Comprenderían ellos mi tormento? ¡Sin duda! Y ¿cómo lo había de ignorar un viejo abogado?

En el primer asunto en que intervine en mi carrera pleiteaban unos hijos que no querían mantener a su padre. El desgraciado cambiaba

cada tres meses de hogar; maldito siempre, estaba de acuerdo con sus hijos en llamar a gritos a la muerte que había de librarlos de él. ¡En cuántas alquerías había asistido yo al drama de ese viejo que, habiéndose negado durante mucho tiempo a hacer entrega de sus bienes, concluyó luego dejándose convencer, hasta que sus hijos le dejaban morir de trabajo y de hambre! Sí, aquel delgado y nudoso albañil, que a dos pasos de mí masticaba lentamente el pan entre sus encías desnudas, debía saber de esto.

Hoy día, un anciano bien vestido no asombra a nadie en una taberna. Despedazaba un blancuzco trozo de conejo y me entretenía contemplando las gotas de lluvia que se unían sobre el cristal. Descifré, al revés, el nombre del propietario de la taberna. Al buscar mi pañuelo tropezó mi mano con el paquete de cartas. Me puse los lentes y abrí al azar un telegrama: "Exequias mamá mañana veintitrés julio a las nueve iglesia San Luis". Estaba fechado aquella misma mañana. Los otros dos, expedidos la antevíspera, debían de haber sido puestos con algunas horas de intervalo. Uno decía: "Mamá peor, ven". El otro: "Mamá falleció". Los tres estaban firmados por Huberto.

Arrugué los telegramas y continué comiendo, preocupado porque era necesario hallar las fuerzas suficientes para tomar el tren de la noche. Durante algunos minutos no pensé más que en esto; luego, otro sentimiento se abrió paso en mí: el estupor de sobrevivir a Isa. Se daba por descontada mi muerte. El que yo muriera primero estaba fuera de duda para mí y para todos. Proyectos, estratagemas, conspiraciones: no tenían otro objeto que la proximidad de mi muerte.

Lo mismo que mi familia, no poseía a ese respecto la menor duda. Había un aspecto de mi mujer que nunca había perdido de vista: sería mi viuda, aquella persona a quien habían de molestarle sus crespones cuando abriera el arca. Una perturbación en los astros no me hubiese causado mayor sorpresa, mayor malestar que aquella muerte. Contra mi voluntad, el hombre de negocios que había en mí comenzaba a examinar la situación y la ventaja que podría obtener sobre mis enemigos. Tales eran mis sentimientos en el instante en que el tren se ponía en marcha.

Entonces, mi imaginación entró en juego. Por primera vez vi a Isa tal como debía de haber estado en su lecho la víspera y la antevíspera. Imaginaba el cuadro, su habitación en Cálese —ignoraba que había muerto en Burdeos—. Murmuré:

—En un ataúd...

Y cedí a un ruin consuelo. ¿Cuál hubiera sido mi actitud? ¿Qué hubiera hecho bajo la mirada atenta y hostil de mis hijos? El problema estaba resuelto. Por lo demás, el lecho en el cual debería acostarme en cuanto llegara evitaría toda dificultad. Porque no había que pensar en que pudiese asistir a sus exequias: de momento, acababa de esforzarme en vano por llegar a los lavabos. No me asustaba esta impotencia. Habiendo muerto Isa, yo no tardaría en morir. Mi turno había pasado. Pero tenía miedo de un ataque, tanto más cuanto que estaba solo en mi departamento. Sin duda, Huberto me esperaría en la estación. Yo había teleografiado...

No, no era él. ¡Qué alivio cuando vi aparecer la cara redonda de Alfredo, descompuesta por el insomnio! Pareció asustarse al verme. Me vi obligado a cogermelo a su brazo y no pude subir solo al coche. Rodamos por el triste Burdeos una mañana lluviosa, a través de un barrio de mataderos y escuelas. No tenía ganas de hablar. Alfredo entraba en los más insignificantes pormenores: describía el lugar exacto del jardín público donde Isa se había desmayado: un poco antes de llegar a los invernaderos, ante el macizo de palmeras, y la farmacia adonde había sido llevada; la dificultad de conducir su cuerpo, tan pesado, para colocarlo en su cama del primer piso. La sangría, la punción... Había conservado el conocimiento durante toda la noche, a pesar de la hemorragia cerebral. Me había llamado por signos, insistentemente, y se había dormido después, en el momento en que un sacerdote llegaba con los Santos Óleos. "Pero ella había comulgado la víspera..."

Alfredo quería dejarme ante la casa, ya enlutada, y continuar su camino bajo el pretexto de que apenas tenía tiempo de vestirse para la ceremonia. Pero hubo de resignarse a ayudarme a bajar del coche. Me ayudó también a subir los primeros peldaños. No reconocí el vestíbulo. Entre las oscuras paredes ardían unos cirios en torno a un montón de flores. Parpadeé. La extrañeza que experimentaba se parecía a la de ciertos sueños. Con lo demás, habían sido facilitadas dos religiosas inmóviles. Entre aquella aglomeración de crespones, flores y luces, la escalera habitual, con su gastada alfombra, llevaba hacia la vida diaria.

Bajó Huberto por ella. Estaba vestido muy correctamente. Me tendió la mano y me habló, pero su voz llegaba a mí de muy lejos. Quise responder y ningún sonido llegó a mis labios. Su cara se acercó a la mía, se hizo enorme; después me desmayé. Supe más tarde que aquel desvanecimiento no había durado ni tres minutos. Volví en mí en una pequeña habitación que había sido la sala de espera antes de renunciar al Foro. Las sales me escocían en las mucosas. Reconocí la voz de Genoveva:

—Ya se reanima.

Mis ojos se abrieron. Todos se habían inclinado sobre mí. Sus caras me parecían diferentes, rojas, alteradas y algunas verduscas. Janine, más fuerte que su madre, parecía tener la misma edad. Las lágrimas corrían por la cara de Huberto. Tenía esa expresión fea y conmovedora a la vez de cuando era niño, de la época en que Isa lo cogía sobre sus rodillas y le decía:

—Este chiquillo mío es un picarón.

Sólo Phili, con el traje que había paseado por todas las *boites* de París y Berlín, volvía hacia mí su bello rostro indiferente y enojado, tal como debía de mostrarlo cuando iba a una fiesta o, sobre todo, cuando volvía de ella desaliñado y ebrio, porque aun no se había anudado la corbata. Tras él distinguí a unas mujeres con manto que debían ser Olimpia y sus hijas. Otras pecheras blancas lucían en la penumbra.

Genoveva acercó a mí un vaso del que bebí unos cuantos sorbos. Le dije que me sentía mejor. Me preguntó con voz dulce y amable si

quería acostarme en seguida. Y pronuncié la primera frase que acudió a mi mente:

—Hubiese querido acompañarla hasta el final, puesto que no he podido despedirme de ella. —Y repetí como un actor que busca el tono preciso:— Puesto que no he podido despedirme de ella.

Y estas triviales palabras, que querían cubrir las apariencias y que se me habían ocurrido porque formaban parte de mi papel en la fúnebre ceremonia, despertaron en mí, con una brusca potencia, el sentimiento del cual eran ellas su expresión. No he podido discernir aún la forma en que me di cuenta de esto: no volvería a ver a mi mujer; no se produciría jamás ninguna explicación entre nosotros; no leería ella estas páginas. Las cosas quedarían para siempre en el lugar en que las había dejado al salir de Cálese. No podríamos empezar de nuevo, discutir sobre nuevos gastos; ella había muerto sin conocerme, sin saber que yo no era solamente un monstruo, un verdugo, y que existía en mí otro hombre. Incluso si hubiera llegado en el último minuto, y aun sin decir nada, ella hubiera visto las lágrimas que entonces resbalaban por mis mejillas; se hubiera ido llevándose la visión de mi desesperación.

Sólo mis hijos, mudos de estupor, contemplaban el espectáculo. Tal vez no me hubiesen visto llorar en toda su vida. Esta vieja cara huraña y tremenda, esta cabeza de Medusa cuya mirada ninguno había podido sostener, se metamorfoseaba, haciéndose humana, sencillamente. Oí decir a alguien, creo que fue a Janine:

—Si usted no se hubiera ido... ¿Por qué se fue?

Sí, ¿por qué me había ido? Pero, ¿hubiera podido llegar a tiempo? Si los telegramas no me hubiesen sido dirigidos al apartado, los hubiera recibido en la calle Bréa... Huberto cometió la imprudencia de añadir:

—Partiste sin dejar dirección... No podíamos adivinarla...

Una idea, hasta entonces confusa en mí, se aclaró de pronto. Con las manos apoyadas en los dos brazos de la butaca, me incorporé, temblando de cólera, y le grité en pleno rostro:

—¡Embustero!

Y como balbuciera: "Papá, ¿te has vuelto loco?", repetí:

—Sí, sois unos embusteros. Sabíais mi dirección. ¿Os atrevéis a decir delante de mí que no la conocíais?

Huberto protestó débilmente, diciendo:

—¿Cómo hubiésemos podido saberla?

—¿No te has relacionado acaso con una persona que estaba conmigo? ¿Te atreves a negarlo? ¡Atrévete, entonces!

La familia, petrificada, me miraba en silencio. Huberto meneaba la cabeza como un niño obstinado en una mentira.

—Por otra parte, no habéis pagado demasiado cara su traición. No habéis sido demasiado generosos, hijos míos. Doce mil francos de renta a un muchacho que os restituye una fortuna, no es nada.

Reía con esa risa que me hacía toser. Mis hijos no sabían qué decir. Philí gruñó a media voz:

—Una cochinada...

Y continué, bajando la voz, ante un ademán suplicante de Huberto, que intentaba en vano hablar:

—Por vuestra causa no he vuelto a verla. Estabais al corriente de todos mis actos; pero era necesario que yo no pudiera sospechar. Si hubieseis telegrafiado a la calle Bréa, hubiera comprendido que me habían traicionado. Por nada del mundo lo hubieseis consentido, ni siquiera ante las súplicas de vuestra madre agonizante. Sin duda lo habréis lamentado, pero no deseabais moveros de la ruta que os habíais trazado...

Les dije aún cosas mucho más horribles. Huberto suplicó a su hermana con voz entrecortada:

—¡Hazle callar! ¡Hazle callar! Van a oírlo... Genoveva me cogió de los hombros y me hizo sentar.

—No es éste el momento, papá. Volveremos a hablar de todo cuando estemos tranquilos, pero te ruego, en nombre de la que todavía está aquí...

Huberto, lívido, se llevó un dedo a los labios. Entraba el maestro de ceremonias con la lista de personas que habían de llevar una cinta. Di algunos pasos. Quería caminar sin ayuda de nadie. La familia se apartó ante mí, y avancé vacilando. Pude franquear el umbral de la capilla ardiente y dejarme caer en un reclinatorio.

Huberto y Genoveva fueron a buscarme. Cada uno me cogió de un brazo y los seguí dócilmente. Fue muy penosa la subida de la escalera. Una de las religiosas consintió en atenderme durante la ceremonia fúnebre. Huberto, antes de despedirse, fingió ignorar lo

que había ocurrido entre nosotros momentos antes, y me preguntó si me parecía bien que el decano del Colegio de Abogados llevara una cinta. Me volví a la ventana, sin responder.

Oía ya el rumor de los pasos. Todo el pueblo acudiría a firmar. Por parte de los Fondaudége, ¿con quién no estábamos relacionados? Por mi parte, el Colegio de Abogados, los Bancos, el mundo de los negocios... Experimenté una sensación de bienestar, lo mismo que un hombre que se ha disculpado y cuya inocencia ha sido reconocida. Había convencido a mis hijos de su embuste; no habían negado su responsabilidad. Mientras la casa se hallaba en plena bulla, como un extraño baile sin música, me obligué a fijar mi atención en el crimen que habían cometido. Sólo ellos me habían impedido recibir el último adiós de Isa... Pero espoleé mi odio lo mismo que a un caballo extenuado. No se rendía. Ignoraba lo que me apaciguaba a pesar mío, si la lasitud física o la satisfacción de haber pronunciado la última palabra.

Nada llegaba a mí de las salmodias litúrgicas; el rumor fúnebre se alejaba paulatinamente, hasta que un silencio tan profundo como el de Cálese reinó en la vasta morada. Isa la había dejado sin moradores. Arrastraba tras su cadáver a toda la servidumbre. Nadie quedaba en la casa, excepto yo y aquella religiosa que concluía a mi cabecera el rosario que había empezado a rezar junto al ataúd...

Aquel silencio me hizo pensar otra vez en la separación eterna, en la partida sin regreso. De nuevo se hinchó mi pecho, porque ya era demasiado tarde y entre ella y yo todo se había dicho. Sentado sobre

el lecho, apoyado en las almohadas para poder respirar, contemplaba aquellos muebles Luis XIII que habíamos elegido en casa Bardié durante nuestro noviazgo y que habían sido los suyos hasta el día en que heredó los de su madre. Este lecho, este triste lecho de nuestros rencores y de nuestros silencios...

Huberto y Genoveva entraron solos; los demás se quedaron en el pasillo. Comprendí que no podían acostumbrarse a mi cara llorosa. Estaban de pie a mi cabecera el hermano, vestido estrafalariamente al mediodía con su traje de etiqueta, y la hermana, una torre de tela negra en la que se destacaba un pañuelo blanco y cuyo velo echado hacia atrás descubría una cara redonda y entristecida. La tristeza nos había enmascarado a todos y no podíamos reconocernos.

Se preocuparon por mi salud. Genoveva dijo:

—Casi todos la han acompañado al cementerio. La querían mucho.

Pregunté sobre los días que habían precedido al ataque de parálisis.

—Estaba siempre molesta..., tal vez tuviera incluso presentimientos, porque la víspera del día en que había de marchar a Burdeos se pasó el tiempo en su alcoba, quemando montones de cartas; incluso creímos que se había incendiado la chimenea...

Le interrumpí; se me había ocurrido una idea... ¿Cómo no había yo pensado en esto?

—Genoveva, ¿crees tú que mi marcha ha influido algo?...

Ella me contestó, satisfecha, que "esto había sido, sin duda, un golpe"...

—Pero vosotros no le habías dicho..., no le habíais tenido al corriente de lo que descubristeis...

Interrogó a su hermano con la mirada; ¿debía aparentar comprender? Debí de poner una cara extraña en aquel momento, porque todos parecían asustados. Y mientras Genoveva me ayudaba a incorporarme, Huberto respondió precipitadamente que su madre había caído enferma diez días después de mi partida, y que durante aquel tiempo habían decidido ocultarle aquellas tristes discusiones. ¿Decía la verdad? Añadió con voz temblorosa:

—Además, si hubiéramos cedido a la tentación de hablarle hubiésemos sido nosotros los primeros responsables...

Se volvió un poco y creí ver el movimiento convulsivo de sus hombros. Alguien entreabrió la puerta y preguntó si nos sentaríamos a la mesa. Oí la voz de Phili:

—¡Qué le vamos a hacer! No es culpa mía...

Genoveva me preguntó, a través de sus lágrimas, lo que quería comer. Huberto me dijo que me vería después de almorzar y que tendríamos una explicación de una vez para siempre, si me sentía con ánimos para escucharle. Hice un signo de asentimiento.

Cuando hubieron salido, la religiosa me ayudó a levantarme y pude tomar un baño, vestirme y beber un tazón de caldo. Yo no quería participar en aquella batalla como un enfermo que el enemigo cuida y protege.

Cuando volvieron, hallaron a otro hombre distinto del viejo que inspiraba compasión. Había tomado las drogas necesarias. Estaba

sentado, con el busto erguido. Me sentía con menos opresión, como cada vez que abandonaba el lecho.

Huberto se había puesto un traje de calle, pero Genoveva se había envuelto en una vieja bata de su madre.

No tengo nada negro que ponerme... Se sentaron frente a mí y, después de las primeras palabras convencionales, Huberto comenzó a decir:

—He reflexionado mucho...

Había preparado cuidadosamente su discurso. Se dirigía a mí como si yo fuera una asamblea de accionistas, pesando cada palabra y evitando toda ostentación.

—A la cabecera de mamá he hecho examen de conciencia; me he esforzado en cambiar mi punto de vista, en ponerme en tu lugar. Te hemos considerado como un padre cuya idea fija es la de desheredar a sus hijos; esto, a mis ojos, nos daba derecho a proceder como hemos procedido, o, por lo menos, nos excusa. Pero nosotros nos hemos interpuesto en esta lucha sin tregua y en estas...

Como buscara la palabra apropiada, insinué dulcemente:

—En estas cobardes intrigas...

Sus mejillas se colorearon. Genoveva negó.

—¿Por qué cobardes? Tú eres más fuerte que nosotros...

—¡Vaya! Un anciano muy enfermo contra una joven jauría...

—Un anciano muy enfermo —replicó Huberto— goza, en una casa como la nuestra, de una posición privilegiada. No abandona su habitación y permanece en ella al acecho, no haciendo otra cosa que

observar las costumbres de la familia y sacar provecho de ellas. Combina solo sus golpes. Los prepara con tiempo. Lo sabe todo de quienes no saben nada de él. Conoce los lugares desde donde puede escuchar mejor —como yo no pude evitar una sonrisa, ellos sonrieron también—. Sí, una familia es siempre imprudente. Se disputa, se levanta la voz; todos concluyen gritando sin darse cuenta. Nos hemos fiado demasiado del espesor de las paredes de la vieja casa, olvidando que los tabiques son delgados. También hay ventanas abiertas... —Estas alusiones crearon entre nosotros una especie de apaciguamiento. Huberto continuó hablando seriamente:— Admito que hemos podido parecerle culpables. Sería fácil para mí invocar una vez más el caso de legítima defensa; pero prescindo de todo lo que pudiera envenenar la discusión. Yo sólo quería saber quién era el agresor en esta guerra. Consiento incluso en pleitear como culpable. Pero es necesario que comprendas... — Se había levantado y limpiaba los cristales de sus gafas; sus ojos parpadeaban en aquella cara hundida, descarnada.— Es necesario que comprendas que yo luchaba por el honor, por la vida de mis hijos. No puedes imaginar nuestra situación. Eres de otro siglo. Has vivido en esa época fabulosa en que un hombre prudente contaba con valores seguros. Comprendo que has estado a la altura de las circunstancias, que has visto antes que nadie la tormenta que se avecinaba, que has procedido a tiempo... Pero fue porque estabas fuera de los negocios, del negocio, quiero decir. Podías juzgar fríamente la situación, la dominabas; no te habías hundido como yo,

hasta las orejas... El despertar ha sido demasiado brusco... No ha habido oportunidad de volverse... Era la primera vez en que todas las ramas se quebraban al mismo tiempo. No se podía echar mano de nada, no podía uno cogerse a nada...

¡Con qué angustia repetía: "nada... nada"! ¿Hasta qué punto estaba comprometido? ¿Al borde de qué desastre se debatía? Tuvo miedo de haberse confiado demasiado y se contuvo, emitiendo los lugares comunes de costumbre: la fabricación intensiva de la postguerra, la superproducción, la crisis del consumo... Lo que decía importaba muy poco. Era su angustia lo que interesaba. En aquel instante me di cuenta de que mi odio había muerto, que había muerto también aquel deseo de represalias. Muerto, tal vez al cabo de mucho tiempo. Había mantenido mi furor: me había exacerbado con ellos. Pero, ¿por qué negarse a la evidencia? Ante mi hijo experimentaba un sentimiento confuso en el que predominaba la curiosidad: la agitación de aquel desgraciado, su terror, el pánico que yo podía interrumpir con una palabra..., ¡qué extraños me parecían! Veía en espíritu aquella fortuna que, según parecía, había sido lo único de mi vida que había querido dar, perder, y de la que jamás había sentido la libertad de disponer a mi capricho; aquello de lo que me sentía de pronto más apartado, que no me interesaba ya, que no me concernía. Huberto, en silencio, me espiaba a través de sus gafas. ¿Qué treta podría urdir yo ahora? ¿Qué golpe iba a asestarle? En su cara había ya un rictus, había lanzado su busto hacia atrás y levantaba a medias su brazo como el niño que se protege. Dijo con voz tímida:

—No te pido nada más que me dejes sanear mi posición. Con lo que reciba de mamá, no tendré necesidad de nada más que... — vaciló antes de pronunciar la cifra— de un millón. Una vez zanjadas las dificultades, dejaré el campo libre. Haz lo que quieras del resto. Me preocuparé de que se respete tu voluntad...

Tragó saliva y me miró de reojo; pero mi semblante era impenetrable.

—Y tú, hija —dije, volviéndome hacia Genoveva—, ¿estás en buena situación? Tu marido es muy prudente...

Se irritaba siempre que se elogiaba a su marido. Protestó diciendo que la casa había cerrado. Alfredo no compraba ron desde hacía algunos años. Estaba seguro, evidentemente, de no engañarse. Sin duda tenían para vivir, pero Phili amenazaba con abandonar a su mujer en cuanto estuviera seguro de que la fortuna se había perdido. Murmuré:

—El desdichado guapo... Y ella replicó vivamente:

—Sí, sabemos que es un canalla, y Janine también lo sabe; pero si él la abandona se morirá. Sí, se morirá. Tú no puedes comprender esto, papá. No pertenece a tu sensibilidad. Janine sabe mucho más de Phili que nosotros mismos. Me ha confesado repetidas veces que es más malo de lo que podemos imaginar. Pero esto no impide que se muera si la abandona. Esto te parecerá absurdo. Estas cosas no existen para ti. Pero con tu gran inteligencia puedes comprender lo que no sientes.

—Fatigas a papá, Genoveva.

Huberto pensaba que su pesada hermana estaba estropeándolo todo y que yo me sentía herido en mi orgullo. Veía en mi cara los rasgos de la angustia; pero desconocía la causa. No sabía que Genoveva abría de nuevo una herida y la tocaba con sus dedos. Suspiré:

—¡Dichoso Phili!

Mis hijos cambiaron una mirada de asombro. Habían creído siempre de buena fe que estaba medio loco. Tal vez me hubieran encerrado, convencidos plenamente.

—Un libertino —gruñó Huberto— que nos domina.

—Su suegro es más indulgente que tú —dije—. Alfredo dice con frecuencia que Phili no es un mal bribón.

Genoveva intervino:

—Y que domina también a Alfredo: el yerno ha pervertido al suegro, y esto lo saben de sobra en la ciudad; se los ha visto juntos con mujeres... ¡Qué vergüenza! Era una de las muchas amarguras de mamá...

Genoveva se enjugó las lágrimas. Huberto creyó que yo quería apartarme de lo esencial.

—Pero no se trata de esto, Genoveva —dijo, irritado—. Diríase que en el mundo no hay nadie más que tú y tus hijos.

Furiosa, protestó diciendo que "le gustaría saber quién era más egoísta de los dos". Añadió:

—Naturalmente, cada uno piensa primero en los hijos. Y me vanaglorio, como mamá por nosotros, de lo que he hecho por Janine. Me echaría al fuego...

Su hermano la interrumpió, con ese tono áspero tan mío, diciendo que "también echaría a los otros".

No hace mucho me hubiera divertido aquella disputa. Hubiese saludado con alegría los signos anunciadores de una batalla implacable en torno a unas sobras de herencia, y no hubiera hecho nada por frustrarlos. Pero sólo sentía disgusto, fastidio... ¡Que se liquide todo esto de una vez para siempre! ¡Que me dejen morir en paz!

—Es extraño, hijos míos —les dije—, que concluya haciendo lo que me ha parecido siempre ser la mayor de las locuras...

¡Ah, ya no pensaban en pelearse! Volvían hacia mí sus miradas desconfiadas y duras. Esperaban; se habían puesto en guardia.

—Yo, que siempre me había impuesto como ejemplo al viejo aparcero despojado de sus bienes y a quien sus hijos dejan morir de hambre... Y cuando la agonía dura demasiado tiempo, añaden edredones que le cubran hasta la boca...

—Papá, te suplico...

Protestaban con una expresión de horror que no era ficticia. Cambié bruscamente de tono.

—Estarás demasiado ocupado, Huberto; las particiones serán difíciles. Tengo depósitos en todas partes, aquí, en París, en el extranjero. Las propiedades, los inmuebles...

A cada palabra mía se agrandaban sus ojos, pero no querían creerme. Vi abrirse y volver a cerrarse las finas manos de Huberto.

—Es necesario que se liquide todo antes de mi muerte, mientras os partís lo que procede de vuestra madre. Me reservo el usufructo de Cálese: la casa y el jardín. Correrán a vuestro cargo el cuidado y las reparaciones. Que no se me hable de los viñedos. Se me concederá por medio de notario una renta mensual, cuya suma se fijará previamente... Traedme mi cartera... Sí, en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

Huberto me la entregó con mano temblorosa. Saqué de ella un sobre.

Encontrarás aquí algunas indicaciones referentes a la totalidad de mi fortuna. Puedes entregársela al notario Arcam... O, mejor, telefonéale que venga; yo mismo se la entregaré y confirmaré en tu presencia mi voluntad.

Huberto recogió el sobre y me preguntó con ansiedad:

—Te burlas de nosotros, ¿verdad?

—Telefonea al notario; ya verás si me burlo... Se precipitó hacia la puerta, pero se volvió.

—No —dijo—. Hoy sería inconveniente. Debemos esperar una semana.

Se pasó una mano por los ojos. Sin duda estaba avergonzado y se esforzaba en pensar en su madre. Se acercó y me devolvió el sobre.

—Bien —dije—. Abre y lee. Te autorizo.

Se acercó vivamente a la ventana y rompió los sellos. Leyó como hubiera comido. Genoveva, sin poder contenerse, se levantó e inclinó por encima de los hombros de su hermano una cabeza ávida.

Contemplé a la pareja de hermanos. No había nada de qué horrorizarme. Un hombre de negocios amenazado, un padre y una madre de familia encuentran de pronto los millones que creían perdidos. No, no me horrorizaban. Pero me asombraba mi propia indiferencia. Me parecía a un recién operado que se despierta y dice que no ha sentido nada. Había arrancado de mí algo que, según suponía, tenía fuertes raíces. No experimentaba otra sensación distinta del sosiego y el alivio físico. Respiraba mejor. En el fondo, ¿qué hacía yo, después de tantos años, sino intentar perder esa fortuna y entregársela a alguien que no fuese uno de los míos? Siempre me he engañado con respecto al objeto de mis deseos. No sabemos lo que deseamos; no amamos lo que creemos amar.

Oí que Huberto decía a su hermana:

—Es enorme..., es enorme. Una fortuna enorme.

Cambiaron algunas palabras en voz baja. Genoveva declaró que ellos no aceptarían mi sacrificio, que no querían despojarme.

Estas palabras, "sacrificio" y "despojarme", sonaban extrañamente en mis oídos. Huberto insistió:

—Has procedido bajo la emoción de este día. Te crees más enfermo de lo que estás. No tienes setenta años; se puede alcanzar una edad muy avanzada con lo que tú tienes. Al cabo de algún tiempo te arrepentirás. Me preocuparé, si quieres, de todos los cuidados

materiales. Pero conserva en paz lo que te pertenece. No deseamos más que lo justo. No hemos deseado más que la justicia...

Me invadía la fatiga; ellos vieron que mis ojos se me cerraban. Les dije que mi decisión estaba tomada y que, en lo sucesivo, no hablaría más que ante notario. Ya se marchaban sin volver la cabeza cuando los llamé.

—Olvidaba decirles que debe entregarse a mi hijo Roberto una renta mensual de mil quinientos francos. Se lo he prometido. Recuérdamelo cuando firmemos el acta.

Huberto enrojeció. No esperaba este dardo. Pero Genoveva no vio en ello malicia alguna. Con los ojos muy abiertos, hizo un rápido cálculo y dijo:

—Dieciocho mil francos anuales... ¿No te parece que es mucho?

Capítulo dieciocho

La llanura estaba más clara que el cielo. La tierra, ahita de agua, humeaba, y las rodadas llenas de lluvia reflejaban un cielo turbio. Todo me interesaba como cuando Cálese me pertenecía. Nada es mío y no siento mi pobreza. El rumor de la lluvia, por la noche, sobre la vendimia que se pudre no me entristece menos que cuando era el dueño de esta cosecha amenazada. Aquello que he considerado como apego a la propiedad, no es más que el instinto carnal del

campesino, hijo de campesinos, nacido de aquellos que, desde hace siglos, interrogan con angustia al horizonte. La renta que he de recibir cada mes se acumulará en casa del notario: jamás he necesitado nada. He estado prisionero durante toda mi vida de una pasión que no me poseía. Como un perro ladra a la luna, me ha fascinado un reflejo. ¡Despertarse a los sesenta y ocho años! ¡Renacer en el momento de morir! Que se me concedan algunos años aún, algunos meses, algunas semanas...

La enfermedad se ha ido; me siento mucho mejor. Amelia y Ernesto, que servían a Isa, pasan a servirme a mí; saben poner inyecciones. Todo está al alcance de mi mano: las ampollas de morfina, las sales de nitrito. Los hijos, atareados, apenas dejan la ciudad y no vienen más que cuando tienen necesidad de algún dato con respecto a una valoración... Todo transcurre sin demasiadas disputas: el terror a salir "perjudicados" les ha hecho escoger esta parte cómica de repartirse los servicios completos de ropa blanca adamascada y de cristalería. Cortarán en dos un tapiz antes de que pueda beneficiarse uno solo. Prefieren que todo esté desparejado a que algún lote aventaje a otro. Esto es lo que llaman pasión por la justicia. Se habrán pasado la vida denominando con bellos nombres los sentimientos más viles... No, yo debo borrar esto. ¿Quién sabe si no viven presos, como yo mismo he vivido, de una pasión que no es precisamente en sus seres la más profunda?

¿Qué piensan de mí? Que he sido derrotado, sin duda, que he cedido. "Me han cogido". Sin embargo, en cada visita me testimonian

gran respeto y gratitud. Por lo menos, los asombro. Huberto, sobre todo, me observa; desconfía, no está seguro de que me encuentre desarmado. Tranquilízate, pobre muchacho. El día en que volví convaleciente a Cálese, ya no era muy terrible. Pero ahora...

Los olmos de los caminos y los álamos de la llanura dibujaban grandes planos superpuestos, y entre sus líneas sombrías se acumulaba la niebla y el humo de las hierbas quemadas y ese inmenso aliento de la tierra que ha bebido. Porque nos despertamos en pleno otoño y los racimos, donde mora aún y brilla un poco de lluvia, no encontrarán lo que les ha frustrado el agosto lluvioso. Para nosotros tal vez no sea nunca demasiado tarde. Tengo necesidad de repetirme que nunca es demasiado tarde.

Al día siguiente de mi vuelta penetré, y no por devoción, en la alcoba de Isa. El no hacer nada, esa disponibilidad total de la que no sé si gozo o sufro en el campo, esto sólo, me incitó a empujar la puerta entreabierta, la primera al lado de la escalera, a la izquierda. No solamente la ventana estaba abierta de par en par, sino también el armario y la cómoda. La servidumbre había abandonado la habitación y el sol devoraba, hasta en los más pequeños rincones, los restos impalpables de un destino acabado. La tarde de septiembre zumbaba de moscas sin sueño. Los tilos, tupidos y redondos, parecían frutos maduros. El cielo, oscuro en el cénit, palidecía sobre las colinas dormidas. Vibró la risa de una joven a quien no veía. Los anchos sombreros contra el sol movíanse a ras de las viñas. Había comenzado la vendimia.

Pero la vida maravillosa se había retirado de la habitación de Isa; bajo el armario, un par de guantes y una sombrilla parecían muertos. Miré la vieja chimenea de piedra en cuya campana hay esculpidos un rastrillo, una pala, una hoz y una espiga de trigo. Las chimeneas de otros tiempos, donde podían quemarse enormes troncos, están cerradas durante el verano por grandes pantallas de lienzo pintado. Esta representaba una yunta que un día, siendo niño, en un acceso de cólera, acribillé a navajazos con mi cortaplumas. No estaba más que apoyada contra la chimenea. Al intentar ponerla en su sitio, cayó y descubrió el hueco negro del hogar lleno de ceniza. Recordé lo que habían dicho mis hijos del último día en que Isa había pasado en Cálese: "Quemó papeles; creímos que había un incendio...". Comprendí en aquel momento que ella había sentido la proximidad de la muerte. No se puede pensar a la vez en la propia muerte y en la de los demás. Poseído por la idea fija de mi fin cercano, ¿cómo no me había dado cuenta de la tensión de Isa?

—No es nada, es la edad —repetían aquellos hijos estúpidos.

Pero ella, el día en que quemó sus cosas, sabía que su hora estaba próxima. Había querido desaparecer enteramente: había borrado sus menores huellas. Miré en el hogar aquellas cenizas grises que el viento movía ligeramente. Las tenazas que ella había utilizado se encontraban todavía allí, entre la chimenea y la pared. Las cogí y escarbé en aquel montón de polvo, en aquella nada.

Escarbé como si aquello hubiese conservado el secreto de mi vida, el de nuestras vidas. A medida que las tenazas penetraban en el

montón, la ceniza se hacía más densa. Reuní algunos fragmentos de papel que el espesor de los paquetes debía haber protegido, pero no salvé más que palabras, frases incompletas, de sentido impenetrable. Todo pertenecía a una escritura que yo no reconocía. Mis manos temblaban, movíanse con ahínco. En un pequeño fragmento, manchado de hollín, pude leer esta palabra: PAX, y una fecha bajo una pequeña cruz: 23 de febrero de 1913. Luego: "Mi querida hija...". Con otros fragmentos intenté reconstruir los caracteres trazados al borde de la página quemada, pero no tuve más que esto: "Tú no eres responsable del odio que te inspira este niño; serías culpable si cedieras a él. Pero, por el contrario, te esfuerzas...". Después de muchos esfuerzos pude leer aún: "...juzgar temerariamente a los muertos... El afecto que siente por Lucas no prueba...". El hollín cubría el resto, salvo una frase: "Perdona sin saber lo que tienes que perdonar. Ofrece por él tu...".

Tendría tiempo de reflexionar más tarde. No pensaba en otra cosa que en encontrar algo más. Continué escarbando, inclinado sobre las cenizas, en una posición incómoda que me impedía respirar. Me trastornó un momento el descubrimiento de un carnet de hule, que parecía intacto. Pero ninguna de sus hojas se había salvado. Tras la cubierta descifré estas palabras escritas por Isa: *Ramillete espiritual*, y debajo: "No me llamo Aquel que condena; mi nombre es Jesús. (Cristo a San Francisco de Sales.)"

Seguían otras citas ilegibles. En vano permanecí largo rato inclinado sobre aquel polvo; no conseguí nada más. Me incorporé y

contemplé mis manos ennegrecidas. Vi en el espejo mi frente manchada de ceniza. Me asaltó un deseo de andar, como en mi juventud, y bajé apresuradamente la escalera, olvidándome de mi corazón.

Por primera vez después de algunas semanas, me dirigí a las viñas, en parte despojadas de sus frutos y que parecían adormecidas. El paisaje era límpido, hinchado como esas azuladas pompas de jabón que en otro tiempo sacaba María del extremo de una paja. El viento y el sol endurecían ya las rodadas y las huellas profundas de las pezuñas de los bueyes. Caminaba llevando en mí la imagen de aquella Isa desconocida, presa de esas poderosas pasiones que sólo Dios tenía el poder de ablandar. Aquella ama de casa había sido una hermana devorada por los celos. El pequeño Lucas le había sido odioso... Una mujer capaz de odiar a un chiquillo... ¿Celos a causa de sus propios hijos? ¿Porque yo prefería a Lucas? Pero ella también había aborrecido a Marinette... Sí, sí: ella había sufrido por mí; yo había tenido el poder de torturarla. ¡Qué locura! Muerta Marinette, muerto Lucas, muerta Isa... Y yo, anciano, en pie, al borde de la misma sepultura donde se habían abismado, me sentía contento por no haber sido indiferente a una mujer, por haber provocado en ella tales emociones.

Era cómico y, en verdad, me reía solo, jadeando un poco, apoyado en el rodrigón de una cepa, frente a las pálidas extensiones de bruma, donde los pueblos con sus iglesias, sus caminos y todos sus habitantes habían naufragado. La luz del crepúsculo se abría paso

penosamente hasta aquel mundo sepultado. Sentía, veía y tocaba mi crimen. No cabía enteramente en aquel horrible nido de víboras: odio de mis hijos, deseo de venganza y amor al dinero, sino en mi negativa de buscar más allá de aquellas víboras entrelazadas. Me había supeditado al nudo inmundo, como si hubiese sido mi propio corazón, como si los latidos de este corazón se hubieran confundido con aquellos reptiles hormigueantes. No había bastado, a lo largo de medio siglo, no conocer en mí nada más que lo que yo era. Incluso había usado de ello contra los demás. Me fascinaban, ante mis hijos, miserables ambiciones. De Roberto recordaba su estupidez, y a esta apariencia me remitía. Nunca se me ofreció a mí el aspecto de los demás como lo que hay que descarnar, como lo que preciso atravesar para llegar a ellos. A los treinta años, a los cuarenta, hube de hacer este descubrimiento. Pero hoy soy un anciano de corazón premioso y contemplo cómo el último otoño de mi vida adormece los viñedos y los llena de nieblas y de rayos. Aquellos a quienes debía amar, han muerto; han muerto los que hubieran podido amarme. Y no tengo tiempo ni fuerzas para intentar el viaje hacia aquellos que sobreviven, para redescubrirlos. No hay nada en mí, ni siquiera mi voz, mis ademanes ni mi risa, que no pertenezca al monstruo que he lanzado contra el mundo y a quien he dado mi nombre.

¿Y eran precisamente estos pensamientos a los que daba vueltas, apoyado en el rodigón de aquella cepa, al borde de un surco ante los campos esplendorosos de Yquem, a la hora del crepúsculo? Un incidente, que debo señalar aquí, me los aclaró sin duda. Pero ya

estaban en mí aquella noche, cuando volvía a mi casa, con el corazón embargado por la paz que envolvía la tierra. Las sombras se extendían; el mundo entero era sólo aceptación. A lo lejos, las perdidas cuevas parecían espaldas curvadas. Aguardaban la niebla y la noche para yacer quizá, para tenderse, para dormir con un sueño humano.

Esperé hallar a Genoveva y a Huberto en la casa. Me habían prometido cenar conmigo. Era la primera vez en mi vida que ansiaba su llegada, que ésta me producía alegría. Estaba impaciente por mostrarles mi nuevo corazón. No se podía perder ni un minuto para conocerlos, para hacerme conocer de ellos. ¿Hubiera tenido tiempo, antes de morir, de poner a prueba mi descubrimiento? Vencería rápidamente las etapas que me conducirían hacia el corazón de mis hijos, pasaría a través de todo lo que nos separaba. Se había roto, por fin, el nudo de víboras. Avanzaría tan rápidamente en su amor que llorarían cuando me cerraran los ojos.

No habían llegado aún. Me senté en el banco cerca del camino, atento al ruido de los motores. Cuanto más tardaban, más deseaba su llegada. Tenía momentos en que volvía mi antigua cólera: ¡les daba lo mismo hacerme esperar! Les importaba muy poco que sufriera a causa de ellos; lo hacían adrede... Me contuve. La demora podía obedecer a una misma causa que yo ignoraba, y no había ninguna probabilidad de que fuese precisamente aquella en que, por costumbre, alimentaba mi rencor. La campana anunciaba la cena. Me dirigí a la cocina para advertir a Amelia que era preciso esperar

todavía un poco. Era muy extraño verme bajo aquellas vigas negras de donde pendían los jamones. Me senté cerca del fuego en una silla de anea. Amelia, su marido y Cazau, el hombre de negocios cuyas risas había oído de lejos, se callaron a mi entrada. Me rodeaba una atmósfera de respeto y terror. Nunca he hablado a los criados. No porque fuese un amo difícil o exigente, sino porque no existían a mis ojos, porque no los veía. Pero aquella noche me tranquilizaba su presencia. Y porque mis hijos no llegaban, hubiese querido cenar aquella noche en un rincón de la mesa donde la cocinera trinchaba la carne.

Cazau había huido; Ernesto se ponía una chaquetilla blanca para servirme. Me oprimía su silencio. Busqué en vano una palabra. Pero nada conocía de aquellos seres que nos servían devotamente desde hacía veinte años. Por fin recordé que antaño una hija suya, casada en Sauveterre de Guyenne, iba a verlos, y que Isa no le pagaba el conejo que nos llevaba porque comía varias veces en la casa. Sin volver la cabeza, pregunté un poco rápidamente:

—Bien, Amelia, ¿y su hija? ¿Siempre en Sauveterre?

Volvió hacia mí su cara avinagrada y, mirándome de hito en hito, dijo:

—El señor ya sabe que murió..., hará diez años, el 29, el día de San Miguel. ¿El señor no se acuerda?

Su marido guardaba silencio; pero me miró duramente; creía que aparentaba olvidar. Balbucí:

—Perdóneme... Esta vieja cabeza mía...

Pero como cuando me sentía molesto e intimidado me reía un poco burlescamente, no pude evitar hacerlo. El hombre anunció con su voz acostumbrada:

—El señor está servido.

Me levanté inmediatamente y fui a sentarme en el comedor mal iluminado, frente a la sombra de Isa... Aquí Genoveva, luego el abate Ardouin, después Huberto... Busqué con los ojos, entre la ventana y el aparador, la alta silla de María que había servido para Janine y para la hija de Janine. Simulé comer algunos bocados; me horrorizaba la mirada del hombre que me servía. En el salón se había encendido un fuego de sarmientos. En aquella estancia, cada generación, al retirarse, como hace una marea con las conchas, había dejado álbumes, cofrecillos, daguerrotipos y lámparas "cárcel".¹

Muertas figurillas cubrían las consolas. El cansino paso de un caballo en la sombra y el ruido del trujal junto a la casa me lastimaron el corazón.

"¿Por qué no habéis venido, hijos míos?"

Me tembló esta lamentación en los labios. Si a través de la puerta la hubiesen oído los criados, hubieran creído que había un extraño en el salón, porque no podían ser la voz ni las palabras del viejo miserable que, según imaginaban, no quería saber que su hija había muerto.

¹ Lámpara de aceite para alumbrado, inventada en 1800 por el relojero francés-Cárcel.
(Nota del traductor.)

Todos, mujer, hijos, amos y criados, se habían unido contra mi alma, me habían impuesto un papel tan odioso. Me había identificado atrozmente con la actitud que ellos exigían de mí. Me había conformado al modelo que me proponía su odio. ¡Qué gran locura, a los sesenta y ocho años, esperar remontar la corriente, imponerles una visión nueva del hombre que soy ahora, que he sido siempre! Sólo vemos aquello que estamos acostumbrados a ver. Y a vosotros, pobres hijos míos, a vosotros no os veo. Si yo fuera más joven, las huellas hubieran profundizado menos, las costumbres no hubieran arraigado tanto; pero dudo de que, incluso en mi juventud, hubiese podido romper este encantamiento. Pensaba que era necesario poseer una fuerza. ¿Qué fuerza? Alguien. Sí, alguien en quien reunimos todos y que había de ser el que garantizase mi victoria interior a ojos de los míos; alguien que fuera testigo en mi favor, que me descargara de mi inmundo fardo, que lo tomara sobre sí...

Incluso los mejores no aprenden a amar por sí solos. Para pasar de largo ante los ridículos, los vicios y, sobre todo, la estupidez de los seres, es necesario poseer un secreto de amor que el mundo no conozca. Mientras ese secreto no sea hallado, se cambiarán en vano las condiciones humanas. Creía que el egoísmo me hacía extraño a todo lo que compete a lo económico y lo social. Es cierto que he sido un monstruo de soledad e indiferencia; pero también había en mí un sentimiento, una oscura certidumbre de que para nada servía revolucionar la faz del mundo; había que tocar al mundo en el corazón. Busco sólo a aquel que lleve a cabo esta victoria; será

necesario que sea el Corazón de los corazones, el centro vivo de todo amor. Deseo que tal vez sea ya súplica. Faltó muy poco aquella noche para que me arrodillara, hundiendo mis codos en una butaca, como hacía Isa en los veranos de antaño, con los tres niños pegados a sus faldas. Volví de la terraza hacia aquella ventana iluminada; ahogaba mis pasos e, invisible en el jardín en sombras, contemplaba a aquel grupo suplicante.

—Prosternada ante Vos, oh, Dios mío —murmuraba Isa—, os doy las gracias por haberme dado un corazón capaz de conoceros y amaros...

Estaba de pie, en medio del salón, vacilante, como conmovido. Pensaba en mi vida, contemplaba mi vida. No, no es posible remontar tal corriente de barro. Había sido un hombre tan espantoso que no pude tener un solo amigo. Y me preguntaba si lo fui por no haber sido nunca capaz de disfrazarme. Si todos los hombres vivían tan enmascarados como yo había vivido durante medio siglo, tal vez se asombraran al descubrir en ellos que las diferencias de nivel son tan pequeñas. A decir verdad, nadie avanza a cara descubierta, nadie. La mayor parte remedan la grandeza, la nobleza. Sin saberlo, se parecen a tipos literarios, o a otros. Los santos lo saben, que se odian y se desprecian porque se ven. No me hubieran despreciado tanto si no hubiese sido tan franco, tan abierto, tan llano.

Tales eran los pensamientos que aquella noche me perseguían, mientras paseaba por aquella habitación en sombras, golpeándome al pasar contra la caoba y palisandro de un moblaje macizo, despojos

del pasado de una familia y donde tantos cuerpos, hoy día convertidos en polvo, se habían apoyado y sentado. Las botas de mis hijos habían ensuciado el diván cuando se sentaban en él para hojear *Le Monde Illustré* de 1870. La tela continuaba manchada en los mismos sitios. El viento giraba en torno a la casa, arrastrando las hojas muertas de los tilos. Se habían olvidado de cerrar los postigos de una habitación.

Capítulo diecinueve

Al día siguiente, esperé con ansiedad la hora del correo. Me paseaba bajo las avenidas del jardín, como hacía Isa cuando nuestros hijos llegaban tarde y se sentía inquieta. ¿Se habrían peleado? ¿Habría enfermado alguno? "Me quemaba la sangre". Me volvía tan hábil como Isa para conversar, para alimentar ideas fijas. Caminaba en medio de los viñedos con esa actitud ausente y alejada del mundo de aquellos que le dan vueltas a una inquietud. Pero, al mismo tiempo, recuerdo haber prestado atención a este cambio que se efectuaba en mí, haberme complacido en mi inquietud. La niebla era sonora; se oía el campo sin verlo. Las aguzanieves y los zorzales jugueteaban en los surcos, donde las uvas tardaban en pudrirse. A

Lucas le gustaba cuando era niño pasear en aquellas mañanas, al final de las vacaciones.

Unas palabras de Huberto, fechadas en París, no me tranquilizaron. Me decía que se había visto obligado a partir apresuradamente; un enojoso asunto muy grave del que ya me daría cuenta a su regreso, que fijaba para dos días más tarde. Supuse que serían complicaciones de orden fiscal. ¿Habría cometido alguna ilegalidad?

Al mediodía, no pude más y me hice conducir a la estación, donde saqué billete para Burdeos, a pesar de que me había prohibido a mí mismo viajar solo. Genoveva vivía entonces en nuestra casa. La encontré en el vestíbulo en el momento en que despedía a un individuo que debía de ser el doctor.

—¿No te ha dicho nada Huberto?

Me arrastró a la salita donde yo me había desmayado el día de las exequias. Respiré cuando supe que se trataba de una escapatoria de Phili. Había temido algo peor; pero se había ido con una mujer que "se interesaba mucho por él", y después de una terrible escena había dejado a Janine sin ninguna esperanza. No se podía reanimar a la pequeña del estado de postración que preocupaba al médico. Alfredo y Huberto habían encontrado al fugitivo en París; pero, según un telegrama recibido en aquellos momentos, no habían podido conseguir nada.

—Cuando pienso que nosotros le aseguramos una pensión tan generosa... Evidentemente, habíamos tomado precauciones al no poner a su nombre capital alguno. Pero la renta es muy importante.

Dios sabe que Janine ha sido con él muy débil; Phili obtenía de ella lo que quería. Cuando pienso que en otro tiempo había amenazado con abandonarla, convencido de que tú no nos dejarías nada... Y ahora que nos dejas tu fortuna, decide huir. ¿Cómo te lo explicas?

Y se paró ante mí, con las cejas levantadas y los ojos dilatados. Después se acercó al radiador y aplicó a él las manos.

—Naturalmente —dije—, se tratará de una mujer muy rica...

¡Qué va! Una profesora de canto... Ya la conoces; es Madame Vélard. No es joven; ha vivido lo suyo. Apenas gana para vivir. ¿Cómo te lo explicas? —repetía.

Pero volvió a hablar sin aguardar mi respuesta. En aquel momento entró Janine. Se había puesto una bata y me ofreció la frente. No había adelgazado; pero en su cara redonda y sin gracia la desesperación había hecho desaparecer todo lo que yo odiaba. Aquel pobre ser tan compuesto, tan amanerado, se había convertido en otro terriblemente sencillo. La cruda luz de una araña la iluminaba enteramente sin que pestañease.

—¿Lo sabe usted? —me preguntó simplemente, y se sentó en el sofá.

¿Oyó las conversaciones de su madre, la interminable requisitoria que debió empezar Genoveva a la huida de Phili?

—Cuando pienso...

Cada párrafo comenzaba con este "cuando pienso", tan sorprendente en una persona que pensaba tan poco. Decía ella que habían consentido en aquel matrimonio a pesar de que Phili, a los

veintidós años, había dilapidado una bonita fortuna que había heredado demasiado pronto. Como era huérfano y carecía de parientes cercanos, hubo de emanciparse. La familia había cerrado los ojos a su licenciosa vida... Y ésta era la recompensa...

En vano traté de contener la cólera que nacía en mí. Mi antigua maldad volvía a despertarse. ¡Como si Genoveva, Alfredo, Isa y todos sus amigos no hubiesen hostigado a Phili, haciéndole mil promesas!

—Lo más curioso —gruñí— es que crees lo que dices. Tú sabes, sin embargo, que todos corríais tras él...

—No vas a defenderlo, papá...

Dije que no se trataba de defenderlo. Pero añadí que habíamos cometido el error de juzgar a Phili más vil de lo que era. Sin duda, se le había insistido demasiado duramente en que, una vez asegurada la fortuna, había de aceptar todas las vejaciones y que, además, se tenía la seguridad de que en lo sucesivo no se escaparía. Pero las personas nunca caen tan bajo como se supone.

—Cuando pienso que defiendes a un miserable que abandona a su mujer y a su hijita...

—Genoveva —grité exasperado—, no me comprendes; haz un esfuerzo para comprender. No defiendes al que abandona a su mujer y a su hija, pero el culpable lo mismo puede haber cedido a innobles razones como a motivos de importancia...

—Entonces —replicó Genoveva tercamente—, te parece noble haber abandonado a una mujer de veintidós años y a una niña...

No salía de ahí; no comprendía nada de nada.

—No, eres demasiado tonta..., a menos que te propongas no comprender... Yo sostengo que Phili me parece menos despreciable desde...

Genoveva me interrumpió gritando que aguardara a que Janine hubiese salido de la habitación para insultarla defendiendo a su marido. Pero la pequeña, que hasta entonces no había abierto la boca, dijo con voz que apenas pude reconocer:

—¿Por qué negarlo, mamá? Nosotros hemos hundido a Phili. Acuérdate. En cuanto se repartió la fortuna, nos lanzamos sobre él. Era como un animal al que yo hubiese atado a la trailla. Había llegado a no poder soportar más tiempo no ser amada. Le tenía; era mío; me pertenecía. Yo era la dueña del dinero; le hacía pagar con las setenas. Era tu expresión, mamá. Recuerda que me decías: "Ahora podrás hacerle pagar con las setenas". Pensamos que para él no existía nada por encima del dinero. Tal vez lo creyera él mismo, y, sin embargo, su cólera, su vergüenza, han sido muy grandes. El no ama a esa mujer que me lo ha quitado; me lo confesó al marcharse, y me dijo cosas tan horribles que estoy segura de que decía la verdad. Pero ella no le despreciaba, no le humillaba. Se ha dado a él; no lo ha tomado. Mi caso no era ése.

Repetía estas últimas palabras como si hubiese sido apaleada. Su madre se encogía de hombros, pero le alegraba ver sus lágrimas: "Esto la calmará...". Y decía aún:

—No temas, querida. Volverá; el hambre pierde al lobo. Cuando se haya cansado de andar a salto de mata...

Estaba seguro de que tales palabras aumentarían el disgusto de Janine. Me levanté y cogí mi sombrero, incapaz de terminar la velada al lado de mi hija. Le dije que había alquilado un coche y que regresaría a Cálese. De pronto, Janine me dijo:

—Llévame, abuelo.

Su madre le preguntó si estaba loca; era necesario que continuara en aquella casa: los abogados las necesitaban. Además, en Cálese "se moriría de tristeza".

En el rellano, hasta donde ella me siguió, Genoveva me dirigió vivos reproches, porque había alentado la pasión de Janine.

—Si llegara a separarse de ese individuo sería para todos un alivio extraordinario. No sería difícil conseguir la anulación, y, con su fortuna, Janine podría efectuar un matrimonio magnífico. Pero primero es necesario que se libre de él. Y tú, que detestas a Phili, te pones ahora a elogiarlo ante ella... ¡Ah, no! Sobre todo, que no vaya a Cálese. ¡En qué estado nos la devolverás! Aquí podremos distraerla. Olvidará...

Si es que no se muere, pensaba yo; o no vive miserablemente, con un dolor siempre igual y que superará al tiempo. Tal vez pertenezca Janine a esa raza que tan bien conoce un viejo abogado: a esas mujeres en quienes la esperanza es una enfermedad, que no dejan nunca de esperar y que, al cabo de veinte años, miran aún la puerta con la mirada de un perro fiel.

Volví a la habitación donde Janine continuaba sentada, y le dije:

—Cuando quieras, querida...; serás bien recibida siempre.

No dio señal de haberme comprendido. Genoveva volvió y me preguntó recelosa:

—¿Qué le decías?

Supe después que me había acusado de haber cambiado a Janine durante aquellos instantes y de haberme divertido "metiéndole un montón de ideas en la cabeza". Pero yo bajé la escalera recordando que la joven me había dicho: "Llévame"... Me había pedido que me la llevara. Instintivamente, había pronunciado acerca de Phili las palabras que ella tenía necesidad de oír. Tal vez fuera yo el primero que no la había herido.

Caminé por un Burdeos iluminado como en un día solemne. Las aceras del Cours de L'Intendance brillaban, húmedas de niebla. Los clamores del mediodía ahogaban el alboroto de los tranvías. El aroma de mi infancia se había perdido; lo hubiese hallado en los barrios más sombríos de la calle Dufour—Dubergier y de la Grosse Cloche. Tal vez allí, una anciana, parada en la esquina de una negra calle, estrechara aún contra su pecho un humeante bote lleno de castañas hervidas con sabor a anís. No, no estaba triste. Alguien me había escuchado, comprendido. Nos habíamos unido: era una victoria. Pero me había estrellado ante Genoveva: nada podía hacer yo contra cierta clase de tonterías. Se llega fácilmente a un alma a través de los crímenes, de los más tristes vicios, pero la vulgaridad es infranqueable. ¡Tanto peor! Sabría a qué atenerme. No se podía

romper la losa de todas las tumbas. Podía considerarme muy dichoso si lograba antes de morirme penetrar en el interior de un solo ser.

Dormí en el hotel y al día siguiente por la mañana volví a Cálese. Pocos días después me visitó Alfredo, y supe por él que mi visita había tenido funestas consecuencias: Janine había escrito a Phili una carta disparatada en la que se reconocía culpable de todo, se acusaba y le pedía perdón. "No se puede esperar otra cosa de las mujeres"... El buen gordo no se atrevía a decírmelo, pero pensaba, sin duda: "Empieza con las estupideces de su abuela".

Alfredo me dijo, además, que el proceso estaba perdido de antemano y que Genoveva me hacía responsable: con toda intención había hecho que Janine se indispusiera con ellos. Sonriendo, le pregunté a mi yerno cuáles habían podido ser los móviles que me habían impulsado a ello. Me contestó, protestando, que compartía la opinión de su mujer, que creía que yo había procedido por travesura, por venganza o tal vez por "pura maldad".

Mis hijos no iban a verme. Una carta de Genoveva me hizo saber semanas más tarde que se había visto en la necesidad de encerrar a Janine en una clínica. Naturalmente, no estaba loca. Se esperaba mucho de aquella cura de reposo.

También yo estaba solo, pero no me encontraba mal. Nunca me había dejado mi corazón gozar de tan largo sosiego. Durante esta quincena y un poco más el radiante otoño se demoró en el mundo. Ninguna hoja se había desprendido aún; florecían de nuevo las rosas. Volvía a sufrir el apartamiento de mis hijos. Huberto sólo iba a verme

para hablar de negocios. Estaba muy seco y afectaba gravedad. Sus maneras eran muy corteses, pero se mantenía a la expectativa. La influencia que mis hijos me acusaban de haber ejercido en Janine me había hecho perder todo el terreno que había ganado. A sus ojos, había vuelto a convertirme en el enemigo, en el anciano pérfido y capaz de todo. En fin, la única que hubiera podido comprenderme había sido encerrada y separada de los vivos. Sin embargo, experimentaba la sensación de una profunda paz. Desprovisto de todo, aislado, bajo la amenaza de una muerte horrible, permanecía en calma, atento y con el espíritu despierto. La idea de mi triste vida no me abrumaba. No sentía el peso de aquellos años desiertos..., como si yo no fuera un anciano muy enfermo, como si yo hubiese tenido aún ante mí toda una vida, como si esa paz que me poseía hubiera sido alguien.

Capítulo veinte

Al cabo de un mes de haber huido de la clínica y de haberla recogido yo, Janine no ha curado todavía. Cree haber sido víctima de una intriga y afirma que se la ha encerrado porque se negaba a atacar a Phili y a pedir el divorcio y la anulación. Los demás imaginan que soy yo quien le mete estas ideas en la cabeza y quien la lanza contra

ellos, a pesar de que gradualmente, en el curso de las interminables jornadas de Cálese, lucho contra tales ilusiones y quimeras. Afuera, la lluvia mezcla las hojas con el barro, las pudre. Pesadas botas hacen crujir la gruesa arena del patio; pasa un hombre protegiéndose la cabeza con un saco. El jardín está tan desnudo que nada oculta lo poco que se concede aquí al placer. Los esqueletos de los cenadores, los pobres bosquecillos, tiritan bajo la lluvia eterna. La penetrante humedad de las habitaciones nos deja sin ánimo, por la noche, para abandonar el brasero del salón. Llega la medianoche y no podemos resignarnos a subir; y los tizones, pacientemente acumulados, se desmoronan en la ceniza. Además, hay que volver constantemente a convencer a la pobre niña de que sus padres, su hermano y su tío no la quieren mal. Aparto cuanto puedo su pensamiento de la clínica. Siempre concluimos hablando de Phili.

—Usted no puede imaginarse qué clase de hombre era... Usted no puede suponer qué ser...

Y estas palabras anunciaban indistintamente una censura o un elogio, y el tono con que las pronunciaba me bastaba para adivinar si se disponía a elogiarlo o a maldecirlo. Pero le glorificara o le denigrase, los hechos de que ella me daba cuenta me parecían insignificantes. El amor comunica a esta pobre mujer, tan desprovista de imaginación, un asombroso poder de deformar las cosas o de amplificarlas. Yo he conocido a tu Phili, uno de esos inútiles a quienes la rápida juventud convierte en un momento en seres brillantes, a ese muchacho mimado, acariciado, pagado de todo, a quien atribuyes

intenciones delicadas o perversas, meditadas maldades; pero que son sólo reflejos.

No comprendíais que, para respirar, tenía necesidad de sentirse el más fuerte. No había por qué hacerle pagar con las setenas. Así no se satisfacen los perros de su especie; buscan por el suelo una pitanza menos cara.

La desventurada no conocía a su Phili ni de lejos. ¿Qué representaba él a sus ojos, fuera de la angustia de su presencia, de las caricias aplazadas, de los celos, del horror de haberlo perdido? Sin ojos, sin olfato, sin antenas, corre y enloquece tras ese ser, sin nadie que le explique lo que es realmente el objeto de su persecución... ¿Existen padres ciegos? Janine es mi nieta; pero si fuese mi hija no la vería sino como lo que es: una criatura que nada puede recibir de otro. Esta mujer de regulares rasgos, gruesa, pesada, de voz estúpida, está marcada con el sello de aquellos que no se detienen ni a ver ni a pensar. A lo largo de estas noches me ha parecido bella, sin embargo, con una belleza extraña a sí misma, impresa en su desesperación. ¿No existe hombre alguno a quien atraiga este incendio? Pero la desgracia arde en las tinieblas y en un desierto, sin otro testigo que este anciano...

Al mismo tiempo que, durante aquellas largas veladas, sentía piedad de ella, no me cansaba de comparar a Phili, ese muchacho semejante a tantos otros, como una vulgar mariposa blanca se parece a las demás mariposas blancas, con aquella pasión que había desencadenado en su mujer y que para ella había aniquilado el

mundo visible e invisible: nada subsistía, a los ojos de Janine, sino aquel macho, algo deslucido, inclinado a preferir el alcohol a lo demás y a considerar el amor como un trabajo, una obligación, una fatiga... ¡Cuánta miseria!

Apenas miraba a su hija, que se deslizaba en la estancia al anochecer. Posaba los labios, al azar, sobre los rizos de la niña, y no porque la criatura careciera de poder ante su madre, puesto que en ella hallaba Janine la fuerza necesaria para no partir en persecución de Phili. Era una mujer capaz de hostigarle, de provocarle y de hacerle escenas en público. No, yo no hubiera bastado para detenerla; quedábase por la hija, pero no recibía de ella consuelo alguno. La niña se refugiaba por la noche en mis brazos o en mis rodillas, hasta el momento en que servían la cena. Hallaba en sus cabellos ese olor a pájaro, a nido, que me recordaba los de María. Cerraba los ojos y apoyaba la boca en aquella cabeza, y procurando no abrazar demasiado fuerte a aquel cuerpecillo, llamaba en mi corazón a mi hija perdida. Y, al mismo tiempo, era a Lucas a quien creía abrazar. Cuando había jugado mucho, sus mejillas tenían ese sabor salado de las de Lucas, cuando se dormía en la mesa, cansado de correr... No podía esperar al postre y, uno a uno, nos ofrecía su cara extenuada de sueño. Así soñaba yo, y Janine vagaba por la habitación, andando, andando, insistiendo en su amor.

Me acuerdo de la noche en que me preguntó:

—¿Qué habría de hacer para no sufrir?... ¿Cree usted que esto pasará?

Era una noche muy fría. La vi abrir la ventana y las persianas, y mojar su frente y su busto al helado claro de luna. La llevé cerca del fuego, y yo, que ignoro en absoluto los ademanes de la ternura, me senté torpemente a su lado y rodeé sus hombros con un brazo. Le pregunté si le quedaba alguna ayuda.

—¿Tienes fe?

Contestó distraídamente:

—¿Fe? —como si no me hubiese comprendido.

—Sí —repliqué—. Dios...

Levantó hacia mí su cara ardiente, me miró desconfiada y me dijo, al fin, "que no sabía qué tenía que ver con eso"... Y como insistiera, añadió:

—Claro, soy religiosa. Cumplo con mis deberes. ¿Por qué me pregunta usted eso? ¿Se ríe de mí?

—¿Crees tú —le dije— que Phili esté a la altura de lo que tú le das?

Me miró con esa expresión desabrida e irritada de Genoveva cuando no comprende lo que se le dice y, no sabiendo qué contestar, teme que se le tienda un lazo. Por fin se arriesgó.

—Nada tiene que ver una cosa con otra.

No le gustaba mezclar la religión con esas cosas.

Era católica militante, pero le horrorizaban esas relaciones poco correctas. Cumplía con sus deberes. Con el mismo tono hubiera dicho que pagaba sus contribuciones. Lo que yo tanto había execrado durante toda mi vida, era eso, nada más que eso: esa

grosera caricatura, esa carga mediocre de la vida cristiana, y yo había fingido ver en ella una auténtica representación para tener el derecho de odiarla. Es necesario mirar frente a frente a lo que se odia. Pero yo, pensaba, pero yo... ¿No sabía ya que me engañaba a mí mismo aquella noche de fin del último siglo, en la terraza de Cálese, cuando el abate Ardouin me dijo: "Es usted muy bueno"? Más tarde me tapé los oídos para no oír las palabras de María agonizante. Sin embargo, a su cabecera se me había revelado el secreto de la muerte y de la vida... Una niña moría por mí... Yo he querido olvidarlo. Incansablemente, he deseado perder esa llave que una mano misteriosa me ha ofrecido siempre a cada vuelta de mi vida: la mirada de Lucas después de su misa de los domingos, a la hora en que se oyen los chirridos de la cigarra... Y aquella primavera aun, la noche de la granizada...

Tales eran mis pensamientos aquella noche. Recuerdo haberme levantado, haber empujado mi butaca tan bruscamente que Janine se estremeció. En aquella hora avanzada, el silencio de Cálese, ese silencio espeso, casi sólido, embotaba, ahogaba su dolor. Dejaba morir el fuego, y, a medida que la habitación se enfriaba, arrastraba su silla al hogar y sus pies casi tocaban la ceniza. El fuego agonizante atraía sus manos y su frente. La lámpara de la chimenea iluminaba a aquella mujer piadosa y rechoncha, y yo paseaba en la penumbra en torno suyo, entre los muebles de caoba y palisandro. Impotente, daba vueltas alrededor de aquel bloque humano, de aquel cuerpo postrado.

—Hija mía...

No hallaba la palabra que buscaba. Lo que me ahoga esta noche, al tiempo que escribo estas líneas, lo que duele en mi corazón como si éste se rompiera, ese amor, cuyo nombre por fin conocía, nombre ador...

"Cálese, 10 de diciembre de 193...

Querida Genoveva:

Acabaré esta semana de clasificar los papeles que se desbordan de todos los cajones. Pero mi deber es darte a conocer sin demora este extraño documento. Ya sabes que nuestro padre murió ante su mesa de trabajo y que Amelia lo encontró la mañana del 24 de noviembre frente a un cuaderno abierto. Esto es lo que te mando en paquete certificado.

Sin duda te costará tanto trabajo como a mí comprender su escritura. Ha sido una suerte que la servidumbre no haya podido descifrar la letra. Movidio por un sentimiento de delicadeza, decidí en principio ahorrarte esta lectura. Nuestro padre habla de ti en términos singularmente duros. Pero, ¿tengo el derecho de hacerte permanecer en la ignorancia de algo que incumbe tanto a ti como a mí? Tú conoces mis escrúpulos en todo lo que toca de cerca o de

lejos a la herencia de nuestros padres. Así, pues, lo he pensado mejor.

Además, ¿quién de los dos ha sido peor tratado en estas páginas amargas? Nada nos revelan que no sepamos ya desde hace mucho tiempo. El desprecio que inspiré a mi padre envenenó mi adolescencia. Durante mucho tiempo he dudado de mí; me he doblegado bajo su mirada implacable, y han tenido que transcurrir muchos años para que, al fin, sepa cuál es mi valor.

Le he perdonado, y añado, incluso, que el deber filial es el que me ha impulsado a enviarte este documento. Porque, cualquiera que sea el juicio que te merezca, es indudable que la figura de nuestro padre, a pesar de todos los horribles sentimientos que nos muestra, habrá de parecerte, no me atrevo a decir más noble, pero sí más humana. Pienso especialmente en su amor por nuestra hermana María y por el pequeño Lucas, de lo que encontrarás en este cuaderno conmovedoras pruebas. Me explico mucho mejor ahora el dolor que manifestó ante el ataúd de mamá y que nos dejó a todos estupefactos. Tú lo creías afectado en parte. Estas páginas no servirán más que para revelarte los sentimientos que subsistían en aquel hombre implacable y locamente orgulloso. Vale la pena que soportes su lectura, por otra parte, tan penosa para ti, querida Genoveva.

Por esto le estoy agradecido a esta confesión, y el sosiego de nuestra conciencia será el beneficio que tú misma encontrarás en

ella. Soy naturalmente escrupuloso. Aun cuando posea mil razones para creerme en mi derecho, basta cualquier cosa para turbarme. ¡Ah! La delicadeza moral, desarrollada hasta el extremo en que yo lo he hecho, no hace la vida fácil. Perseguido por el odio de un padre, no he intentado la menor defensa, ni siquiera la más legítima, sin sentir inquietud, sino remordimientos. Si yo no hubiera sido cabeza de familia, responsable del honor del apellido y del patrimonio de nuestros hijos, hubiese preferido renunciar antes a la lucha que sufrir esos desgarramientos y combates interiores de los que en más de una ocasión has sido testigo.

Doy gracias a Dios de que haya querido que me justifiquen estas líneas de nuestro padre. Y, en primer lugar, confirman todo lo que ya conocíamos con respecto a las maquinaciones inventadas por él para desposeernos de nuestra herencia. No he podido leer sin avergonzarme las páginas donde describe los procedimientos que él había imaginado para tener en su poder al procurador Bourru y al llamado Roberto. Corramos un tupido velo sobre tan vergonzosas escenas. Consta que mi deber era frustrar, costara lo que costase, esos abominables proyectos. Lo hice, y con un éxito del que no me ruborizo. No dudes, hermana mía, que sólo a mí debes tu fortuna. A lo largo de esa confesión se esfuerza el desgraciado en convencerse a sí mismo de que el odio que experimentaba hacia nosotros había muerto de un solo golpe. Se vanagloria de un brusco desprendimiento de los bienes de este mundo. Confieso

que no he podido contener la risa en este pasaje. Pero presta atención, si te parece, a la época en que se produjo ese inesperado cambio. Ocurrió en el instante en que sus estratagemas habían sido descubiertas y cuando su hijo natural nos había vendido el secreto. No era fácil hacer desaparecer una fortuna como la suya; un plan de movilización que ha requerido años enteros para ser llevado a efecto no puede ser sustituido en unos días. La verdad es que el pobre hombre sabía su fin próximo y no disponía de tiempo ni de medios para desheredarnos por otro método distinto del que había imaginado y que la Providencia hizo que descubriéramos.

Como abogado no ha querido perder su causa, ni ante sí mismo ni ante nosotros. Tuvo la pillería —a medias inconsciente, según veo— de convertir su derrota en una victoria moral. Ha afectado desinterés y desprendimiento... Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer? No, en esto no quiero engañarme y creo que con tu buen sentido juzgarás que no tenemos por qué sentir admiración ni gratitud.

Pero existe también otro punto en el que esta confesión aporta a mi conciencia un total sosiego; un punto sobre el cual me he examinado muy severamente, sin haber esperado durante mucho tiempo, te lo confieso hoy, calmar esta conciencia, inquieta. Quiero hablar de las tentativas, por otra parte vanas, de someter a examen de los especialistas el estado mental de nuestro padre. Debo decir que mi mujer ha hecho mucho para impedir todo propósito sobre

este particular. Tú sabes que no estoy acostumbrado a conceder gran importancia a sus opiniones. Es la persona menos ponderada que cabe imaginar. Pero aquí no cejaba ni de día ni de noche en llenarme los oídos de argumentos, algunos de los cuales, te lo confieso, me turbaban. Había concluido por convencerme de que aquel gran criminalista, financiero socarrón y profundo psicólogo era el equilibrio mismo... Sin duda, es fácil hacer odiosos a los hijos que se esfuerzan en decir que está desequilibrado su anciano padre para no perder la herencia... Ya ves que no ando con rodeos... Bien sabe Dios que no he dormido durante muchas noches.

Pues bien, mi querida Genoveva este cuaderno, sobre todo en las últimas páginas, muestra con toda evidencia la prueba de que el pobre hombre se hallaba atacado de un delirio intermitente. Su caso me parece incluso interesante para que esta confesión sea sometida a un psiquiatra; pero creo mi deber más inmediato no divulgar estas líneas tan peligrosas para nuestros hijos. Y me apresuro a aconsejarte que debes quemarlas en cuanto hayas terminado su lectura. Importa mucho no correr el riesgo de que vayan a parar a manos de un extraño.

No ignoras, querida Genoveva, que si hemos mantenido siempre secreto todo lo que concierne a nuestra familia, si había tomado mis medidas para que nada trascendiera de nuestras inquietudes con respecto al estado mental del que, por otra parte, era el cabeza

de familia, ciertos elementos extraños a nosotros no han tenido ni la misma discreción ni análoga prudencia, y, particularmente tu miserable yerno, ha contado a este respecto las historias más peligrosas. Hoy lo pagamos caro. No te descubriría nada nuevo diciéndote que muchas personas en la ciudad relacionan la neurastenia de Janine con las excentricidades que le han atribuido a nuestro padre, según los chismes de Phili.

Así, pues, desaparecido este cuaderno, que no se hable más de este asunto; que ni siquiera sea motivo de conversación entre nosotros. No digo que esto no sea penoso. Hay indicaciones psicológicas, e incluso impresiones naturales, que descubren en aquel orador un don real de escritor. Razón de más para romperlo. ¿Imaginas a nuestros hijos publicándolo más tarde? Sería terrible.

Pero entre nosotros podemos llamar a las cosas por su nombre, y, una vez terminada la lectura de este cuaderno, no tendríamos la menor duda de la semidemencia de nuestro padre.

Me explico hoy unas palabras de tu hija, que yo había considerado capricho de enferma:

El abuelo es el único hombre religioso que he conocido.

La pobre criatura se había dejado sugestionar por las vagas aspiraciones, por los ensueños de aquel hipocondríaco. Enemigo de los suyos, odiado de todos, sin amigos, desgraciado en el amor, como ya verás —hay pormenores cómicos—, celoso de su mujer hasta el punto de no haberle perdonado un vago amorío de soltera,

¿deseó, al fin, los consuelos de la oración? No lo creo. Lo que aparece claramente entre esas líneas es el desorden mental más caracterizado: manía persecutoria, delirio religioso. Tal vez me preguntes si realmente había en su caso la huella de un verdadero cristianismo. No, un hombre tan enterado como yo en estas cuestiones bien lo sabe. Confieso que su falso misticismo me ha producido un inigualable disgusto.

¿Serán, acaso, distintas las reacciones de una mujer? Si tal religiosidad te impresionara, recuerda que nuestro padre, asombrosamente dotado para el odio, no ha amado nada que no se dirigiera contra alguien. La afectación de sus aspiraciones religiosas es una crítica directa, o indirecta, de los principios que nuestra madre nos inculcó de niños. Da en un misticismo fuliginoso para anonadar la religión razonada, moderada, que fue siempre el privilegio de nuestra familia. La verdad es el equilibrio... Pero me detengo en consideraciones en las que me seguirías penosamente. Ya te he dicho bastante. Consulta tú misma el documento. Estoy impaciente por conocer la impresión que te ha causado.

Me queda poco espacio para contestarte a las preguntas que me haces. Mi querida Genoveva, en la crisis por que pasamos, el problema que tenemos que resolver es angustioso. Si conservamos en una caja estos paquetes de billetes, habremos de vivir de nuestro capital, lo que es una desgracia. Si, por el contrario,

damos en la Bolsa órdenes de compra, los cupones cortados no nos consolarán del ininterrumpido desmoronamiento de los valores. Puesto que, de todos modos, estamos condenados a perder, lo lógico es guardar los billetes del Banco de Francia: el franco no vale más de cuatro marcos, pero está respaldado por una inmensa reserva de oro. Nuestro padre había visto claramente todo esto, y debemos seguir sus enseñanzas. Sin embargo, querida Genoveva, hay una tentación contra la cual debes luchar con todas tus fuerzas: la tentación de la inversión a toda costa, tan arraigada en el pueblo francés. Sabes que me encontrarás siempre que necesites un consejo. A pesar de la crisis actual, pueden, por otra parte, presentarse algunas ocasiones un día u otro. En este momento me interesa mucho un Quina y un anisado; éste es un tipo de asunto para los que no hay crisis. Según creo, ésta es la dirección que debemos tomar, audaz y prudentemente a la vez.

Me alegro de las buenas noticias que me das de Janine. De momento, no hay que temer ese exceso de devoción que te preocupa en ella. Lo esencial es que su pensamiento se ha apartado de Phili. En cuanto a lo demás, ya vendrá por sí solo: ella pertenece a una raza que no ha sabido nunca abusar de las cosas mejores.

Hasta el martes, querida Genoveva.

Tu hermano que te quiere,

HUBERTO."

De Janine a Huberto

"Querido tío:

Quiero pedirte que sirvas de mediador entre mamá y yo. Se niega a confiarme el Diario del abuelo. Según ella, mi culto por él no resistiría una lectura semejante. Si tiene tanto interés en que aparte de mí este querido recuerdo, ¿por qué me repite a diario: " No puedes suponer lo que dice de ti. Ni tu rostro se salva..."? Me asombra más aún la prisa con que me dio a leer la dura carta en que tú comentabas ese Diario...

Cansada de mi insistencia, mamá me ha dicho que me lo dejaría leer si a ti te parecía bien, y que se limitaría a lo que tú dijeras. Acudo, pues, a tu espíritu de justicia.

Permíteme que, en primer lugar, prescinda de la primera objeción que a mí respecta. Por implacable que el abuelo se haya podido mostrar en ese documento conmigo, estoy segura de que no me juzga tan mal como lo hago yo misma. Estoy segura, sobre todo, de que su severidad no atañe a la desgraciada que vivió todo un otoño a su lado, hasta su muerte, en la casa de Cálese.

Perdóname, tío, que te contradiga en un punto esencial. Yo soy el unico testigo de la transformación que experimentaron los sentimientos del abuelo durante las últimas semanas de su vida.

Denuncias su vaga y malsana religiosidad, y yo te afirmo que tuvo tres entrevistas —una a fines de octubre y dos en noviembre— con el señor cura párroco de Cálese, cuyo testimonio, no sé por qué, has rehusado. Según mamá, el Diario en que él anota los menores incidentes de su vida no hace alusión a estas tres entrevistas, lo que no hubiera dejado de hacer si hubiesen sido éstas el motivo de un cambio en su destino... Pero mamá dice también que el Diario está interrumpido a la mitad de una palabra. Es muy posible que la muerte sorprendiera a vuestro padre en el momento en que se disponía a hablar de su confesión. Sostendréis en vano que de haber sido absuelto habría comulgado. Yo sé lo que me repitió la antevíspera de su muerte. Obsesionado por su indignidad, el pobre hombre había decidido esperar a las Navidades. ¿Qué razón tienes para no creerme? ¿Por qué hacer de mí una alucinada? Sí, la antevíspera de su muerte, el miércoles; le oigo aún, en el salón de Cálese, hablarme de aquellas Navidades tan deseadas, con una voz llena de angustia o tal vez velada ya...

Tranquilízate, tío; no pretendo hacer de él un santo. Te recuerdo que fue un hombre terrible, y, algunas veces, incluso espantoso. Esto no impide que una luz admirable llegara a él en sus últimos días y que él, él solo, en ese instante, fue quien me cogió la cabeza entre las manos, quien me hizo desviar a la fuerza mi mirada...

¿No crees que vuestro padre hubiera sido otro hombre si vosotros hubieseis sido diferentes? No me acuses de lanzarte la

piedra. Conozco tus cualidades, sé que el abuelo se mostró cruelmente injusto contigo y con mamá. Pero la desgracia de todos nosotros fue que nos considerara cristianos ejemplares... No protestes. Después de su muerte, he tratado a personas que pueden tener sus defectos, sus debilidades, pero que proceden según su fe, que se mueven en plena gracia. Si el abuelo hubiera vivido entre ellos, ¿no habría descubierto, al cabo de tantos años, ese puerto al que no pudo llegar hasta la víspera de su muerte?

Un momento aún. No pretendo abrumar a nuestra familia en favor de su jefe implacable. No olvido, sobre todo, que el ejemplo de la pobre abuela hubiera podido bastar para abrirle los ojos si, durante mucho tiempo, no hubiese preferido saciar su rencor. Pero déjame decirte por qué le doy finalmente la razón contra nosotros: donde estaba nuestro tesoro se encontraba nuestro corazón. No pensábamos más que en la herencia amenazada. Ciertamente, no habrían de faltarnos las excusas. Tú eres un hombre de negocios, y yo una pobre mujer... Esto no impide que, salvo en la abuela, nuestros principios permanecieran separados de nuestra vida.

Nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros actos, no fijaban ninguna raíz en esta fe a la que nos adheríamos con palabras. Nos habíamos consagrado con todas nuestras fuerzas a los bienes materiales, mientras el abuelo... ¿Me comprenderías si te afirmara que allí donde estaba su tesoro no estaba su corazón?

Juraría que el documento cuya lectura se me niega sobre este particular ha de aportar un testimonio definitivo.

Espero, querido tío, que me comprenderás; aguardo confiada tu respuesta...

JANINE."

FIN



El autor y su obra.

Hijo de una familia burguesa de terratenientes y de importantes comerciantes establecidos en Burdeos, Francia, nació el que había de ser célebre novelista Francois Mauriac, el 11 de octubre de 1885. "Los intensos olores y colores de su tierra meridional —escribe su biógrafo M. Mourre— habrían de ser no sólo elementos escénicos de su producción novelesca, sino también un personaje esencial de ésta. Cristiano, desarrolló en el seno del catolicismo al ritmo de las fiestas litúrgicas, su inteligencia y, más aún, su sensibilidad y su misma sensualidad: el Dios de Mauriac, ya como vocación o bien como punto de contradicción, es, ante todo, una divinidad presente a los sentidos." El padre de nuestro autor, no obstante, era ateo. Falleció en 1886, o sea, cuando Franjáis contaba un año. El muchacho fue educado, junto con sus tres hermanos y una hermana, por su madre, católica ferviente y severa. Sus estudios primarios los realizó con las monjas de la Sagrada Familia y, después, en el colegio de los marianistas Grana Lebrun. De este último pasó al Instituto de Segunda enseñanza de la misma ciudad de Burdeos, donde fue uno de los alumnos más brillantes. En aquella época sus lecturas

preferidas eran Racine, Pascal, Baudelaire y Rimbaud, a pesar de no ser estos dos últimos admitidos en los textos escolares. Ya en la Facultad de Letras, siguió los cursos de Camille Julián y de Fortunat Strowski, hasta obtener la licenciatura en letras en 1906. En París, superó las pruebas de la Escuela de Chartres. Empero, con el propósito ya de consagrarse únicamente a la literatura, se apartó algunos meses después de los estudios universitarios. Empezó por colaborar en revistas de escasa circulación, y publicó un volumen de poesías, *Las manos juntas*, que mereció un artículo de crítica elogioso por parte de Maurice Barres. Un año más tarde dio a luz otra colección de poesías, *El adiós a la adolescencia*. En aquel entonces se relacionaba con Francis Jammes y Roben Vallery—Radot, católico intransigente. Con André Lafon, éste ya amigo en Burdeos, fundó en 1912 la revista *Les Cahiers*, y en el mismo año publicaba su primera novela *El muchacho cargado de cadenas*. En 1913 contrajo matrimonio con la hija de un tesorero de la Administración departamental, y daba a luz otra obra, *La vestidura como pretexto*. Movilizado cuando la guerra del 14, fue enviado a Salónica. Tras el armisticio, reanudó su labor literaria con *La carne y la sangre* y, a continuación, con *Precedencias*. Pero, no es hasta la aparición en 1922 de su novela *El beso del leproso* que alcanza la celebridad, confirmada tres años después, o sea en 1925, por la Academia Francesa al concederle el Gran Premio de la Novela por su obra *El desierto del amor*. Sumando nuevos éxitos y otras distinciones, año tras año, su producción literaria se ha hecho mucho más extensa e

ininterrumpida, hasta llegado el día de hoy en que nuestro autor linda sus ochenta y cuatro años. Sin embargo, aunque Mauriac haya publicado nuevas colecciones de poesías, multitud de artículos periodísticos, biografías, libros de recuerdos y de meditación, y ensayos religiosos y críticos, amén de haber pronunciado numerosísimas conferencias, su ancha y honda influencia sobre grandes masas de lectores se debe, sobre todo, a su producción novelística. De ésta, además de los títulos ya citados, son las más famosas y significativas de su talento *Nudo de víboras*, *El río de fuego*, *Genitrix*, *Teresa Desqueyroux*, *El fin de la noche*, *Lo que estaba perdido*, *El misterio de Frontenac*, *Los ángeles negros*, *Los caminos del mar*, *La farisea*, *El simio y Galilai*. Al margen de su quehacer puramente literario, sus actividades —aunque siempre como único instrumento su pluma de escritor— han adquirido, muchas veces, una significación muy acusada. Francois Mauriac, rebelde a cualquier compromiso permanente con una ideología o partido, sean cuales fueren, sólo en virtud de una exigencia espiritual y al servicio de lo que juzga la única justicia, siempre ha permanecido en la oposición. Así es como se ha situado ora contra los comunistas y, luego o al mismo tiempo, contra los demócratas—cristianos, contra los conservadores o contra los progresistas, contra los derechistas o contra los izquierdistas. Hasta el extremo de atraerse el odio de unos u otros, incluso de los que poco antes eran sus más incondicionales seguidores; en tanto que se sumaban a sus adictos muchos de aquellos que, con más saña, le combatían el día antes. Todo ello por

igual en todos los sectores de la vida nacional francesa e, incluso, del extranjero. Circunstancias las señaladas que han permitido que nuestro autor se revelara como poseedor de extraordinarias dotes polémicas.

Miembro de la Academia Francesa desde 1931, le fue concedido el Premio Nóbel de Literatura 1952 por el conjunto de su obra. Sus últimas producciones han sido sus Memorias íntimas y Lo que yo creo.

Nudo de víboras, considerada, en general, como su mejor novela, ha ejercido una influencia moral al nivel de su éxito, tanto en Francia como en todos los países a cuyos idiomas ha sido traducida. A propósito de ella, el autor, después de declarar que se siente muy orgulloso de haberla escrito, se pregunta: "¿Por qué el héroe de esta novela sólo es designado por su nombre de pila? ¿Por qué le dejé sin apellido? Es curioso que hoy no pueda dar respuesta alguna a esta cuestión. Este Louis es el retrato, embellecido y espiritualizado, del mismo hombre a quien debo también el haber escrito Genitrix. Más que cualquier otro de mis personajes, me lleva al convencimiento de que, lejos de haber calumniado al hombre de mis libros, como se me reprocha, he infundido, por el contrario, a mis criaturas, un alma de la cual están desprovistos los seres que, en realidad, me sirvieron de modelo. Mis monstruos "buscan a Dios entre gemidos", cosa que casi nunca hacen los monstruos que nos rodean, los monstruos que nosotros mismos somos. Como Lo que estaba perdido, Nudo de víboras, novela católica, ilumina una verdad que, durante toda mi vida,

he intentado demostrar e imbuir en ciertas mentes preclaras: y es que el necio crea su mediocridad, su avaricia, su injusticia y, sobre todo, su mala fe intelectual, todo aquello que constituye el fondo mismo de su naturaleza, en torno al Hijo del Hombre, que vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Son ellos los que alejan, desvían de la fuente viva a Irene de Blénauge y al anciano de Nudo de víboras. El escándalo de esta monopolización del Cristo por los que no participan de su espíritu: éste es, según—mi parecer, el tema esencial de Nudo de víboras." Y, el propio Francois Mauriac, es quien añade: "El autor de estas tres obras —Nudo de víboras, Lo que estaba perdido y Los ángeles negros— no sabría recusar, sin mentir con ello, su calidad de novelista católico".